



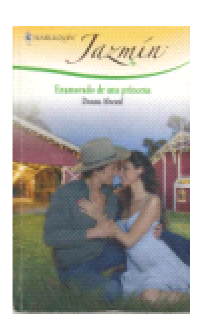
Enamorado de una princesa

Donna Alward

Enamorado de una princesa

Donna Alward

1º Vaqueros y confeti



Enamorado de una princesa (2009)

Pertenece a la temática Bodas del Oeste

Título Original: The rancher's runaway Princess (2008)

Serie: 1º Vaqueros y confeti

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2265

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Brody Hamilton y Lucy Farnsworth

Argumento:

¡Cambiará la corona por el anillo de compromiso de un ranchero!

El serio Brody Hamilton, dueño de un rancho, siempre se había esforzado por mantener su corazón a salvo. Pero la vivaz Lucy, una experta en caballos, tenía algo que consiguió alegrar su alma solitaria. Brody solo tenía que dejar su pasado atrás antes de ponerle un

anillo…

Lucy Farnsworth acababa de descubrir que tenía sangre real. Debería estar contenta, pero la noticia hizo que todo a su alrededor se desmoronase y lo único que deseaba era recuperar su antigua vida.

En el rancho Prairie Rose Lucy encontró el lugar al que pertenecía, junto a Brody. Solo tenía que confesarle que era una princesa…

Capítulo Uno

—En doscientos metros gire a la izquierda.

Lucy sonrió al escuchar la voz del GPS.

—Gracias, Bob —contestó bromeando mientras miraba al aparato. La libertad que aquel paisaje le inspiraba contrastaba con el ambiente claustrofóbico que la había estado rodeando recientemente.

—En cien metros, gire a la izquierda —insistió la máquina. Ella obedeció y puso el intermitente. Una pequeña señal indicaba el número de la carretera. Menos mal que había sido capaz de programar el GPS en dirección al rancho Prairie Rose, si no hubiera estado horas dando vueltas por aquellos caminos con el todoterreno que había alquilado. El paisaje era impresionante, colinas verdes apenas salpicadas por algunos árboles y vallas.

El rancho Prairie Rose estaba en mitad de la nada, tal y como el señor Hamilton le había comunicado en un correo electrónico. La sensación de soledad y de espacio que le transmitía aquel paisaje era justo lo que necesitaba después de la presión a la que había sido sometida durante los meses anteriores. En Canadá nadie tenía puestas sus expectativas en ella, al menos en principio. En Prairie Rose sería simplemente Lucy Farnsworth.

El objetivo del viaje era comprar unos caballos. Quería ver lo que le ofrecía Hamilton para hacer una selección. Era su primera responsabilidad real y estaba más que preparada para llevarla a cabo. No obstante, era consciente del que el rey Alexander estaba tratando de apaciguarla, pero daba lo mismo. Por primera vez en muchos meses Lucy sentía que tenía el control sobre algo. Nadie le estaba recordando ni quién era ni cómo tenía que comportarse.

Además, nadie en el rancho tenía que saber quién era en realidad. Lo último que necesitaba era que la gente la mirara como si llevara una corona invisible sobre la cabeza.

No, era la oportunidad perfecta para escapar durante unos días de los curiosos y de encargarse de lo que de verdad sabía hacer. Su vida había dejado de tener sentido, pero al menos aquel viaje, aunque fuera muy corto, supondría un respiro. Era una oportunidad para olvidarse de la tristeza. Se había visto catapultada de una situación

complicada a otra mayor sin tiempo apenas para tomar aire. Cuando Alexander le había sugerido aquel viaje, Lucy se había sentido un poco aliviada.

A su izquierda divisó varias construcciones, atravesó la verja abierta y avanzó por un camino de tierra. Un arco de madera y hierro forjado presidía la entrada. Lucy supo que estaba en el lugar correcto cuando vio una inconfundible rosa salvaje esculpida en hierro en el centro del arco. Bob le anunció que había llegado a su destino.

Observó el rancho atentamente mientras conducía despacio. Todo estaba muy limpio y bien cuidado. Había un establo grande, un corral y dos casas de campo detrás. Las vallas estaban recién pintadas y todo parecía estar en su sitio. Perfecto.

La tierra era muy distinta a la de Marazur, la isla en la que vivía Lucy. El cielo era azul celeste e inmenso, diferente al azul intenso de los cielos del Mediterráneo.

Los caballos estaban pastando en las colinas y la hierba estaba verde, como en la finca de Virginia donde Lucy había crecido. Era un paisaje reconfortante e inquietante a la vez.

Aparcó junto a una camioneta blanca que tenía el emblema del rancho pintado. Salió del coche. Pensó que lo más correcto sería entrar en la casa y presentarse. ¿Pero después qué? El viento del oeste agitó su cabellera rizada y Lucy se apartó el pelo de la cara. Pudo oír voces que provenían del establo, que estaba abierto de par en par. Aquellas personas podrían indicarle dónde dirigirse.

Lucy oyó la voz aterciopelada de un hombre aunque no lo estaba viendo. Durante un instante se detuvo, cerró los ojos y percibió el olor de la paja y el heno, un olor que le recordaba a su hogar. Quizás hubiera sido eso lo que la había mantenido con vida aquella temporada negra y llena de incertidumbres. El lugar donde se sentía en casa donde fuera que estuviera: un establo con caballos.

Era consciente y a veces le daba rabia. Rabia porque los caballos eran lo único que le había quedado de su antigua vida. La voz masculina preguntó algo y una voz femenina lo contestó. Lucy no pudo entender la conversación. Se detuvo y de nuevo se preguntó si no debía pasar por la casa primero. No quería comportarse como una intrusa. En un impulso entró al establo y se encontró con el hombre antes de que pudiera darse media vuelta.

Él… el hombre, se quedó de pie, serio, enfundado en unas botas.

Estaba acariciando una yegua. Lucy se quedó sorprendida ante su altura, tenía unas piernas muy largas cubiertas por unos pantalones vaqueros desgastados y llevaba una camiseta de algodón que marcaba los músculos de sus anchos hombros. Lucy se ruborizó.

—¿Puedo ayudarla?

Lucy tragó saliva y le tendió la mano.

—Lucy Farnsworth —dijo mientras suplicaba que aquel tipo tan atractivo no fuera Brody Hamilton. No podía ser que se hubiera prendado del hombre con el que tenía que hacer negocios. Había sido amor a primera vista.

Él se quitó el sombrero. Tenía el pelo negro, los ojos aún más negros y con un brillo especial. El corazón de Lucy se aceleró ante aquel gesto, aunque probablemente allí fuera lo más natural del mundo. Él sonrió, se acercó a ella y le dio la mano con energía.

—Lo siento, señorita Farnsworth. Soy Brody Hamilton. No ha tardado mucho.

Así que era Hamilton. Las súplicas de Lucy no habían servido de nada. Al sentir el contacto de su mano notó un escalofrío.

Prairie Rose eran unas cuadras con muy buena reputación y Lucy había esperado que el dueño fuera un hombre mayor. Y menos guapo, como la mayoría de rancheros entre los cuales había crecido. No se había imaginado que se iba a encontrar con un hombre alto y sexy de unos treinta o treinta y cinco años. Lucy mantuvo la sonrisa en los labios, a pesar de que sus piernas estaban a punto de fallarla. Estaba actuando como una colegiala. Por el amor de Dios, había ido allí a hacer negocios.

—El vuelo ha llegado con un poco de adelanto —contestó retirando la mano, a pesar de que le había encantado sentir la calidez de la mano enorme de Brody. No entendía cómo un simple apretón de manos podía alterarla de aquella manera.

«Es una reacción física», pensó. Él era un hombre guapo, eso era un hecho innegable. A ella siempre le habían gustado los tipos grandes, toscos y capaces. Brody, sin lugar a dudas, pertenecía a esa especie. Cualquier mujer hubiera reaccionado de la misma manera.

—Ella es la veterinaria, Martha —añadió Brody señalando a una mujer de unos cuarenta y cinco años que estaba examinando a la

yegua.

—Es de Marazur, ¿no? —dijo Martha tendiéndole la mano—. La familia Navarro es conocida por sus estupendos establos. Es un placer.

Lucy se sintió orgullosa sin motivo. Llevaba en Marazur solo dos meses, así que no podía apuntarse el mérito de las cuadras de Su Majestad. No era de allí, no tenía ningún arraigo. Alexander simplemente la había dejado rondar por los establos. Y aquel viaje era un capricho que le había concedido para mantener las apariencias. No había sabido qué hacer con ella y le había resultado sencillo enviarla de viaje.

No obstante, Lucy ya estaba en el rancho y estaba dispuesta a sorprender a todos haciendo que su viaje fuera todo un éxito. Hamilton no conocía su verdadera identidad ni la iba a conocer.

—Brody me había anunciado su visita —añadió Martha.

—No hacemos tratos con una familia real todos los días —admitió Brody con una mueca burlona. A Lucy le dio un vuelco el corazón.

Brody Hamilton era un engatusador. Al darse cuenta, se sintió de repente más aliviada. Sabía cómo manejarse con ese tipo de hombres. Su encanto no llegaba muy lejos y las miradas atrevidas no hacían mella en Lucy. No era como su madre y estaba segura de que no se iba a enamorar de un hombre solo porque le guiñara un ojo y la sonriera. La sonrisa de Brody se iba a borrar muy pronto de su rostro, tan pronto como se diera cuenta de que Lucy sabía hacer su trabajo.

—Sí, bueno. En lo que yo estoy realmente interesada es en los caballos —dijo ella acariciando una mancha que la yegua tenía junto al hocico. Cerró los ojos un instante disfrutando del animal—. ¿Cómo estás, preciosa? ¿Humm?

—Es un moratón, nada más. Tuvo una caída ayer durante uno de nuestros paseos.

—¿Uno de sus paseos?

—Sí, siempre los hemos ofertado. Consisten en un par de horas con los que la mayoría de la gente sacia sus ganas de montar a caballo y los caballos más viejos se mantienen en forma. Además son divertidos. Martha me ha asegurado que, con que esta chica pase un par de días en el establo, estará completamente recuperada —comentó

Brody con su sonrisa encantadora. Lucy apartó la mirada de él y examinó rápidamente a la yegua.

—Y esta chica guapa qué tiene, ¿dieciséis? ¿Diecisiete años? —preguntó. La sonrisa de Brody se apagó levemente.

—Dieciséis.

Lucy observó el cuello de la yegua, la forma de las orejas, los ojos. No había duda. Hubiera reconocido aquella cabeza en cualquier parte. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Qué sorpresa más agradable.

—Entonces deduzco que es… una de las *Pretty Colleen* —afirmó triunfante. Quería dejarle bien claro que no tenía nada que hacer con ella a pesar de su sonrisa encantadora. Lucy conocía el negocio y quería que Brody fuera consciente de ello. No era una mera emisaria que hubiera ido a cerrar un trato.

La sonrisa de Brody desapareció por completo. Se quedó mirando fijamente a la señorita Farnsworth tratando de leer su pensamiento. ¿Cómo podía haberlo adivinado? Había comprado a *Pretty Piece* en una granja en Tennessee cuando la yegua había tenido ocho años… Había sido una de las primeras compras que había hecho. Y aquel renacuajo de rizos pelirrojos debía de haber sido una niña cuando la yegua se había quedado preñada. Y además era de Marazur. El Mediterráneo estaba muy lejos de las carreteras de Alberta. Sin embargo el acento de Lucy no era extraño. No debía de haber crecido en Marazur, estaba tan seguro de ello como de que *Pretty Piece* era hija de *Pretty Colleen*. Un hecho que ella no podía haber averiguado antes de haber ido al rancho sin acceso a los archivos.

¿Quién era Lucy Farnsworth? Brody frunció el ceño. No era solo lo que aparentaba.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Por su cabeza. Es igual que la de su madre.

Brody movió la cabeza y Martha se echó a reír.

—Felicidades, señorita Farnsworth. Creo que le ha dejado sin

habla. Y eso tiene bastante mérito ya que siempre le gusta opinar y tener la última palabra —bromeó la veterinaria, que lo conocía desde que había sido pequeño. Lo había llegado a cuidar y hasta le había cambiado los pañales.

—¡Martha! —exclamó Brody con el ceño fruncido. La veterinaria recogió su maletín.

—Relájate, Júnior. La chica conoce su trabajo, eso es todo. Volveré en unos días para examinar a la yegua —dijo antes de desaparecer. Brody y Lucy se quedaron a solas, ambos acariciando a la yegua.

—Tengo que admitir, señorita Farnsworth, que me ha sorprendido —reconoció Brody poniéndose el sombrero.

—Suele pasar.

—Quizás en algún momento me pueda explicar los motivos —respondió él con algo de sarcasmo. Aquella mujer había despertado su curiosidad, simple y llanamente.

Era evidente que llevaba en el mundillo mucho tiempo. A pesar de su juventud, parecía saber mucho. Y su acento era de algún estado cercano. Del sudeste probablemente.

—¿De dónde es usted? —preguntó intrigado. Por un instante sus miradas se encontraron y Brody tuvo la sensación de que ella se estaba pensando la respuesta. Era una pregunta muy sencilla. Sonrió para darle confianza, sin embargo, la mirada de ella se volvió fría y sus labios se tensaron.

—Debe de tener mucho trabajo, no quiero entretenerlo —repuso ella fríamente.

—Siempre hay trabajo, supongo que ya sabe cómo es este mundo —dijo Brody. Ella siguió sin contestar. Ya habría tiempo, la visita iba a durar varios días.

—Yo solo… —comenzó a explicar Lucy, pero enseguida se calló.

—Ha tenido un viaje muy largo. Seguramente quiera descansar. La acompañaré a casa.

—Pensaba que tenía que trabajar.

Brody giró levemente la cabeza. No acababa de comprender a Lucy Farnsworth. Era más joven de lo que se había imaginado, sobre todo para formar parte de unas cuadras tan reconocidas. Era obvio que la habían enviado porque estaba capacitada para el trabajo.

—Tengo que trabajar, pero eso no quiere decir que antes no pueda acompañarla a instalarse en la casa.

Lucy retiró la mirada y la fijó en la yegua.

—Supongo que estaré alojada en la casa de invitados.

—No tenemos casa de invitados, no hay necesidad. Hay espacio de sobra —contestó Brody, y sin poder evitarlo se imaginó un encuentro en el pasillo al amanecer, sus rizos desordenados y su rostro todavía sonrojado por el calor de la cama…

¿De dónde demonios había surgido aquella fantasía?

—No quiero abusar de su hospitalidad, señor Hamilton. Puedo quedarme en el hotel del pueblo que he pasado al venir. Se llamaba… ¿Larch algo?

—Larch Valley, y se tarda más de veinte minutos en llegar.

Quizás no hubiera sido mala idea, pero el acuerdo al que habían llegado era que la estancia corría de su parte. Brody no quería que nadie pudiera decir que no había sido un anfitrión generoso. Aquél era un negocio importante. Y era fundamental que mostrara todo lo que el rancho tenía que ofrecer.

—Eso es un recorrido relativamente corto —replicó ella.

—Si va a estar más cómoda allí, lo comprendo. Siento que estos asuntos no quedaran claros desde el principio. Pero ¿por qué conducir veinte minutos si no hay ninguna necesidad?

—No lo sé…

Brody se dio cuenta de que albergaba dudas e insistió.

—Al menos quédese para cenar. Si la señora Polcyk no la convence con su pollo asado…

En cualquier caso el hotel del pueblo tampoco estaba mal, era limpio. No sabía por qué estaba insistiendo tanto. Quizás porque le había dado su palabra al rey Alexander de que su representante

recibiría todas las atenciones. Que la persona que enviara sería tratada como invitada de honor. Y es que Brody no se había imaginado que esa persona iba a ser una jovencita deslenguada.

A Brody no se le daban bien las chicas. Al menos fuera de la pista de baile un sábado por la noche. Y sobre todo si era una que no caía rendida a la primera ante su irresistible sonrisa.

—No quiero ser un estorbo.

—Aquí los días comienzan muy temprano y terminan tarde. Lo más conveniente es que se quede en el rancho, pero por supuesto haga aquello con lo que se sienta más cómoda. Es usted nuestra invitada, señorita Farnsworth. Lo dejo a su elección —concluyó, y se contuvo para no alzar la ceja en un gesto seductor.

Cuando Lucy Farnsworth había entrado en el establo se había puesto nerviosa y se había mordido el labio inferior. Se había mostrado pequeña y vulnerable, como un pez fuera del agua. A Brody le había parecido una chica preciosa y le habían entrado ganas de hacer que se ruborizara. Sin embargo se había contenido al recordar quién era. Una representante enviada para revisar su ganado. Una mujer que sabía más de caballos que la mayoría de hombres que él conocía. Eso era lo que el rey Alexander le había asegurado. Y Brody no podía discutirlo… se necesitaba un ojo muy entrenado para reconocer una cría de una yegua. Por alguna razón Lucy Farnsworth estaba dispuesta a renunciar a la comodidad a cambio de soledad. ¿Por qué?

Lucy se separó de la yegua. Hamilton tenía razón. Ella sabía de antemano que el acuerdo incluía la estancia en el rancho. No tenía sentido estar conduciendo sin motivo. La única razón por la que no quería quedarse allí, la única, era que se sentía extraña cerca de Brody. Y eso era una tontería.

Estaba allí representando a la familia real de Marazur y era lo suficientemente astuta como para saber que, si se quedaba en el hotel, estaría desairando a su anfitrión. Necesitaba que aquellos días Brody estuviera de buen humor para hacer negocios con él.

—Por supuesto, tiene razón, lo mejor será que me quede en la casa. No quería ser una molestia para usted.

—No lo será, se lo aseguro. La casa fue construida para una gran familia y solo vivimos dos personas.

—¿Dos? —preguntó sorprendida. Quizás tuviera una esposa. Lucy se sintió aún más extrañada.

—Yo y la señora Polcyk. Es el ama de llaves y la cocinera. Siempre está deseando que venga alguien más a quien atender. Está cansada de mí, que soy un viejo gruñón.

Lucy lo miró. Aquellos ojos negros y cálidos. El señor Hamilton no parecía ni viejo ni gruñón. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lucy. Hacía tanto que no tenía aquella sensación que le costó reconocerla.

Brody Hamilton era un hombre muy sensual, desde su deliciosa mirada hasta sus largas piernas. Tenía una forma de estar que combinaba energía con soltura. No había forma de negar lo evidente, lo único que Lucy podía hacer era tratar de controlar sus reacciones.

Inspiró profundamente y puso una sonrisa cortés y a la vez distante. Una sonrisa que asociaba a la realeza… aquel gesto había sido lo único que había logrado hacer bien en su nueva vida. Recordó lo grande que era la casa y asintió. Seguramente ni se cruzaría con Brody.

—Se lo agradezco.

—Permítame que termine con *Pretty* y la acompañaré. Puede echar un vistazo si quiere.

—De acuerdo.

Brody condujo a la yegua hasta su establo y Lucy los observó. Solo se escuchaba el sonido de las botas contra el suelo. Los vaqueros desgastados se ajustaban perfectamente a sus piernas y la camiseta oscura resaltaba la anchura de sus hombros. La sombra del sombrero de vaquero le tapaba el cuello.

Lucy se esforzó por no perder la compostura. Su vida ya se había complicado lo suficiente aquella época. No podía ser tan estúpida como para que Brody Hamilton se convirtiera en una preocupación más.

Capítulo Dos

Lucy se sentó en un banco de madera con una taza de café entre las manos. Mientras se la tomaba llegó a dos importantes conclusiones.

La primera: Brody Hamilton dirigía un buen barco. Todo estaba perfectamente cuidado por lo que había visto. Aquello era un punto positivo. Se podía saber mucho de los caballos de un ranchero solamente con ver el estado de su rancho. Prairie Rose estaba limpio, cuidado y bien organizado.

La segunda: la señora Polcyk era la que llevaba la casa. Punto y aparte.

Lucy sonrió al recordar cómo el ama de llaves había puesto a Brody en su sitio. Cuando él había procedido a presentarlas, la señora Polcyk enseguida le había mandado subir el equipaje de Lucy al dormitorio y él la había obedecido sin rechistar.

Ella se había quedado en la cocina y estaba observando cómo la cocinera estaba sacando unos pasteles del horno. La sala olía a café, canela y frutas.

—El equipaje está en su habitación —anunció Brody por detrás. Lucy tragó saliva y contuvo unas lágrimas. No se había esperado que viajar allí le iba a causar tanto dolor. No se había imaginado que le iba a recordar tanto a un lugar al que ya no pertenecía. Sin embargo, Brody estaba en su ambiente y Lucy se preguntó si sería consciente de lo afortunado que era.

Recuperó su falsa sonrisa y se dio la vuelta para mirarlo.

—Gracias.

—Un placer —contestó acercándose. Miró a la cocinera—. Si me dice que es pastel de cereza, la querré toda la vida, señora P.

La cocinera no lo contestó, pero le sirvió una taza de café.

Lucy sintió que Brody la estaba mirando, sin embargo no quiso alzar la mirada para que no se diera cuenta de que estaba a punto de llorar. Lo último que necesitaba era que apreciara su vulnerabilidad. Abrió los ojos lo más que pudo esperando que la humedad se

evaporara. Se había imaginado que aquel viaje le iba a servir para escapar. Sin embargo, el dolor que había acumulado durante los meses anteriores estaba aflorando y se sentía desnuda y sin aliento.

Durante unos minutos bebieron café en silencio. Parecía que él estaba deseando que Lucy comenzara a hablar, pero no se le ocurría nada que decir. Su vida privada estaba completamente fuera de lugar. Quizás simplemente estuviera cansada por el desfase horario porque en realidad sabía que tenía que preguntarle sobre el rancho, sobre los caballos… había cientos de preguntas. ¿Por qué estaba solo allí? ¿Dirigía él solo el negocio? ¿Qué parentesco tenía con la señora Polcyk? Pero si le hacía ese tipo de preguntas personales, se arriesgaba a que él le respondiera con otras similares que no podría contestar.

Así que Lucy se quedó mirando al café, luchando por contener los recuerdos. Estaba agotada de que nada tuviera sentido. El resentimiento era un sentimiento cada vez más fuerte en su interior y no ayudaba. Sin embargo él parecía estar tan cómodo…

—¿Señorita Farnsworth? —dijo él. Lucy alzó la vista y se encontró con una mirada seria—. Tenemos mucho tiempo para hablar de negocios. Si está cansada, no tiene por qué mantener las apariencias. Supongo que debe de estar agotada por el desfase horario.

Brody le estaba ofreciendo una excusa, estaba siendo amable con su huésped. Era una buena oportunidad para poner más distancia entre ellos. Debía aceptarla. Sin embargo, la perspectiva de verse sola en una habitación desconocida no resultaba tentadora. Ya había pasado suficiente tiempo sola aquella temporada.

—Puede empezar por llamarme Lucy —dijo. Estaba harta de que la gente en Marazur la llamara señorita. Había logrado que desistieran a llamarla por el título, pero nadie había accedido a llamarla Luce, tal y como lo habían hecho sus compañeros en los establos de Virginia. Ya no quería ser ni señorita ni princesa, quería ser simplemente Lucy. Quizás si Brody la llamara así, se sentiría mejor—. Me gusta su casa. Es muy… hogareña —añadió tratando de comportarse civilizadamente.

—Como representante de los establos del rey Alexander supongo que estarás acostumbrada a residencias mucho más distinguidas.

—En absoluto. Yo no me crié en un palacio —contestó. Y estaba siendo sincera. Había pisado Marazur por primera vez meses atrás y la llegada a palacio había sido muy impactante.

Lucy había crecido en un barrio de clase media. Había estado acostumbrada a los muebles desgastados y los platos desportillados, no a antigüedades ni a porcelana china. Había tenido que cambiar los vaqueros desgastados y las camisetas por el lino y los encajes—. Debo decir que crecí en el seno de una familia de clase media. Soy bastante… normal.

—Entonces, ¿cómo conseguiste el trabajo? Realmente eres muy joven.

—¿Demasiado joven? —replicó. Era más fácil pelearse por la edad que reconocer que estaba allí por papá.

—Es obvio que no. Tengo la sensación de que sabes exactamente lo que quieres —dijo él sin que pareciera un cumplido.

—Crecí en un lugar rodeado de establos y yo… —se detuvo un instante para meditar sus palabras. No quería que Brody supiera demasiado. No podía. Aquél sería el último café en la cocina, a pesar de lo mucho que los había echado de menos. La señora Polcyk rellenó su taza y el olor fuerte a café trasladó a Lucy a la cocina de Trembling Oak. La galletera sobre la mesa… Aquellas sensaciones que le recordaban a su hogar—. Fue una de esas situaciones en las que conocía a alguien que conocía a alguien, ya sabes. Así lo logré.

La mandíbula de Brody se puso en tensión. Primero Lucy había descrito su casa como hogareña. Como si no hubiera podido encontrar otro apelativo. Después había admitido que había conseguido el trabajo por enchufe. Nepotismo. Brody despreciaba aquel término. Le recordaba a alguien. A una mujer que en el pasado había considerado Prairie Rose demasiado rústico para ella. Brody agarró la taza con fuerza.

La señora Polcyk les sirvió dos platos de pastel y desapareció de la cocina. Brody se centró en el pastel tratando de olvidar su malestar. Al fin y al cabo le daba lo mismo quién fuera Lucy Farnsworth. No era Lisa y lo único que tenía que hacer con ella era cerrar un negocio. Lo importante era mantener la relación con la Casa Navarro y con el rey Alexander. Aquella alianza beneficiaría al rancho y al programa de crianza, en el que tanto había trabajado desde que había tomado el mando.

—Cereza. Dios la bendiga —dijo tras probar el pastel.

Lucy sonrió tímidamente como si no estuviera acostumbrada a hacerlo. Lo que Brody en realidad quería saber eran los planes del rey Alexander. Empezar a trabajar con uno de los mejores establos de Europa era una gran operación. Podría impulsar el programa de crías y Prairie Rose alcanzaría renombre. Se lo debía a su padre. Se lo debía a sí mismo y a la señora Polcyk.

—¿Cómo es trabajar para alguien de la realeza? —preguntó intrigado.

Lucy tomó su tenedor. Estaba un poco desconcertada. Por unos instantes había tenido la sensación de que Hamilton estaba enfadado con ella, sin embargo tenía preguntas para ella. Se sintió obligada a contestarlo. Si no lo hacía corría el riesgo de que él investigara en *Internet* y la descubriera. Pero tampoco podía contar demasiado.

Tomó otro trozo de pastel antes de contestar. Había tratado con muchos rancheros en su vida y la conversación no solía ser su fuerte. Tenía que reconocer que él estaba haciendo un esfuerzo.

Trabajar para el rey Alexander era agobiante sobre todo por el lugar que le tocaba ocupar a ella. Su cargo le recordaba constantemente que pertenecía a Marazur, cuando ella no lo sentía así. Sin embargo, cuando podía cabalgar por el campo sin pedir permiso era maravilloso o cuando podía escoger la montura que deseara. Aquel pequeño margen de libertad era lo que la mantenía a flote.

No podía confesar nada de aquello a Hamilton, al menos si quería que él siguiera respetando su competencia. Si quería que la viera como algo más que una niña de papá jugueteando con los caballos. Lucy conocía bien a los rancheros. Sabía exactamente lo que iba a pensar de ella.

Forzó una sonrisa y se cuadró de hombros.

—Su alteza tiene unos buenos establos y los mejores equipamientos e instalaciones. Solo su sala de herrar es tan grande como toda su nave, está limpia y huele a cuero viejo. Los caballos Navarro son apreciados en toda Europa, tanto por los mejores jinetes

de carreras como por ganaderos. La plantilla es muy profesional y tiene experiencia. Es el sueño de cualquier experto.

—¿Pero? —preguntó Hamilton. Lucy dejó delicadamente el tenedor sobre el plato y apretó los labios confundida.

—¿Qué quiere decir con «pero»?

—Hay algún pero que no me estás diciendo.

—En absoluto. Es una gran operación.

—¿Entonces por qué no me miras a los ojos mientras me lo dices?

—¿Perdone? —preguntó ella mientras se daba cuenta de que se acababa de ruborizar. Bebió un trago de café. Había sido muy vaga y él se había percatado.

A Lucy nunca se le había dado bien ocultar sus sentimientos. Su madre siempre se lo había dicho.

—Estás rehuyendo mi mirada. Mi madre siempre decía que eso era propio de mentirosos.

Lucy se enfadó. Una hora. ¡Solo lo conocía de una hora y ya la estaba llamando mentirosa!

Dejó la taza suavemente sobre la encimera. La señora Polcyk, que había regresado a la cocina, los miró y se puso de nuevo a cortar verdura.

—¿Me está acusando de algo?

—Por supuesto que no. Solo me preguntaba qué te estabas dejando en el tintero. Vas a revisar a mi ganado y es una operación importante. Yo no voy a viajar a Marazur antes de firmar. Y me da la sensación de que hay alguna historia escondida. Quiero saberlo antes de firmar.

Lucy se levantó del banco. Maldición, aun estando sentado él era un poco más alto que ella.

—Está insistiendo en que le estoy ocultando información sobre los establos Navarro. Y no me parece un gesto muy amistoso. El hotel cada vez me parece una opción mejor. Los establos Navarro no necesitan al rancho Prairie Rose, al menos tanto como… —miró a su

alrededor y después lo miró a él alzando la barbilla—. Como usted necesita a Navarro. No tiene el único criadero de caballos del mundo.

Soltar la rabia le sentó bien. Fue liberador, a pesar de ser consciente de que provocar al señor Hamilton era un error táctico.

—Quizás no, pero tenía entendido que el rey Alexander quería lo mejor —replicó él con los ojos brillantes como el azabache. Lucy lo miró fijamente y admiró la seguridad que tenía en sí mismo, a pesar de que a la vez la sacaba de quicio.

—Y usted es lo mejor, supongo.

—Si no fuera así, no habrías venido hasta aquí.

Lucy apretó los labios. Tenía toda la razón. Había recorrido todo aquel camino porque *Ahab* era de Hamilton. Aquel caballo era el motivo principal por el que estaba allí, aparte de negociar tarifas con discreción y conseguir algún caballo más.

—Está muy seguro de sí mismo.

—No te pongas así. Me has descrito los establos tal y como lo haría un folleto. Solo tengo curiosidad y me gustaría que me contaras más. Quiero saber más sobre con quién estoy tratando.

Aquella calma implacable terminó de encender el genio de Lucy. ¿Quién se creía que era para cuestionar la integridad de Navarro? Mantuvo las manos en los bolsillos y cerró los puños. Sabía que no tenía que entrar al trapo, pero estaba emocionalmente agotada y le costaba controlarse.

—Todo lo que necesita saber es que estoy aquí para hacer mi trabajo. Un trabajo para el que estoy más que cualificada. No hay más que decir —dijo dispuesta a marcharse. Pero la voz de él se lo impidió.

—Entonces puedes marcharte.

Lucy se quedó helada.

¿Marcharse? Se quedó sin aliento ante aquel tono tan resuelto. Si pudiera hacerlo. Si solo pudiera abandonar su nueva vida… Estaba agotada de que todo el mundo le dijera que había tenido mucha suerte. Para ella no era así en absoluto. Todo. Le habían arrebatado todo. Su vida había cambiado de forma irrevocable y Lucy solo podía echar de menos lo que había perdido.

Su trabajo. Su hogar. Su madre.

Lucy se dio la vuelta y observó a Brody. Era como si aquellos ojos negros que la miraban amistosamente estuvieran esperando una respuesta. Parecía que pudieran atravesar todas las barreras que Lucy había construido para protegerse y que conociera lo que escondía en su interior.

Por un momento tuvo el instinto irracional de salir corriendo. Pero no lejos, sino a los brazos de Brody. Unos brazos fuertes que eran perfectos para abrazar a una mujer y hacerla olvidar el resto del mundo. Lucy llevaba meses saliendo adelante sola y estaba cansada. Cansada de tener que disculparse por no ser feliz. Cansada de fingir cuando en realidad lo único que deseaba era que las cosas volvieran a ser como antes. Cansada por haber descubierto que el pasado, lo único inalterable, había estado fundado en una mentira. Por unos instantes fantaseó con la sensación de descansar en los brazos de Brody y olvidarse de todo. Soñó con olvidarse de su carga por un rato.

Tragó saliva. Aquello era ridículo. Apenas conocía a aquel hombre y lo que había descubierto no le gustaba demasiado. Tenía que ser el cansancio, era la única explicación. No había ninguna otra razón que explicara la atracción que estaba sintiendo por Brody Hamilton. Ninguna.

Con solo mirarlo se daba cuenta de que… él sabía cuál era su lugar en el mundo. Era un hombre sólido y estable. Había construido un mundo a su medida, cosa que Lucy nunca había logrado.

Sin embargo aquélla era una razón de peso para no echarse en sus brazos. Lo envidiaba, pero él no sabía valorar lo que tenía. La idea de abrazarlo era absurda.

Era un hombre que había cuestionado la integridad de Lucy. Sin embargo, ella estaba agotada y no iba a luchar. Su mirada descendió hasta los labios de Brody Hamilton y sintió un escalofrío. Enseguida se echó atrás y controló su impulso.

—No es muy productivo que discutamos —dijo Lucy finalmente en el tono más frío que pudo—. Creo que tenías razón cuando has mencionado el desfase horario. No sé lo que digo. Si me disculpas… Estoy segura que mañana ya me habré recuperado y estaré lista para trabajar.

—Por supuesto —repuso él con una mirada indescifrable y un tono gélido.

—Te acompañaré arriba, querida —dijo la señora Polcyk con una amable sonrisa. Lucy se giró y forzó una sonrisa. Aún podía sentir los ojos negros de Brody sobre ella, era como si estuviera desnudándola con la mirada—. Estarás deseando darte un baño caliente y comer algo. No queda mucho para la cena.

Lo que Lucy deseaba era desaparecer el resto de la noche, sin embargo la actitud maternal de la señora la reconfortó.

—Suena estupendo.

Siguió a la señora Polcyk hasta las escaleras y se giró antes de empezar a subir.

—Lo veré en la cena, señor Hamilton —dijo tratando de usar los buenos modales que su madre le había inculcado.

—Sí.

El ama de llaves la guió hasta la última habitación del pasillo. Era un dormitorio enorme con una ventana orientada hacia el oeste.

—El baño es en la puerta de al lado —escuchó Lucy mientras su mirada quedó cautivada por el impresionante paisaje que se veía por la ventana.

Había visto el perfil de las montañas desde la autopista de Calgary, pero desde que había torcido al este en Larch Valley, las había perdido de vista. Desde el segundo piso de la casa la visión de las montañas en contraste con el cielo azul era impresionante.

—¿Siempre se ven las montañas desde aquí? —preguntó Lucy cuando la señora Polcyk estaba a punto de salir.

—Casi todos los días que está despejado. Y espera a ver las vistas desde Wade's Butte.

—¿Wade's Butte?

—Pídele a Brody que te lleve allí. Está a dos horas a caballo. En la linde del rancho.

—No me suena ese nombre.

—Claro que no. No lo encontrarías en un mapa, pero la gente de por aquí lo conocemos. Debe su nombre al abuelo de Brody —le explicó y puso una amplia sonrisa—. Ahora relájate y ponte cómoda.

Voy a preparar pollo asado para cenar y de postre hay pastel de melocotón. Cally trajo dos cajas el otro día.

Lucy no tenía ni idea de quién era Cally, pero se le hizo la boca agua ante la idea del pastel.

—Estoy deseando probarlos —contestó lo más amablemente que pudo.

La señora Polcyk cerró la puerta y dejó a Lucy a solas.

Observó la habitación. Era diferente de cualquier lugar en el que hubiera estado. El suelo era de tarima de madera y estaba perfectamente encerado. Los muebles brillaban, la colcha estaba hecha a mano con telas de colores brillantes que formaban una flor. Sobre la mesa había un jarrón con flores recién cortadas que Lucy corrió a oler. Eran flores cortadas ese mismo día. Para ella.

Aquel gesto de bienvenida la emocionó, a pesar de las groserías de Brody. La había acusado de mentir y lo peor era que había estado en lo cierto. Quizás eso hubiera sido lo que la había enfurecido tanto. Aunque nunca lo fuera a reconocer.

Sacó la ropa de la maleta y se dirigió al cuarto de baño donde se encontró con varias toallas suaves y limpias y con una amplia gama de jabones para elegir. Llenó la bañera y echó unas sales de baño que perfumaron el agua. Un baño caliente, después del día que había tenido, le pareció un lujo.

Una hora después bajó las escaleras, con el pelo aún húmedo, dispuesta a cenar.

Brody estaba ya en la cocina, preparando un puré de patata.

Lucy se detuvo en las escaleras y observó la escena sin ser vista. La señora Polcyk estaba montando la nata. Se quedó boquiabierta contemplando los movimientos seguros y firmes de Brody.

Era cierto que llevaba demasiado tiempo sin tener una cita. La visión de Brody Hamilton en la cocina estaba despertando en su interior sensaciones que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Era tentador.

Había tenido tiempo en el baño para pensar y se había dado cuenta de que Brody había tenido razón. Ella deliberadamente había ocultado información y era normal que él hubiera sospechado. Al fin y

al cabo no tenía ni idea de que Lucy estuviera deseando recuperar su antigua vida en vez de estar encerrada en un frío palacio de Europa. Pero también se había dado cuenta de que la información que tenía que darle era sobre los establos y no sobre ella. En cuanto estuviera centrada, él se relajaría.

Lucy había hecho una promesa y no se iba a echar atrás.

Brody se dio la vuelta y la descubrió en las escaleras. Su expresión alegre se esfumó y Lucy se preguntó por qué le desagradaba tanto si apenas se conocían.

—La cena ya está —anunció él sin entusiasmo alguno. La señora Polcyk llevó una bandeja de pollo a la mesa, después una fuente con verduras y una salsera.

—Por favor, siéntate, Lucy —dijo.

Lucy se sentó en la silla que estaba más alejada ya que le pareció que estaba desocupada. Brody se sentó en el otro extremo y el ama de llaves en medio. La señora Polcyk inclinó la cabeza y, para sorpresa de Lucy, comenzó a rezar en una lengua desconocida.

Cuando acabó la oración Lucy alzó la vista y se encontró con los ojos de Brody. Algo sucedió en aquella mirada. Fue un contacto cálido, una conexión a pesar de que eran extraños el uno para el otro y que tenían vidas muy distintas.

No obstante, Lucy era consciente de que aquella conexión tenía que acabar tan pronto como fuera posible. Nada bueno podía salir de allí. No podía acercarse demasiado a Brody Hamilton.

No podía acercarse demasiado a nadie.

Capítulo Tres

Brody se despertó cuando los rayos de la luna aún se reflejaban en la pared de su dormitorio. Se acurrucó y se acarició la barba que le estaba saliendo.

Había estado soñando con ella. Había soñado que acariciaba el torrente de rizos de Lucy justo antes de besar sus desafiantes labios.

Se apoyó sobre los codos y agitó la cabeza. No era un hombre propenso a soñar, sobre todo con mujeres que acababa de conocer. Pero había algo en Lucy que despertaba su curiosidad. Era cabezota y agresiva. Además de muy inteligente. Pero llevaba un peso en sus espaldas del tamaño de Marazur.

Escondía algo. Algo que Brody no terminaba de averiguar, a pesar de que tenía que ver con la forma en que lo había mirado aquella noche después de la oración de la señora Polcyk. Podía ser gélida, sin embargo había algo en ella que atraía a Brody.

No obstante estaba decidido a ignorar esa atracción. La vida de Lucy era completamente distinta de la suya y él no iba a olvidarlo. Ya se había quemado una vez… y había tenido suficiente.

Era una locura pensar en ella de aquella forma, reconocer que se sentía físicamente atraído por ella. Se había dado cuenta desde el principio, pero no había querido admitirlo. Sin embargo, tras el sueño, no cabía duda.

Se levantó de la cama y se asomó a la ventana abierta. La brisa nocturna le erizó la piel. El viento cálido de julio había desaparecido y habían llegado las noches despejadas y frescas de agosto, cuando las estrellas más brillaban.

De repente vio luz.

Las luces de la parte trasera del establo brillaban en la oscuridad de la noche. Y estaba completamente seguro de que las había apagado todas antes de acostarse.

En un instante se puso los vaqueros y agarró las botas. Suavemente bajó las escaleras y consultó la hora. Eran las dos y veinte. Cuando llegó a la puerta vio que la chaqueta de la señora P

estaba colgada junto a su cazadora vaquera. Agarró la última y salió.

Se dirigió hacia la puerta de la nave, que estaba ligeramente abierta. Oyó un ruido, evidentemente había alguien dentro. No había luz en la habitación de Lucy. Oyó unos pasos y su atención se centró de nuevo en la nave.

Lucy había llegado ese mismo día y había alguien en sus establos en mitad de la noche. ¿Pura coincidencia? No.

¿A qué estaba jugando? ¿Qué estaría buscando? Brody inspiró despacio. Todos los documentos importantes estaban cerrados bajo llave en el despacho de la casa. Y era muy probable que ella lo supiera. Lo que quería decir que…

Lo que quería decir que Lucy estaba husmeando entre los caballos. Sabotaje, manipulación… lo que fuera iba a terminar bien pronto.

Se deslizó sigilosamente dentro y caminó en la oscuridad. El sonido provenía de un establo en el ala derecha. Brody contuvo la respiración. De nuevo un paso y después el sonido de los cascos de un caballo. Era el establo de *Pretty*. La única yegua que Lucy había conocido. El corazón de Brody dio un vuelco.

Se cuadró y dio cuatro zancadas muy sigilosamente que lo llevaron hasta la puerta de los establos.

También estaba entreabierta.

Brody la abrió un poco más y se preparó para lo que se podía encontrar. Nadie podría salir de allí sin pasar por encima de él.

Una voz de mujer lo hizo detenerse.

—No es justo —escuchó bajo una respiración entrecortada—. Tú eres una princesa, *Pretty*. No yo.

No es justo. A Brody se le encogió el corazón. Si Lucy intentaba hacer daño a *Pretty*…

Entró en el establo y se detuvo ante la mirada atónita que tenía frente a él. Una mirada que reflejaba sorpresa y miedo. Lucy estaba acariciando las crines de la yegua.

Brody abrió la boca, pero no supo qué decir. Las pestañas de

Lucy estaban humedecidas por las lágrimas que, para horror de Brody, estaban corriendo por sus mejillas. Tenía los labios también humedecidos, tal y como él los acababa de imaginar en su sueño, suaves y frágiles. Sus dedos estaban agarrados a las crines de *Pretty*, quien permanecía tranquila a su lado.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Yo… yo… estaba —trató de explicar Lucy. Se sonrojó. Obviamente se sentía culpable.

—Muy elocuente —dijo él cerrando la puerta. No se iba a marchar de allí sin obtener respuestas y estaba decidido a que aquellas lágrimas no sirvieran de excusa. *Pretty* era una yegua muy valiosa, y más importante que eso, era suya. No. La señorita Farnsworth le debía una explicación. Y rápida.

—He venido para estar sola —soltó finalmente tratando de sonar convincente.

—¿Así que estás husmeando en mitad de la noche? ¿Qué estás buscando realmente? Si estás aquí para hacerles daño a mis caballos… —dijo dando un paso desafiante—. Ningún rey te va a proteger aquí, señorita Farnsworth.

Lucy lo miró con lo que pareció descreimiento. Mejor. Quizás así consiguiera algunas respuestas. Ella se limpió las lágrimas que le quedaban y Brody se relajó un poco. Se sintió aliviado al no tener que enfrentarse a llantos y numeritos.

—¿Buscando? ¿Cree que estoy buscando algo?

—¿Me tomas el pelo? Has llegado hoy y la primera noche te encuentro cotilleando mi ganado cuando se suponía que debías estar durmiendo. ¿Qué se supone que tengo que pensar?

La observó fijamente y vio que tragaba saliva. Tenía la mirada puesta en el suelo. La había pillado.

—Lo siento. Por supuesto podría pensar eso. Yo… por favor, créame, señor Hamilton. No he venido aquí esta noche porque tenga malas intenciones.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Ella desvió la vista y estoicamente se concentró en el cuello de la

yegua, el cual acarició.

—¿No es obvio?

—No exactamente. Aunque parece que no estás muy bien —declaró Brody dando un paso al frente y estrechando la distancia entre ambos. Quería mirarla a los ojos, así sabría si le estaba diciendo la verdad—. Eso está claro.

A Lucy le tembló el labio inferior y se lo mordió. Brody se metió las manos en los bolsillos.

—He venido para estar sola. Para… llorar, ¿vale? Mi intención no ha sido en ningún momento molestarlo.

Una extraña estaba en sus establos en mitad de la noche llorando sobre uno de sus caballos. Era un comienzo. Brody se cruzó de brazos. Era cierto que él había sido seco con ella en algunos momentos del día. Pero ella había sido muy reservada y Brody la había respetado. No le había dado la impresión de que Lucy fuera una mujer llorona.

Sin embargo, era evidente que había estado llorando y tenía que admitir que su explicación parecía cierta. Aquellas lágrimas habían estado ya ahí cuando él había entrado en el establo. De repente recordó las veces que había sido el pañuelo de lágrimas de Lisa y dio un paso atrás. Ya había tenido bastante, no estaba dispuesto a lidiar con más llantos.

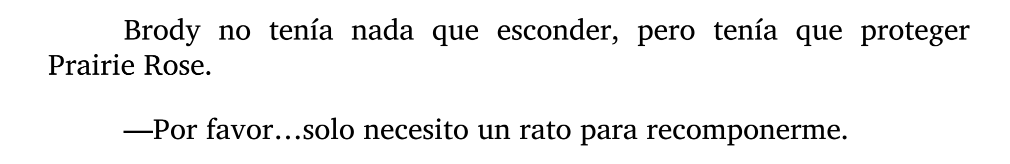
—Pronto se hará de día. ¿Por qué no volvemos a la casa? —preguntó.

Lucy lo miró fijamente y él sintió el impulso de abrazarla.

—Subiré en un momento —contestó ella.

Brody clavó su mirada en sus ojos. Obviamente no había pillado la indirecta de que no quería que se quedara sola en el establo. También era cierto que desde el principio Brody le había dicho que se sintiera como en su casa, pero aquello era demasiado. Más que demasiado. No le gustaba que cotilleara, fuera su jefe quien fuera. Lo primero para Brody eran sus caballos. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Y la lección había tenido un precio.

—Insisto. Insisto en que salgas conmigo ahora. Mañana habrá tiempo de sobra para que veas los caballos. Conmigo.



Brody no tenía nada que esconder, pero tenía que proteger Prairie Rose.

—Por favor…solo necesito un rato para recomponerme.

—Entonces me quedaré contigo —declaró cruzándose de nuevo de brazos.

Ella miró por encima del hombro de Brody, como si estuviera buscando por dónde escapar. *Pretty*, molesta porque Lucy no le estuviera prestando atención, movió la cabeza buscando más caricias.

—Le gustas —añadió él.

—Y a mí me gusta ella —contestó Lucy acariciando de nuevo las crines de la yegua. Era evidente que aún no se había tranquilizado y Brody no quería dejarla sola allí. Se retiró un poco y se apoyó en la pared de madera.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te interesa tanto *Pretty Piece*? Aún le quedan años, es cierto, pero no es lo que vienes buscando.

—No lo es. Pero es una sorpresa deliciosa. Yo conocí… conocí a su madre.

La voz de Lucy se rompió en la última palabra. Por favor, que no hubiera más lágrimas.

—Vámonos de aquí —dijo agarrándola suavemente de un brazo. Su cuerpo desprendía calor—. Antes de que aburras a los caballos y a ti misma.

La guió fuera del establo y le acarició suavemente el codo.

—Para —dijo ella bruscamente soltándose.

—Prefieres hablar sobre por qué estabas llorando. Porque yo quiero respuestas. Respuestas convincentes.

—No estoy llorando por un motivo en concreto —replicó alzando la barbilla—. Es solo que no podía dormir.

Brody soltó algo ininteligible y Lucy lo miró.

—He cruzado medio mundo hoy, ¿sabe?

Brody la miró benévolamente. Aquello no tenía nada que ver con el desfase horario. Y aunque hubieran discutido aquella tarde, también sabía que no era la razón. Había otro motivo. ¿A qué se habría referido ella cuando había murmurado que no era justo?

Nunca había sido capaz de ver a una mujer llorar y los años anteriores había tenido una buena ración de lágrimas. Aquél había sido uno de sus grandes errores, a pesar de ello no podía evitar querer consolar a Lucy. Quería creerla. Creer que sus motivos eran verdaderos aunque sus actos fueran algo sospechosos.

Dio un paso adelante y extendió el brazo. Estuvo a punto de tocarla, pero no lo hizo.

—¿Qué pasa, Lucy? ¿Qué es lo que sucede aquí que te entristece tanto?

Lucy entrelazó los dedos, como si estuviera echando de menos las crines de la yegua. Tenía que mantener la compostura porque Brody estaba muy cerca de la verdad. La estaba observando fijamente, esperando. Esperando una explicación razonable.

Brody era un hombre con carácter. Lucy se había dado cuenta desde el principio. Hacía las cosas a su manera y tenía sus propias opiniones, y la primera sobre ella no había sido favorable. Sin embargo… allí estaba, esperando pacientemente. Y Lucy no tenía ni idea de qué contestarle. En ningún caso la verdad.

Se moría de ganas de contar lo que realmente le sucedía, pero estaba segura de que él no la iba a entender.

Nadie la entendía.

Le invadió de nuevo una sensación de soledad absoluta. Nada le resultaba ya familiar, salvo el olor del heno, de los caballos y del cuero.

—¿Lucy?

No pudo evitarlo. Al escuchar su nombre las lágrimas volvieron

a brotar de sus ojos. Lucy. ¿Quién era ahora Lucy? Nadie.

—Apenas te conozco —contestó. Aunque no sonara bien tenía que decirlo.

Brody no contestó, pero no dejó de mirarla intensamente con sus impresionantes ojos negros. La situación se le iba de las manos y no podía hacer nada para remediarlo. Sin embargo prefería estar muerta a permitir que él la viera así.

—Por favor, deje que me vaya. Ya me he puesto bastante en evidencia. No debería haber venido.

Brody se echó a un lado invitándola a pasar. Ella se estiró para salir con la poca dignidad que le quedaba. Parpadeó y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Echaba tanto de menos su hogar.

Había sido una estúpida al pensar que podría estar a gusto en el rancho. Dio un paso, otro mientras las lágrimas nublaban su vista.

De repente tropezó.

Brody le tendió el brazo para que no se cayera, pero ella no pudo contener un sollozo. Él suavemente la abrazó.

La impresión solo duró una millonésima de segundo. La sorpresa de verse entre sus brazos desapareció ante la calidez de su pecho y la sensación de la tela vaquera contra el rostro. Lucy respiró, el olor era de alguna forma familiar. Era un hombre fuerte y estable. Brody le acarició la cabeza, el pelo haciendo que la angustia fuera desapareciendo. Era un hombre bueno. Y estaba allí. Eso era lo importante en aquel momento.

—Shhh —susurró Brody junto a la oreja de Lucy—. No pasa nada.

Durante los tres largos meses anteriores nadie la había rodeado con sus brazos. Nadie la había abrazado. Nadie le había dicho que no iba a pasar nada.

Se abrazó a la cintura de Brody y se agarró a la tela vaquera. Él la abrazó más fuerte sin dejar de acariciarle la nuca.

Toda la pena que Lucy había contenido salió en un sollozo, como si fuera una ola rompiendo contra la orilla. Se sintió muy frágil, pero a la vez como si le hubieran quitado un terrible peso de encima.

Suspiró y sollozó mientras escuchaba la voz fuerte y tranquila de Brody.

—Lucy.

Los latidos de su corazón se detuvieron un instante. Ya no era la señorita Farnsworth, sino Lucy. Aquella noche, se había convertido en Lucy.

Se separó de Brody. Aquello era una locura. Estaba agotada y era completamente de noche. Él era un extraño. Muy guapo, pero un extraño. Estaba muy confundida.

—Lo siento —dijo horrorizada. No se atrevió a mirarlo a los ojos. Ya le había mostrado demasiado y no quería que viera nada más. Tampoco quería que él se mostrara más. La situación era peligrosa. Dio un paso atrás.

—No tienes que pedir disculpas.

—Olvide que esto ha pasado.

—¿Por qué no me dices primero qué es lo que te hace llorar así?

¿Por dónde empezar?

Pretty dio una patada al suelo. Estaban molestando a los caballos.

—Hay sillas en la oficina. Una tetera y una lata de galletas. Así podremos poner fin a esta situación —añadió él amablemente. Lucy negó con la cabeza.

—He creado una situación incómoda. Esto no va a volver a suceder —respondió en un tono de voz más convincente—. Será mejor que vuelva a la casa.

—Vas a quedarte unos días. Es mejor que me lo cuentes porque si no yo voy a estar haciéndome preguntas y tú vas a estar aguantando y eso solo puede crear fricción entre nosotros. Lo cual no es lo más apropiado en un viaje de negocios —insistió. Le tendió una mano—. Deja que te prepare un descafeinado.

—Señor Hamilton, yo…

—Llevas diez minutos sollozando en mis brazos. Creo que ya es hora para que dejes de llamarme señor Hamilton. Y si volvemos ahora

a casa la señora Polcyk nos oirá y tendrás que explicarle por qué tienes los ojos hinchados.

Brody le ofreció la mano, pero Lucy no quiso tomarla. Se adelantó a él lo más dignamente que pudo.

Una vez en la oficina hizo un rápido inventario. Había un sofá viejo, una silla también muy vieja y un archivador de madera detrás del escritorio desgastado. Se sentó en la silla, ya que hacerlo en el sofá hubiera significado estar demasiado cerca de él.

Brody preparó dos cafés y le entregó uno.

—Bueno. Ha sido un día largo. Primero has llegado y antes de que termine la noche, aquí nos tienes —comentó en un tono afable.

—Lo siento. No suelo desmoronarme de esta manera.

—No me habías dado la impresión de ser una mujer que se derrumbe. Así que imagínate mi sorpresa al encontrarte merodeando en mis establos en mitad de la noche.

—No confías en mí.

—¿Lo harías tú si estuvieras en mi lugar?

—No —reconoció—. Sospecharía de cualquiera que necesitara estar cerca de mis caballos en medio de la noche. Solo puedo decir que mis actos han sido completamente inocentes y que espero que me creas.

—¿Hay alguna razón para no creerte?

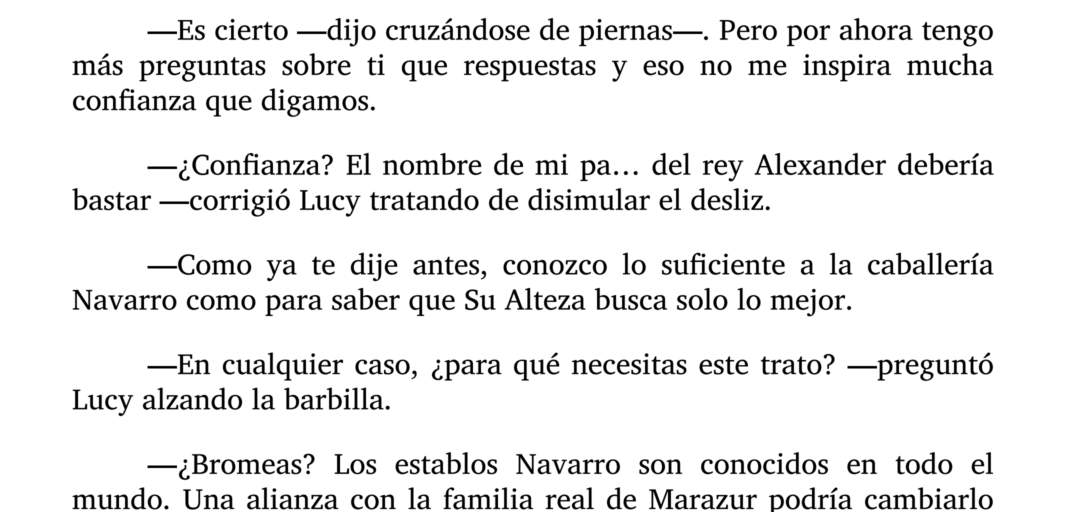
Lucy lo miró y por un instante pensó en los secretos que guardaba.

—No, no la hay.

—Aquí casi todo el mundo nos conocemos. Hay gente a la que dejo entrar en mi círculo y gente a la que no. Pero a ti apenas te conozco. Todavía no he decidido si te voy a dejar entrar o no. Alguna verdad que otra vendría bien.

¿Entrar en su círculo? Eso era lo último que Lucy quería.

—He venido aquí a realizar un trabajo.



—Es cierto —dijo cruzándose de piernas—. Pero por ahora tengo más preguntas sobre ti que respuestas y eso no me inspira mucha confianza que digamos.

—¿Confianza? El nombre de mi pa… del rey Alexander debería bastar —corrigió Lucy tratando de disimular el desliz.

—Como ya te dije antes, conozco lo suficiente a la caballería Navarro como para saber que Su Alteza busca solo lo mejor.

—En cualquier caso, ¿para qué necesitas este trato? —preguntó Lucy alzando la barbilla.

—¿Bromeas? Los establos Navarro son conocidos en todo el mundo. Una alianza con la familia real de Marazur podría cambiarlo todo.

—Es evidente entonces que tú vas a ganar más que nosotros —dijo ella tras dejar la taza sobre la mesa y cruzarse de brazos—. Quizás no te convenga hacer tantas preguntas.

—¿Y si regresaras con las manos vacías? —preguntó Brody alzando una ceja.

Lucy palideció. Aquello no podía suceder. El trabajo era lo único que le quedaba. Tenía que demostrarle a su padre lo que valía y eso implicaba también demostrárselo a Brody en aquel momento.

—El rey te ha enviado aquí. Reconócelo. Nos necesitamos mutuamente —añadió.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero saber por qué estabas llorando en mis establos en mitad de la noche.

—Es algo privado.

Brody se puso de pie impaciente.

—Como tú quieras —dijo dándose la vuelta para salir por la puerta.

Lucy no sabía qué decir, pero era consciente de que no podía dejarlo marchar.

—¡Brody, espera! —dijo echando a correr hacia la puerta—.

Espera.

Él se detuvo y la miró. Lucy se volvió a sobresaltar.

Se suponía que aquel viaje era un respiro. No había pensado que se iba a encontrar con un vaquero sexy dispuesto a cotillear en su vida y a chantajearla.

—Ya que insistes te diré que crecí en Virginia. Rodeada de caballos. Mi madre era contable en una granja. Así es como conocí a la madre de *Pretty, Pretty Colleen*. Estaba en Trembling Oak cuando yo era niña, antes de que la vendieran. Este sitio… me recuerda a Trembling Oak.

—¿Echas de menos tu casa? —preguntó algo incrédulo.

—Sí… pero hay más. Mi madre… —se detuvo ante el nudo que se le acababa de formar en la garganta—. Mi madre murió hace unos meses. Ha habido tantos cambios… —inspiró profundamente para recuperar fuerzas—. Tantos cambios que no he tenido tiempo para asimilarlo. Al llegar aquí hoy me ha venido todo de golpe. Y necesitaba estar con alguien… con alguien que me entendiera.

—*Pretty* —señaló Brody con una leve sonrisa.

—No te rías de mí —soltó ella.

—No me estoy riendo de ti —contestó acercándose a ella—. Es lo único con sentido que has dicho en toda la noche.

Lucy lo miró a los ojos. Ya no recelaba de él y solo sentía una atracción muy fuerte.

—¿Fue muy duro? —preguntó Brody en un susurro.

—Sí —murmuró ella.

—Lo sé —añadió él, y Lucy tuvo ganas de preguntarle. Él le acarició la barbilla—. Gracias por contármelo. Explica muchas cosas.

Lucy tragó saliva y trató de respirar, pero le costaba. Estaban muy cerca, casi podían besarse. Y sabía que no debía pensar en besarlo…

—Vamos a casa. Mañana va a ser un día muy largo —sugirió él. Lucy trató de sonreír.

Había dicho más de lo que había planeado… ¿Cómo podía haber mencionado Trembling Oak? Además había estado hablando con la yegua cuando él había entrado en el establo, ¿habría oído algo?

Brody ya sabía demasiado. Tenía que tener mucho más cuidado. No más revelaciones en mitad de la noche. ¡De aquel momento en adelante solo negocios!

Capítulo Cuatro

Brody levantó los ojos del desayuno al oír a Lucy bajando las escaleras. La vio y volvió a mirar al plato. Prosiguió comiendo tratando de no hacer caso al cosquilleo que estaba sintiendo en el pecho. No podía estar deseando verla. No podía ser. Era ridículo.

La noche anterior se había comportado como un loco. Había sido tonto y se había dejado embaucar. Al final se había emocionado con la historia que ella le había contado. Incluso había llegado a pensar en besarla.

Un tonto. Un tonto por olvidarse de quién era Lucy. Un tonto por haberse dejado distraer al ver sus lágrimas y finalmente un tonto por haber querido reconfortarla.

De ninguna manera, Brody ya había caído antes en aquella trampa.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días —contestó él tratando de fingir desinterés—. El desayuno era hace quince minutos.

—Lo siento… Me he dormido.

—Pues yo no he dormido tan bien como tú —replicó Brody.

—Lo siento mucho —respondió Lucy desconcertada.

—No pasa nada, Lucy —dijo la señora Polcyk que acababa de entrar en la cocina—. Siéntate. Brody hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

Brody frunció el ceño. Aquél era el inconveniente de estar rodeado de mujeres que lo conocían desde que había sido un mocoso. Primero había sido Martha el día anterior y en aquel momento la señora P. Siempre lo trataban como a un niño. Apretó los dientes porque no iba a decir nada para llevarle la contraria. Habían pasado demasiadas cosas juntas como para hacerlo, pero tampoco le iba a pedir disculpas a Lucy, a pesar de que supiera que se estaba comportando de forma poco razonable. Lo mejor sería mantener las distancias con ella.

—He pensado que quizás esta mañana podría echar un vistazo a tus archivos —comentó Lucy mientras se untaba mermelada en una tostada.

—Tengo cosas que hacer.

—Me bastaría con que me indicaras el lugar.

—¿Indicarte el lugar? ¿Y dejarte sola? —preguntó él alzando una ceja.

—¿Qué crees que voy a hacer, Brody? —preguntó. Se le cayó la tostada al plato mientras lo miraba atónita.

Brody quería dejar de mirar aquellos labios rosas que lo tenían fascinado. Tenía que ignorarlos. Él era de los que pensaban que la confianza era algo que se ganaba, no que se daba por supuesto. Ya había tenido suficientes problemas con el rancho como para no poner precauciones.

—¿Quién sabe? Después de lo de ayer por la noche.

La señora Polcyk hizo un ruido con la sartén y Brody y Lucy se quedaron en silencio.

Lo cierto era que él entendía perfectamente lo que había hecho Lucy la noche anterior. Brody había pasado muchas noches de soledad en los establos.

Pero era un nuevo día. Ya se había pasado la noche con sus sombras, el café y las confesiones. No podía haber nada personal entre ellos. No quería que ella supiera más de lo necesario y la idea de que rebuscara en sus archivos le hizo apretar la mandíbula.

Lucy era más que una simple emisaria. Aunque no sabía qué era exactamente lo que estaba buscando y ése era el problema.

—Había pensado que quizás te apeteciera dar una vuelta a caballo esta mañana. Así verías más del rancho.

Lucy se controló para no suspirar. Había pensado que Brody confiaría en ella después de la noche anterior, pero era obvio que no. La invitación a ir a dar una vuelta era simple diversión. Sabía que no

quería estar mucho con ella y ese deseo era mutuo. Simplemente no quería que husmeara por el rancho. ¿Qué estaba escondiendo?

Quiso preguntárselo, pero sabía que no iba a obtener respuesta. Se mordió la lengua para mantener las formas.

Era razonable que ella quisiera revisar las historias de los caballos. Tenía que tomar las decisiones adecuadas para Navarro. Quería verlo todo antes de estampar su firma. Y él debía saberlo. Debía confiar en ella para dejarla realizar su trabajo.

—Me encantaría, pero en otro momento. Primero me gustaría hacerme una idea general de tu programa de crianza —contestó. Quería fechas, nombres, historiales.

—¿Y si me niego? —preguntó Brody alzando un ceja.

—Entonces estoy perdiendo el tiempo —respondió con el corazón en la garganta y a punto de levantarse de la mesa.

—De acuerdo —cedió él. Lucy se detuvo y se sintió aliviada—. Acaba el desayuno, princesa. Cuando estés lista te buscaré lo que necesites.

Ella se quedó paralizada un instante. ¿Habría descubierto su verdadera identidad? Trató de recuperar la compostura. No había dicho nada que la delatara lo que significaba que… estaba utilizando el apelativo de forma cariñosa. Cosa que a Lucy tampoco le hacía ninguna gracia.

—Gracias —contestó mirándolo fríamente.

Sin decir palabra Brody se levantó, recogió su plato y lo llevó al fregadero.

—Señora Polcyk, ¿he hecho algo malo esta mañana? —preguntó Lucy cuando las dos mujeres se quedaron a solas en la cocina. Estaba desconcertada por el comportamiento tan brusco de Brody. La noche anterior había llegado a ser amable y Lucy había llegado a pensar que había estado a punto de besarla.

La señora Polcyk le recordaba a la señora Pendleton, la esposa del dueño de Trembling Oak. Una señora que nunca se había dado aires de nada, siempre había estado liada en la cocina y le había encantado charlar con Lucy. Le resultaba más fácil preguntarle a la cocinera que a Brody.

—Brody es un hombre muy reservado, Lucy. Eso es todo —le contesto dándole una palmada en la espalda después de rellenarle la taza de café.

—Pero… pero yo estoy aquí para apoyar su negocio. No sé por qué ha tenido que montar este número solo porque quiera ver sus archivos. Necesito saber dónde están las crías de *Ahab* y cómo están resultando.

La señora Polcyk se sirvió una taza de café y se sentó en el sitio que Brody había dejado libre.

—Yo creo que tú eres una buena chica, Lucy, y no soy desconfiada como Brody. Pero reconozco que tiene sus motivos para ir con pies de plomo.

—No me va explicar por qué, ¿verdad?

—En este caso creo que no es una historia que te deba contar yo. Lo que sí que te puedo decir es que Brody lo ha dado todo para convertir este rancho en lo que es hoy en día. Lo es todo para él.

—Lo comprendo.

—Lo sé —repuso tomando la mano de Lucy—. Lo importante es que él quiere que este trato funcione. Lo necesita para que tengamos un nombre y la alianza con vosotros, nos lo daría.

—¿Entonces por qué no deja de enfrentarse a mí? Me ha bastado estar aquí veinticuatro horas para saber que, si yo digo negro, él dirá blanco.

—Porque lo único que le importa más que la alianza con el rey Alexander es proteger lo que ama —aclaró tras recoger las dos tazas vacías—. Si intuye que puedes ser una amenaza en cualquier sentido para Prairie Rose, entonces no tendrá problema en elegir. Lo ha dado todo por este rancho —la mirada de la mujer se fijó en la ventana y le tembló levemente el labio—. Quizás demasiado —se aclaró la garganta y miró a Lucy—. Ya es hora de que vayas al despacho. Está al final del pasillo. Brody lo tendrá todo listo, a pesar de su comportamiento de esta mañana.

Lucy accedió aunque en aquel momento tenía más preguntas que respuestas. ¿Qué habría sacrificado Brody por el rancho? ¿Qué amenazas habría sufrido? ¿Qué era lo que le hacía construir un muro a su alrededor cada vez que ella se acercaba?

Miró la puerta cerrada del despacho. Quizás obtuviera más información revisando el archivo aquella mañana de la que le habían dado Brody o el ama de llaves.

* * *

Lucy se frotó los ojos. Los tenía irritados por el calor. Llevaba todo el día revisando papeles y estaba impresionada.

La mejora del rancho aquellos años era innegable. Brody había tomado las decisiones correctas en la mayor parte de los casos. Había apostado por mantener líneas de sangre puras. Era una forma tradicional de hacer las cosas y a él le estaba funcionando.

Cerró la última carpeta y consultó el reloj. Eran casi las seis. El tiempo se le había pasado volando. Miró a su alrededor y contempló el lío de notas que había montado. Tenía que dejar el despacho tan organizado como lo había encontrado. Mientras estaba ordenando se dio cuenta de que se le había pasado una carpeta que estaba dentro de otra. La abrió y la repasó rápidamente. Aquel historial era más antiguo que el resto. Todo lo que había revisado era de los seis años anteriores, pero el último era de ocho años atrás y la firma no era la de Brody, sino la de John Hamilton. Después había unas hojas con la firma de Brody, pero la fecha de los documentos era de nuevo de seis años atrás. Había un salto de un año, casi un año de historiales perdidos. Lucy sabía que era imposible que Brody no hubiera realizado ninguna transacción en aquel periodo. Era como si…

Lucy se mordió el labio superior. Era como si el rancho hubiera dejado de existir durante todo un año. Se preguntó qué le dirían los archivos del banco, aunque sabía que no tenía acceso a ellos y que Brody no se lo facilitaría.

Oyó una puerta y cerró la carpeta. La puso debajo de las demás. Estaba poniendo un clip en sus notas cuando Brody entró en el despacho.

—¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—Sí, y mucho más —contestó. Brody la miró con suspicacia y ella no pudo evitar una carcajada—. Lo único que no he encontrado en tus archivos es el número de pie que usas —bromeó. Quería que él se riera, que la situación fuera más ligera. Sin embargo él mantenía su mirada indescifrable y a Lucy se le borró la sonrisa de la cara—. No

voy a poder contigo, ¿verdad? —preguntó aunque sonó más a afirmación. Recogió sus papeles y se dispuso a salir por la puerta. Pasó muy cerca de Brody y sintió una atracción tan fuerte como la que había sentido la noche anterior en el establo. Ninguna mujer se podría resistir a un hombre tan sexy.

—¿Algún problema, princesa?

—No —logró decir antes de que sus mejillas comenzaran a arder.

—La cena estará lista en cinco minutos —gritó Brody cuando ella estaba subiendo ya las escaleras de dos en dos. En cuanto cerró la puerta de su habitación se apoyó sobre ella.

Primero la noche anterior en el establo. Y en aquel momento en el despacho. Ése no era en absoluto el plan.

Sentía curiosidad por Brody Hamilton. Pero no solo en lo referente a Prairie Rose y a Navarro sino, más bien, el tipo de curiosidad que un hombre podía despertar en una mujer. Deseo. Y Lucy no tenía ni idea de cómo encararlo sin dejar de hacer su trabajo adecuadamente.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó Lucy en la cocina logrando no ruborizarse. Brody estaba friendo unos filetes. La señora Polcyk entró en la cocina con una bandeja de cubiertos y platos—. Deje que yo me encargue de eso —insistió—. Me siento tonta sin hacer nada.

—¿Cómo te gusta la carne? —le preguntó él.

—Medio hecha —respondió aún rendida ante los encantos de aquel vaquero rudo. Él asintió. Llevaba puesto el sombrero así que no podía ver la expresión de sus ojos.

Estaba deseando que hubiera una tregua. En realidad Lucy necesitaba un aliado, un amigo después de tanta soledad. Terminó de colocar los platos y se acercó a él.

—Brody —dijo posando la mano en el brazo de él. Era fuerte y cálido. Tragó saliva y se forzó a mirarlo a los ojos. Estaba intentando

ponerse en su lugar, no quería ser egoísta. Ella no era la única que había sufrido. Necesitaba pedir disculpas para que pudieran empezar de nuevo—. Esta mañana no he querido crear más tensión. Yo… solo quería ver tus archivos para contextualizar lo que observe de ahora en adelante. Quiero tomar la mejor decisión para Navarro y eso significa obtener la mayor información posible. Espero que entiendas que he venido para eso. No estaba intentando… bueno, no sé. Lo único que quiero que sepas es que no pretendo dañar en absoluto a Prairie Rose —«ni a ti», pensó.

Durante unos segundos se miraron fijamente, solo el trino de un pájaro rompió el silencio. Lucy seguía tocándolo y tuvo tantas ganas de besarlo como la noche anterior. Se humedeció los labios… Besar al gran Brody Hamilton…

Contuvo el aliento y Brody dio un paso atrás rompiendo el contacto entre ellos.

—Sí, bueno, en mi opinión lo importante desde luego no está en los papeles. Le queda mucho para lograr mi confianza, señorita Farnsworth.

La noche anterior había sido Lucy, pero de nuevo volvía a llamarla por su apellido.

Quizás fuera lo mejor.

—¿Confías en mí… en el rey Alexander?

—No lo sé.

Lucy dio un paso atrás. No sabía cómo reaccionar. La señora Polcyk regresó y dejó unas ensaladas sobre la mesa, parecía ajena a la tensión que había en el ambiente.

—¿Están listos los filetes, Brody?

—Falta un poco.

—¿Puedo hacer algo? —le preguntó Lucy de nuevo al ama de llaves.

—Nada, querida. En cuanto esté la carne, nos sentaremos a cenar. Bueno, mira, la cerveza de Brody se ha acabado, puedes sacarle otra y una para mí, si no te importa. Con este calor…

Lucy fue a la nevera y los oyó discutir, aunque no entendió lo que decían. Cuando regresó la señora Polcyk estaba sentada satisfecha. Lucy le dio la cerveza a Brody.

—Gracias —respondió él forzando una sonrisa. Sirvieron los platos y comieron un buen rato en silencio.

—¿Y cómo conociste al rey Alexander, Lucy? —preguntó de repente la señora Polcyk.

Ella estuvo tentada a contar toda la verdad, pero sabía que era la forma de perder la confianza de Brody por completo. Mientras reflexionaba sobre qué respuesta dar, Brody dejó de comer.

—Sí, Lucy, exactamente, ¿cómo conociste al rey? —insistió él mirándola fijamente. La habían pillado y no le quedaba más opción que decir la verdad, pero sin desvelarla completamente.

—Él conocía a mi madre —contestó finalmente intentando mostrarse relajada sin lograrlo. Si hubieran sabido lo incómoda que se sentía, quizás hubieran dejado de hacerle preguntas. Forzó una sonrisa. No estaba dispuesta a que Brody le comiera el terreno—. El rey siempre ha estado interesado en los caballos. Como ya os mencioné, crecí en Virginia y mi madre llevaba la oficina de Trembling Oak. Allí conoció a Alexander, que aún era príncipe, en uno de sus viajes. Yo llevaba años trabajando en los establos. Cuando mi madre enfermó, pensó que me convenía viajar y conocer mundo. Pensó que quizás el rey Alexander podría contratarme en Marazur. Era una oportunidad de viajar y trabajar en lo que realmente amo.

—Y así fue. Pero ¿por qué te contrató? Él no te conocía realmente, ¿no?

—No, nunca lo había visto antes —contestó con un nudo en la garganta. Pero no podía callarse, tenía cuatro ojos fijos sobre ella. Forzó otra sonrisa—. ¿Quién sabe por qué hacemos a veces las cosas? Lo importante es que decidió contratarme y por el momento no se ha arrepentido. Soy buena en lo mío. Tengo buen ojo.

Ya estaba. Lo había hecho. Había contado una historia sin que Brody hubiera quedado encima de ella. No podía llevarle la contraria, además Lucy no se parecía en nada a su padre.

—Una ensalada estupenda, como siempre —declaró Brody levantándose de la mesa.

—¿No te quedas al postre? —preguntó la cocinera. Él negó con la cabeza y se puso el sombrero.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer. Después comeré un poco.

—¿Te echo una mano? —le ofreció Lucy, pero él negó con la cabeza.

—No, disfruta de la tarde. Mañana tendrás todo el despacho para ti, yo tengo que salir del rancho.

Y sin mediar más palabra se marchó.

Capítulo Cinco

Lucy ya había revisado suficientes papeles. Recogió la mesa y puso punto final a su consulta. No había encontrado ningún documento del año de inactividad en el rancho.

Se puso las botas en la puerta. Quizás visitara a *Pretty* y le llevara una manzana. La pobre había estado encerrada como ella en un precioso día de verano.

El cielo estaba completamente despejado y el aire era muy seco; Respiró profundamente y agradeció estar sola. Era una soledad agradable y distinta a la que había sentido en Marazur, donde se aislaba en los establos para no estar constantemente rodeada de gente. A pesar de la hosquedad de Brody, Prairie Rose le resultaba un lugar más acogedor que los establos Navarro. La soledad no tenía que ver con que hubiera gente o no, sino con sentir que se había encontrado un lugar propio en el mundo. Ella estaba viviendo en un palacio cuyos habitantes eran unos desconocidos. Trembling Oak había sido el lugar de Lucy en el mundo y Prairie Rose era el espacio más parecido en el que había estado desde su marcha.

No encontró a *Pretty* en su casilla en el establo. Caminó sobre la paja y llegó hasta el ruedo. Allí estaba *Pretty* en el centro atada con una cuerda larga acompañada de dos hombres. La sonrisa de Lucy se evaporó.

—Parece que está bien, Bill. Quizás debamos llamar a Martha y que se ahorre el viaje. No pasa nada porque salga ahora un rato —le dijo uno de los hombres al otro.

Lucy se acercó con la mirada fija en la yegua. Martha era la veterinaria. Hacía solo dos días que *Pretty* se había golpeado. ¿Sabría Brody lo que aquellos hombres estaban a punto de hacer?

La veterinaria tenía que ver a *Pretty* antes de soltarla. O al menos tenía que ser Brody quien diera esa orden.

—Suéltele cuerda y hágala trotar —ordenó desde el otro lado del ruedo. Los dos hombres se volvieron hacia ella, quien caminaba hacia delante.

—¿Perdone?

—Ya me ha oído. Dele más cuerda y hágala trotar.

—¿Y usted es…? —dijo el que supuestamente era Bill. Se llevó la mano al sombrero en señal de saludo pero su mirada era gélida.

—Lucy Farnsworth —contestó cuando estuvo junto a ellos. Su nombre no les decía nada.

—Bueno, señorita Farnsworth, a menos que nos lo diga el señor Hamilton…

—¿Sabe una cosa? ¿Quiere saltarse una visita de la veterinaria y ser el responsable de que una yegua se quede mal? ¿Una yegua ganadora? A mí no me gustaría que recayera el enfado del señor Hamilton sobre mí cuando se enterara de que ha quedado lisiada para siempre por haber sido un vago y haber elegido un atajo en vez del camino correcto —declaró. Se metió las manos en los bolsillos.

El hombre la miró fijamente. Lucy sabía que tenía razón y que el hecho de haber nombrado a Brody había hecho dudar a los hombres.

—Creo que puedo hacer lo que me pide. Aunque se va a dar cuenta de que la yegua está bien —contestó el hombre y miró a su compañero—. Dale más cuerda y haz que se mueva.

Lucy observó con detalle a la yegua. Al verla regresar notó algo, pero quiso asegurarse.

—Dele un par de vueltas más, por favor —pidió. Al verla por detrás no tuvo duda—. Esta yegua está todavía herida.

—Yo no he visto nada.

—Entonces está ciego. Observe cómo levanta la cabeza. No es mucho, pero ahí está —dijo antes de acercarse a la yegua y acariciarle el morro—. Hola, chica, ¿cómo estás?

—El señor Hamilton no quiere que haya extraños dentro de sus establos —dijo Bill acercándose a ella.

—¿Y qué piensa sobre la incompetencia? —replicó fríamente—. Sujétela un momento.

Lucy se agachó para inspeccionar las patas de la yegua.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz de Brody sobresaltó a Lucy quien se puso en pie, pero enseguida se agachó y continuó con lo que

estaba haciendo—. Bill, ¿qué pasa? —insistió en un tono duro.

Lucy hizo acopio de fuerzas porque supo que las iba a necesitar.

—Esta señora ha entrado aquí y ha empezado a dar órdenes. Ya la he advertido que no te gustaría.

Lucy se puso en pie y se limpió las manos en los vaqueros.

—Hola, Brody —dijo ella tratando de sonar casual sin conseguirlo.

—Pensaba que estabas en el despacho revisando papeles.

—Sí, pero ya he acabado. He salido a dar un paseo y he acabado aquí. Un buen sitio.

—¿Ah, sí? —preguntó furioso. Lucy se echó a temblar.

—Sí. Tus hombres iban a despachar ya a *Pretty Piece*. Y eso hubiera sido un gran error.

—Porque tú lo digas —soltó él.

—¡Tú dirías lo mismo si me escucharas dos minutos! —gritó Lucy.

Bill y su compañero se echaron atrás despacio. Brody la miró con condescendencia.

—Mira, Bill y Arnie llevan años en Prairie Rose. Confío en sus decisiones.

—¿Entonces ni siquiera vas a escuchar lo que quiero decirte? ¡Eres un arrogante! ¿Vas a poner en peligro a una yegua herida solo por orgullo? ¿Eres incapaz de aceptar el consejo de una mocosa como yo?

—¿Mocosa? —repitió él.

—Cállate —soltó ella controlándose para no decir una ristra de palabrotas. Había perdido el control, pero tenía que contarle lo que sucedía—. ¿Por qué piensas que no sé lo que estoy haciendo? ¿Porque soy joven? ¿Porque soy mujer? En cuanto me viste aparecer aquí me pusiste una etiqueta y me has encasillado. Me has juzgado y te has convencido de que no tengo nada valioso que aportar. Me habrías dicho que me largara si no tuviera que ver con el rey Alexander. ¿Y

sabes en qué te convierte eso? —preguntó con la mirada encendida. Brody estaba boquiabierto—. En un buen chico de los de antes. En un machista. He visto miles en este negocio. Pero eso nunca me ha detenido y no me va a detener ahora. Soy buena en lo mío. ¡Soy muy buena! ¡Me he ganado estar donde estoy y lo sé aunque nadie me lo reconozca!

Después de soltar todo aquello se sintió mucho mejor. Durante meses había estado preocupada por comportarse como la hija de Mary Ellen, la princesa Luciana. Como si lo que era realmente en su interior no fuera importante. Como si todo el trabajo que había realizado durante años no fuera nada comparado con una promesa.

—¿Has terminado? —preguntó Brody. Ella asintió.

—Por el momento —repuso.

Brody dio un paso adelante. Bill y Arnie habían desaparecido. Los latidos del corazón de Lucy se aceleraron al sentir el cuerpo de él tan cerca.

—Mi confianza hay que ganársela. Y yo no confío fácilmente en la gente, sobre todo si lo que está en juego es mi sustento. Tu relación con el rey es lo único que te mantiene aquí, quiero que seas consciente de ello. Tienes razón cuando dices que no eres lo que yo esperaba. Es cierto qué me sorprendí al ver que Navarro enviaba a una mujer muy joven y guapa para cerrar un trato tan importante. Ésa fue la primera señal. Después te sorprendí husmeando la primera noche. Segunda señal. Y después te empeñaste en ver todos mis archivos. Conozco a la gente como tú. Estáis más interesados en los papeles y en la apariencia de las cosas que en la realidad. Esto es la realidad —dijo extendiendo el brazo—. Y es el último sitio al que has venido, no al primero.

Lucy inspiró y expiró lentamente. Sabía que no le convenía explotar de nuevo y aún se estaba recuperando de que la hubiera llamado «joven y guapa». Se esforzó por dejar a un lado la vanidad femenina, su género y su edad eran irrelevantes.

—El hecho de que haya abordado la operación de forma distinta a la tuya no quiere decir que el mío sea un enfoque incorrecto. Y no quiere decir que no sepa lo que estoy haciendo. Si tienes en cuenta la opinión de esos hombres y no la mía, más adelante tendrás problemas. ¿Quieres una oportunidad para confiar en mí? Aquí la tienes.

—De acuerdo. ¿Qué te hace pensar que están equivocados?

—Les he pedido que la hicieran trotar. No es evidente, pero si te fijas, te darás cuenta. Creo que está teniendo una infección, la pezuña está caliente y tiene síntomas.

Brody la miró fijamente, sentía curiosidad, pero no estaba completamente convencido. Era el momento de demostrarle que sabía de qué estaba hablando.

—No tienes por qué creer mi palabra. Puedes verlo con tus propios ojos —añadió antes de hacer trotar a la yegua. Le señaló el leve movimiento de cabeza cada vez que movía la pezuña afectada—. No es mucho, pero la pezuña está caliente. Más caliente que las otras. Lo he medido con la misma mano para estar segura. No me lo estoy inventando, Brody.

—Tienes razón —contestó él tras tocar las pezuñas del animal.

—Gracias.

—Supongo que ahora esperarás que te pida disculpas por lo que he dicho antes.

—Me da la sensación de que no eres de los que piden disculpas —respondió sonriendo irónicamente. Alzó la barbilla—. Estabas hablando en serio. Y yo también.

—Entonces no te pediré perdón si tú no me lo pides a mí —añadió él con una mirada más cálida.

—Bueno.

—¿Basta si reconozco que tenías razón sobre la yegua y que sabes más de lo que en principio creí?

—Eso es suficiente —dijo ella con una media sonrisa.

Brody dio un paso adelante y Lucy se preguntó si la iría a tocar. Quería que la tocara. A pesar de las duras palabras que se habían intercambiado.

Sin embargo él acarició a la yegua.

—Entonces, en tu opinión, lo que necesita ¿es…? —preguntó él.

—Antibióticos y antiinflamatorios. Quizás durante cinco días. Si no funciona, llama a la veterinaria. Aunque creo que bastará.

—Estoy de acuerdo.

Había llegado el momento de desaparecer del establo. Si le había resultado difícil discutir con Brody, le estaba resultando aún más complicado estar allí de pie y ocultar su atracción. No podía separarse de él. ¿Por qué?

Asintió y comenzó a caminar.

—Lucy —oyó. Se dio la vuelta y vio cómo Brody la miraba intensamente—. Gracias.

Brody no iba a valorar su conocimiento, tenía que conformarse con que le diera las gracias. Sin embargo, Lucy quería más. En el fondo deseaba que reconociera no solo sus conocimientos, sino a ella.

No podía permitir que la opinión de él le importara tanto. Se iba a marchar enseguida de allí. Solo le haría daño y ya había sufrido bastante.

—De nada —contestó antes de salir.

—He ensillado el caballo castrado para ti.

Lucy se dio la vuelta al oír la voz de Brody en el pasillo. El día anterior había estado conociendo el rancho más en profundidad. Él había estado un poco más amable y respetuoso. La noche anterior durante la cena había estado muy callado, pero al final le había propuesto dar un paseo a caballo por sus tierras para que conociera mejor el lugar. No había dicho más, sin embargo Lucy se lo había tomado como una señal de aprobación. Como si se hubiera dado cuenta de que estaba realizando su trabajo correctamente. No obstante al ver que había elegido un caballo viejo y castrado para ella, lo dudó.

—¿De verdad? —preguntó decepcionada. Estaba encaprichada con un caballo majestuoso que había visto.

Brody sacó el caballo, que no estaba mal, pero parecía manso. Demasiado manso para Lucy. Quería sentir el viento en el pelo y el poderío de un caballo. Apretó los dientes. Si pensaba que un castrado era lo mejor para ella, seguían sin ir por buen camino.

—Si crees que no puedo manejar un caballo con más brío, piénsalo de nuevo.

Brody sonrió.

—¿Sabes una cosa, Lucy? Tengo la impresión de que la vida nunca es aburrida contigo. Tienes la necesidad de desafiar cualquier decisión.

—¿Y eso te divierte? —preguntó con los brazos enjarras. La sonrisa de Brody era irresistible, pero tenía muchos cambios de humor —. Ayer tuviste suerte de que desafiara la opinión de tus hombres.

—Lo sé. Te diste cuenta de algo que a ellos se les había pasado. Te estoy agradecido —dijo con seriedad.

—¿Pero todavía no me confías a tus mejores caballos? ¿Acaso piensas que no puedo controlarlos?

—¡En absoluto! Dios, intentas hacerle un favor a una chica y ella solo ve una ofensa. ¡Mujeres!

Lucy abrió la boca para responder, pero la cerró. La estaba provocando otra vez. Brody Hamilton estaba utilizando el viejo truco de discutir para flirtear con ella. Y era tentador.

—Pensaba que después del incidente con *Pretty* te habrías dado cuenta de que la forma de ganar puntos conmigo era tratarme como a una igual, no como a una niña consentida.

En los labios de Brody se dibujó una sonrisa.

—¿Has oído, *Bruce*? —preguntó mirando al caballo—. Creo que acaba de cuestionar tu virilidad. Y en este caso mis intenciones eran buenas —dijo, y después suspiró—. *Bruce* necesita hacer un poco de ejercicio y está triste porque hace tiempo que no sale. Piensa que la edad debería haberle dado un estatus. Y a mí hoy se me había ocurrido que lo contentaría si lo ofrecía a una chica bonita. Pero quizás me haya equivocado.

Lucy no pudo evitar pensar que la señora Polcyk le había echado algo a Brody en el café aquella mañana. No paraba de hacer bromas y de coquetear como si nunca se hubieran peleado.

—¿Sueles utilizar ese método a menudo?

Brody se inclinó sobre la oreja del caballo y le susurró algo. El caballo le apartó.

—*Bruce* dice que no tanto como le gustaría.

Lucy no pudo evitarlo… se echó a reír. No se hubiera imaginado que Brody tuviera un lado tan juguetón.

—Bueno, ¿a qué se debe este cambio de humor? No has estado… No parecías muy contento con mi visita, por decirlo suavemente. Ni de que te aconsejara sobre *Pretty* —comentó Lucy mientras caminaban.

Brody se plantó delante de ella y le entregó las riendas del caballo.

—He estado muy desagradable. Lo siento. Normalmente no soy tan gruñón. Ni tan cerrado de mente —afirmó. El caso es que parecía que estaba siendo sincero. La miró con seriedad.

—Pellízcame, ¿me ha parecido oír una disculpa?

—Debe de haber sido el viento.

Bruce se estaba empezando a impacientar y empujó el hombro de Lucy con el morro. Ella perdió el equilibrio y Brody la sostuvo por los codos.

—Lucy, yo… —se aclaró la garganta—. Yo lo siento todo mucho. Lo de tu madre, haber sido tan brusco contigo y haberte prejuzgado. Normalmente no soy tan difícil.

Los ojos de Lucy se posaron en sus labios. Eran carnosos y perfectos. Aquello era una locura. Tenía que hacer algo para soltarse de aquellos brazos antes de que cometiera una tontería.

—¿Ah, no? —logró decir con algo de malicia para que él la soltara, pero no lo hizo. Los dos estaban alargando aquella situación, los dos…

Lucy se mordió el labio mientras clavaba sus ojos en los de él. Los dos estaban esperando. Esperando a que uno de ellos diera el primer paso. Lucy sabía que ella no podía ser. Se relajó y dio un paso atrás para que él la dejara marchar. Quizás prefiriera al Brody insoportable, mantener las distancias con él era mucho más sencillo. Porque aquel Brody, el cariñoso y humano, era un hombre al que le daban ganas de conocer. Y eso implicaba revelarle cosas de su vida

que no quería que supiera.

—No, no suelo ser así —contestó con voz ronca antes de soltarla. Aquel tono tan íntimo hizo que Lucy deseara volver a estar entre sus brazos.

—¿Entonces por qué has estado así? ¿Por qué me has juzgado tan duramente?

Brody se giró hacia el caballo.

—Súbete. No eres tan alta y tengo que ajustar los estribos.

Lucy era consciente de que, si le presionaba, no obtendría respuestas, así que se subió al caballo. Desde arriba observó cómo los dedos hábiles de él acortaban las correas.

—¿Por qué estabas tan enfadado conmigo? —preguntó con suavidad, necesitaba saber el motivo. Acababa de descubrir que podía ser amable y divertido. Quería creer que ése era el verdadero Brody y no una excepción.

—Ahora mismo tengo mucha presión. Y… no me gusta que la gente husmee en mi vida.

—¿Por qué no? Pensaba que todos los vaqueros erais tipos sencillos —añadió Lucy. Se moría de ganas de ver la expresión de su rostro, pero el sombrero se lo impedía.

—Yo no soy tan complicado. Lo que no quiere decir que la vida no me haya traído complicaciones. Que por otro lado no pretendo divulgar. Todavía tengo que lidiar con ellas —afirmó, y la miró a los ojos—. ¿O acaso tú no tienes secretos, Lucy? —preguntó posando la mano en la bota de ella.

Lucy tenía tantas ganas de hacerle mil preguntas, pero no tenía ningún derecho. Él ya no la estaba molestando. No estaba flirteando. Aquello era más profundo. Sintió la tentación de acariciar aquel rostro, aunque solo fuera una vez. Acariciar la marca que le dejaba el ceño fruncido, signo inequívoco de preocupación.

¿A qué se estaría enfrentando que le causaba tanto sufrimiento? ¿Tendría que ver con cuando se había hecho cargo del rancho? ¿Con que la firma de su padre hubiera dejado de aparecer en los archivos oficiales?

Lucy se contuvo. Brody tenía derecho a tener sus secretos igual que ella. Y además no formaba parte del plan intimar con él. A pesar de los deseos de acariciarlo. Quizás tuviera que saberlo, pero no de aquella forma.

—Entonces, estamos de acuerdo en algo, Brody. Yo no estoy aquí para hurgar en tu pasado. Estoy aquí solo para forjar una alianza, si tú lo deseas. Entre Prairie Rose y Navarro. La operación que realicemos beneficiará a ambos, ¿no te parece? Cuando revisé tus archivos quería ponerme al día, eso es todo. No lo hice con ninguna otra intención.

—Vale —contestó él dejando de tocarla.

—Brody, yo… —tragó saliva—. Mira, yo intento obtener un juicio de lo que observo. Y, sí, es cierto, también necesito conocer a quien está dirigiendo Prairie Rose. Es importante. Lo que no quiere decir que necesite saber todos los detalles —dijo mirándolo. Dios, era tan guapo. Y algo más. Era un tipo fuerte. No sabía a qué se estaba enfrentando, pero obviamente lo estaba haciendo de frente. Y a Lucy le gustaba.

—Yo dirijo Prairie Rose solo.

Era el momento de preguntarle sobre su padre, pero ¿y si él le preguntaba por el suyo?

—Creo que eres un hombre bueno, Brody, y que estás enteramente dedicado al rancho. En realidad eso es todo lo que tengo que saber.

Acarició a Bruce y salieron del establo. Quizás eso fuera todo lo que tenía que saber, aunque no era todo lo que deseaba saber. Quería saber sobre su familia y allegados. ¿Dónde estaba la familia de Brody? La señora Polcyk era solo una parte de ella. No obstante, Lucy era consciente de que cualquier información la tendría que obtener directamente de Brody. No iba a cotillear, no estaba dispuesta a caer tan bajo.

Capítulo Seis

Brody la alcanzó segundos después. Estaba montando el caballo del que Lucy se había encaprichado. Al instante se puso a cabalgar. Había nacido para montar a caballo, lo hacía con total soltura.

—Vale, ahora estoy celosa —confesó. Brody le soltó una sonrisa.

Lucy se dio cuenta de que le gustaba mucho Brody cuando estaba en su elemento. Estaba más relajado, menos en guardia. A ella le pasaba lo mismo. En cuanto se subía a un caballo, los problemas desaparecían. Se sentía ella misma.

—*Ahab* es mi orgullo y mi alegría.

Era un caballo grande y lustroso. No era un caballo corriente. Por la forma en que se movía dedujo que era ágil y fuerte. Exactamente lo que Navarro estaba buscando.

—Entonces supongo que no estará en venta —dijo.

—No. No está en venta. ¿Quieres ir allí? —preguntó señalando con la barbilla una pradera.

—Vale. Aunque dudo que *Bruce* y yo seamos capaces de seguiros.

—No subestimes a *Bruce*. Tiene un corazón muy competitivo.

Cabalgaron en silencio mientras Lucy disfrutaba cada segundo de aquella sensación de libertad. Tuvo por un instante la impresión de estar empezando una nueva vida. Menuda tontería. Acababa de empezar una nueva vida y estaba muy lejos de allí.

Fijó su mirada en las anchas espaldas de Brody. No podía dejar de intentar descifrar su comportamiento, sus cambios de humor. El se detuvo junto a una valla, contempló el horizonte y suspiró.

Lucy respondió de la misma manera. En Marazur había intentado buscar la misma sensación de libertad, sin embargo había fracasado. Cada vez que había salido a cabalgar a los acantilados, los guardaespaldas la habían seguido por orden de su padre. En aquel instante nadie la seguía. Lucy era libre.

¿Cómo sería vivir siempre en Prairie Rose? ¿Estar con Brody? Lucy se humedeció los labios. Quizás fuera más sencillo imaginarlo si pudiera comprender a aquel hombre. Se detuvo a su lado.

—Has ido pegada a mí todo el camino, princesa.

Lucy cerró los ojos y respiró.

—Qué va, vaquero. Cuando tenía ocho años mi madre finalmente decidió que tenía que hacer algo conmigo y empecé a recibir clases en Oak. Hasta que fui adolescente montaba mucho a caballo por placer. Después empecé a trabajar…

—¿Tú? —soltó él impresionado.

—Llevo años metida en los establos. Primero montando, después ayudando a limpiar a los caballos. Mientras iba al instituto trabajaba media jornada y después me involucré más. El dueño se estaba empezando a meter en carreras y yo quería acción. Cambié la disciplina por la velocidad.

—Me sorprendes.

—Cuando mamá enfermó, ya era la segunda de abordo en las cuadras.

—¿Entonces por qué te marchaste? —preguntó Brody. Lucy no pudo mirarlo. No sabía qué contar y qué no.

—Le había hecho una promesa a mi madre. Ella quería que conociera otras cosas en la vida y le prometí que lo haría. No me puedo echar atrás. Me…

De repente la angustia volvió a invadirla. Mientras su madre había estado viva no se había dado cuenta de lo importante que era para ella y de la fuerza que le transmitía. Y cuando se había ido, Lucy se había quedado sin suelo bajo los pies. Hubiera dado cualquier cosa por volver a hablar con ella. Le hubiera pedido disculpas por las cosas que le había dicho al final. Unas palabras de las que siempre se arrepentiría.

Había estado tan enfadada. Tan rabiosa contra su madre por haberla engañado. Y también contra Alexander por no pedirle nada en absoluto. Había sido como si a él no le importara lo que Lucy hiciera. Siempre tan afable y tranquilo que Lucy se había sentido inútil. Superficial.

—Yo sé bastante sobre promesas. Aunque a veces sean duras. Y seguro que tu madre estaría contenta si te viera cumplirla, Lucy.

Ella lo miró con los ojos inundados de lágrimas. Recordó cuando su madre le había hablado por primera vez de Alexander. Cuando le había dicho que había invitado al rey a los Estados Unidos para que conociera a Lucy. La respuesta que ella le había soltado… era incapaz de repetir aquellas palabras. También recordó cuando su madre les había contado a ella y a su padre que se estaba muriendo. Lucy había sentido rabia y desolación, de alguna manera se había sentido manipulada. Después había pedido perdón, pero no podía remediar lo que ya había dicho. Cuando su madre le había hecho prometer que iría a Marazur no le había quedado más opción que aceptar. De hecho, el día después del funeral se había alegrado de marcharse.

—Es lo único que me pidió en la vida. No había opción a decir que no —explicó.

Al ver las lágrimas, Brody quiso abrazar a Lucy tal y como había hecho en el establo. Ella no tenía la culpa de que él hubiera estado enfadado. Llevaba demasiado tiempo enfadado, ya casi ni recordaba cómo era vivir con otro estado de ánimo. Y sin embargo… había momentos en los que se sorprendía a sí mismo buscando a Lucy y de alguna manera ella saltaba sus barreras.

—Siento mucho lo de tu madre, Lucy.

—No quiero ponerme otra vez a llorar —contestó ella limpiándose las lágrimas—. Me has sacado a dar un paseo y yo me pongo a llorar como una chiquilla.

Un chiquilla, eso era verdad. Aquellas pecas sobre la nariz y los pechos redondos bajo la camiseta. Aquel día Lucy estaba más natural. ¿Una princesa? Probablemente no, pero no menos seductora. La mata de pelo rojizo recogida en la gorra, los vaqueros desgastados y una camiseta oscura que resaltaba la palidez de su piel. Era delicada.

Maldición.

Aquellos pensamientos solo le traerían problemas. Y cada vez se sentía mejor con ella, al menos más seguro de sus competencias profesionales. Había sido honesta y le había demostrado que sabía lo

que quería. Era una mujer que entendía de caballos. Lo había demostrado al diagnosticar a *Pretty*. A Brody le gustaba pensar que él también hubiera hecho ese diagnóstico, pero no estaba tan seguro.

Miró los dedos largos de Lucy, sintió la tentación de acariciarlos, pero sabía que no era lo correcto. Lucy se había ganado un buen paseo por el rancho y él necesitaba un descanso. La visita al pueblo del día anterior no había sido plato de buen gusto. Se alegró de que ella no le hubiera preguntado que a qué iba. Detalles. Detalles que requerían atención y que le recordaban la gran responsabilidad que tenía.

De alguna manera Lucy le recordaba que la vida era algo más que responsabilidades. Brody podía engañarse a sí mismo y decirse que enseñarle sus tierras era parte del trabajo. Sin embargo lo cierto era que necesitaba relajarse y quería hacerlo con ella.

Lucy se sentía libre y feliz. Brody lo vio en su mirada. No era algo que a él le pasara a menudo, pero sí le recordó que Prairie Rose era una obra de amor más que de obligación.

—¿Quieres ver la antigua casa? —preguntó para olvidarse de sus negros pensamientos. Ella asintió, a pesar de estar absorta en sus pensamientos. La muerte de su madre era algo reciente. Brody quiso arrancarle una sonrisa—. Te echo una carrera.

Antes de que Brody se diera cuenta, Lucy ya había comenzado a cabalgar colina abajo. Espoleó a *Ahab* para que la alcanzara. Ella se agachó y apretó las rodillas contra el caballo a medida que iba ganando velocidad. Se estaba riendo. Brody por fin la alcanzó y galoparon juntos sin parar de reírse. Así llegaron, en una nube de polvo, hasta las ruinas de la antigua casa.

—Me temo que estabas en lo cierto. *Bruce* no tenía posibilidades —afirmó Brody.

—Ya, pero tiene un corazón valiente. ¿Verdad que sí, precioso? —preguntó ella aún entre jadeos. Después besó la cabeza del animal. Brody detuvo a *Ahab* y se quedó cara a cara frente a Lucy.

—¿Qué es este lugar? —preguntó ajustándose la gorra.

Brody no pudo evitar volver a sonreír. Dios, estaba realmente guapa. Era una belleza natural, sin artificio. Le recordó a la belleza de la flor que había dado nombre al rancho. Una rosa salvaje. Hermosa y auténtica. Su melena contrastaba con la piel suave. Rozó la nariz de Lucy.

—El sol está haciendo que te salgan pecas —dijo espontáneamente, y notó que ella se había sorprendido—. Perdón —murmuró dándose la vuelta. Estúpido, estúpido. ¡No tenía que haber tocado aquella deliciosa piel!

Lucy se echó a reír.

—Soy terriblemente pálida para vivir en el Mediterráneo. Puedes echarle la culpa a las raíces irlandesas. Pelirroja, pálida y me quemo muy fácilmente, así que el truco está en echarme kilos de crema. Por lo visto hoy se me ha olvidado echarme en la nariz.

Brody la imaginó dándose crema por los brazos y sintió un escalofrío. Entrecerró los ojos. La alusión a Marazur le recordó que Lucy solo estaría allí unos días. Más le valía tenerlo presente y dejar de fantasear. Ella no era de allí. No tenía ni idea sobre Prairie Rose.

—Esta casa era de adobe, ¿no? —preguntó curiosa. Se bajó del caballo y se adentró en la ruina. Miró un instante a Brody y él sintió que le daba un vuelco al corazón.

Recordó que Lisa había mirado a la casa con desprecio cuando se la había mostrado. Le había preguntado por qué conservaba un montón de barro en medio de la pradera. Sin embargo, Lucy la estaba mirando como si fuera una joya, a pesar de que fuera exactamente lo que Lisa había descrito: un montón de barro en medio de la nada.

Hubiera sido más sencillo si Lucy no le hubiera prestado tanto interés.

—¿Quién vivió aquí?

Él se adelantó. No podía callarse aquella historia. Se la había contado su madre, a quien se la había contado antes su abuela.

—Mis tatarabuelos. Se establecieron en estas tierras a finales del siglo XIX. Vivieron en la casa de adobe que construyeron ellos mismos y criaron vacas.

—¿Puedes imaginar cómo sería vivir aquí? Dios mío, qué duro —comentó Lucy desde el otro lado de la casa. El viento llevaba su voz—. Nos quejamos cuando nos quedamos sin electricidad unas horas. Y ellos vivían aquí y se querían aquí mismo, en una casa hecha de barro y paja. Es increíble, ¿no? Debes de estar muy orgulloso —dijo reapareciendo. Tenía una sonrisa radiante.

—¿Orgulloso?

¿Orgulloso de una familia que había sido más pobre que las ratas? ¿De una familia que había sido tan tonta como para perderlo casi todo? Brody desvió la mirada.

—Por supuesto, ¡orgulloso! Piensa en lo fuertes que tuvieron que ser para quedarse. Y no me refiero solo al lugar, sino juntos. El matrimonio es…

Los latidos del corazón de Brody se aceleraron. No podía saber nada de Lisa. No había dicho nada que pudiera hacerla sospechar que había estado casado y dudaba que la señora Polcyk lo hubiera hecho.

—Quería decir que el matrimonio ya es lo suficientemente difícil como para tener que enfrentar más dificultades —añadió. Él sabía que un matrimonio podía llegar a convertirse en una pesadilla.

—¿Lo dices por…? —preguntó, pero no esperó a recibir respuesta—. ¿Has estado alguna vez casada, Lucy? ¿Y tu madre? Me has hablado de ella, pero no de tu padre. Entiendo que tampoco has crecido en la típica familia feliz.

Ella lo miró fijamente de manera extraña. Como si estuviera a punto de hacerle preguntas que Brody no quería responder.

—No conocía a mi padre, cuando crecí.

—¿Estaban divorciados?

Lucy desvió la mirada.

—Mi padre y mi madre se separaron cuando yo era aún bebé.

—¿Y sabes quién es? —insistió, a pesar de que una voz interior le decía que estaba presionando demasiado.

Lucy inspiró profundamente. Por lo visto Brody acababa de tocar un tema delicado. Bien. Para él el matrimonio tampoco era un tema fácil. Lisa no lo había amado. Había amado una falsa idea que se había hecho de Brody y, cuando se había dado cuenta de que no era real, había roto y se había marchado corriendo. Muy deprisa.

—Sí conozco a mi padre, sí. Y te digo que te estás poniendo muy impertinente con tanta pregunta molesta —dijo medio en broma.

—¿Y está casado? —insistió. Lucy cerró los ojos y se ruborizó.

—¿Qué más te da?

—¿Y esa experiencia es la que te permite opinar sobre el matrimonio? No has crecido en uno y no lo has experimentado por ti misma —soltó Brody bruscamente.

Lucy se acercó a él.

—No necesitas que un tractor te pase por encima para saber que te va a doler —afirmó frente a él—. La gente se puede imaginar en distintas situaciones, buenas y malas, y soy lo suficientemente lista como para hacerme una idea de lo que es el matrimonio.

—¿De verdad?

Lucy soltó un bufido de frustración.

—Sinceramente, Brody, eres más cambiante que el viento. Estás bromeando, alegre y, un instante después, te conviertes en un auténtico monstruo. ¿Acaso nunca te has imaginado algo maravilloso sin haberlo vivido?

La mirada de Brody se fijó en los labios de Lucy. Claro que sí. En aquel preciso momento se estaba imaginando cómo sería besarla. Sentir el contacto de sus labios, escucharla suspirar contra él. Tocar su piel suave como la seda, abrazarla.

¿Tendría Lucy razón? ¿Se habría vuelto tan cascarrabias?

—Quizás quieras volver al caballo para ir a casa —murmuró incapaz de apartar la mirada de aquella boca.

—¿Por qué? ¿Por qué estás a punto de soltarme una de las tuyas otra vez? ¿Vas a insultarme a mí o a mi familia? Te informo de que a estas alturas, soy ya casi inmune —bromeó.

—Maldita sea, Lucy…

Ella soltó una carcajada y aquello hizo que Brody perdiera el control. Le quitó la gorra y descubrió la cascada de rizos. Lucy se quedó boquiabierta al sentir las manos de él sobre su pelo. La sorpresa en sus ojos pronto fue sustituida por algo nuevo. Pasión. Deseo. Brody se dejó arrastrar por aquella mirada, inclinó la cabeza y la besó.

Lucy sintió los labios de Brody que no pedían, sino que exigían una respuesta. Eran unos labios seguros y hábiles, muy hábiles. Se agarró con fuerza a él y se puso de puntillas para poder acariciarle los rizos de la nuca. Sus bocas se entreabrieron mientras el sombrero de Brody los protegía a ambos del sol deslumbrante.

Él mordió suavemente el labio inferior de Lucy, quien sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—Estabas equivocada —dijo él en un tono de voz grave. Le dejó de acariciar el pelo que estaba completamente alborotado.

—Equivocada —contestó ella en un hilo de voz. Se aclaró la garganta—. ¿Equivocada en qué?

—Puedes imaginar lo que quieras, pero en raras ocasiones se cumplen las expectativas —soltó.

Lucy se ruborizó. El insulto estaba bien claro. Acababa de cometer una tontería. Se había echado encima de él como si fuera irresistible.

Brody la había besado, se recordó a sí misma, no había sido al revés. Era él quien había dado el primer paso. Era él quien cambiaba de humor constantemente. Ella había mantenido la cabeza fría… la mayor parte del tiempo. Alzó la barbilla.

—Tú, Brody Hamilton, eres malo —dijo. No estaba dispuesta a que nadie la tratara como a una tonta. Nunca más—. Has hecho esto a propósito. Bien, felicidades por haberte llevado el gato al agua. Puedes seguir siendo insoportable, tal y como te gusta —añadió. Se agachó, agarró la gorra y la sacudió—. Y de ahora en adelante vamos a limitarnos a hablar de tu ganado, ¿de acuerdo? Voy a preparar una propuesta sobre lo que he visto y después hablaremos de dinero. Para eso es para lo que vine y eso es lo que me voy a llevar conmigo.

—¿Dónde vas?

Lucy lo miró con un pie en el estribo.

—Ya encontrarás a otra persona con la que discutir, desde luego no está recogido en mis obligaciones profesionales —afirmó con los ojos inundados de lágrimas de humillación. Montó en el caballo y se recogió de nuevo el pelo con la gorra. Espoleó a Bruce y comenzaron a galopar a través de la pradera en dirección a los establos.

Brody Hamilton la había tratado cornos si fuera tonta. Se sintió aliviada porque al menos no le había contado toda la verdad. ¡Lo único que quería en aquel momento era hacer bien su trabajo! Y después pillar el primer vuelo de regreso a su hogar.

Bruce aminoró el paso y Lucy se fue relajando. Su hogar. Había pensado en Marazur como en su hogar. ¿Cómo era posible?

Capítulo Siete

Durante dos días Brody y Lucy mantuvieron una relación fría y cortés que consistió en examinar el ganado y negociar las tarifas. No hubo más insultos, ni bromas ni, desde luego, más besos.

Lucy nunca se hubiera imaginado que iba a tener ganas de regresar a Marazur y al palacio. Solo la culpa y una promesa la habían llevado allí, a parte de una oportunidad profesional única. No había aceptado el trabajo por lealtad a su padre precisamente.

Su madre había esperado hasta sus últimos días para hablarle de Alexander. Cuando él había ido a Estados Unidos, Mary-Ellen les había confesado a los dos que tenía una enfermedad terminal y que no quería que Lucy estuviera sola. Cuando ella se había negado a irse con su padre, su madre le había señalado la reputación que le daría trabajar para unos establos como Navarro. Lucy se lo había prometido, ¿qué otra cosa podía haber hecho? Pero también le había dicho cosas… cosas horribles… a Alexander. Y su madre había escuchado cada una de esas palabras, afiladas como cuchillos.

Lucy suspiró y tomó un trago de café. A pesar de lo que le había dicho a Alexander, él había insistido en que se fuera con él y le había confiado sus preciados establos. Había confiado en ella y en su trabajo y Lucy aún no entendía por qué.

Era sábado, si hubiera estado en Virginia hubiera pasado medio día con los caballos y después hubiera salido un rato con sus amigos.

Pero aquel sábado era diferente. Estaba atrapada en Prairie Rose sin dejar de pensar en Brody. No era un plan muy productivo.

—¿Lucy? —la voz de Brody la sobresaltó. Quitó los pies de la silla y los puso en el suelo.

—¿Sí?

—Voy a ir al pueblo a última hora de la mañana. He pensado que quizás te apetezca salir. Ver un poco de civilización.

Era una invitación amable. Seguramente no hubiera sido iniciativa de Brody, sino que la señora Polcyk se lo había sugerido. El ama de llaves estaba siendo realmente agradable con Lucy y aquellos

días estaba suavizando muchas tensiones. Quizás debiera ir al pueblo como muestra de agradecimiento.

—¿Va a venir la señora Polcyk? —preguntó.

—No, está un poco resfriada y se va a quedar descansando —contestó él apostado en el quicio de la puerta. Estaba esperando una respuesta.

Aquel hombre escondía muchos secretos. Y estaba claro que no se iba a sentar a tomar un café con Lucy para confesárselos. Sentía mucha curiosidad. Brody había vivido en Larch Valley mucho tiempo, quizás si lo acompañaba podría obtener algunas respuestas.

—Vale. Si la señora Polcyk me hace una lista, puedo hacer la compra.

—Es muy amable por tu parte —reconoció él. Se hizo un silencio. Incómodo—. Lucy, yo…

—Brody…

Él dio un paso al frente, con el sombrero entre las manos.

—El otro día me pasé de la raya. Deliberadamente te insulté y te hice daño. Yo no soy así normalmente. Mi madre me hubiera dado una buena patada si se hubiese enterado de que he hablado así a una mujer.

Los labios de Lucy temblaron levemente. Ah, las madres. ¿Acaso sabían el poder que tenían incluso después de haber muerto? Pensó en su propia madre. ¿Dónde estaría la madre de Brody? No se atrevió a preguntar. La tregua era agradable, pero frágil y no quería romperla. Clavó su mirada en los ojos de Brody. Parecía sincero.

Se estaba disculpando por lo que había dicho, pero no por lo que había hecho, y Lucy se sintió de pronto alegre. Ella no había logrado arrepentirse de aquel beso, aunque hubiera sido una trampa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la habían besado así.

—Por lo visto nos estamos provocando constantemente sin ni siquiera proponérnoslo —dijo ella.

—Creo que los dos tenemos demasiadas cosas en la cabeza.

Lucy se quedó pensando un instante y fue consciente de que

estaba enfadada. Quería algo que no tenía, otro tipo de vida, y se ponía rabiosa. Quizás él también estuviera enfadado. Quizás nunca hubiera planeado aquella vida para él. Los papeles decían que había tomado el control del rancho años atrás, pero no explicaban por qué. Lucy no era la única con arrepentimientos y penas. ¿De qué se arrepentiría Brody?

—¿Quieres hablar de ello, Brody? ¿Quieres hablar de por qué estás tan enfadado? —le preguntó mirándole a los ojos.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

Lucy estuvo a punto de decir: «Mira Brody mi padre en realidad es el rey Alexander de Marazur, pero no lo he sabido hasta hace tres meses». Y estuvo a punto de echarse a reír al imaginar la expresión de su rostro, especialmente por todas las veces que la había llamado princesa.

—No, la verdad es que no soy de esas chicas que lo cuentan todo.

—De acuerdo, pues entonces nos hemos ganado un día libre de peleas y de trabajo. Tengo algunos recados que hacer y tengo que bajar de todas maneras. Te va a gustar venir. Hoy hay mercado y también hay tiendas que puedes visitar.

—Suena bien.

—Me gustaría salir en una hora.

—Estaré lista.

Brody cerró la puerta y Lucy volvió a su café.

Larch Valley era el típico pueblo grande del oeste. Estar allí era dar un paso atrás en el tiempo, tenía un aire antiguo y rural.

—Si quieres, te puedo dejar aquí. Si sigues esta calle, que es la principal, llegarás al mercado. Y en el camino te encontrarás con varias tiendas.

—Puedo acompañarte. No me importa esperar —contestó. Brody apartó la vista y miró por la ventanilla.

—Te aburrirías como una ostra.

Lucy no tenía ganas de provocar otra bronca. No quería romper la tregua que tanto les había costado alcanzar. Tendría que encontrar respuestas en otro sitio.

—Vale. ¿Nos vemos luego en el mercado?

—En una hora más o menos.

Lucy abrió la puerta de la camioneta y bajó. Él la despidió con la mano, pero no sonrió. Estaba claro que no tenía muchas ganas de hacer aquel recado pendiente.

Caminó calle abajo. Estaba en el pueblo en el que Brody había vivido toda la vida. Probablemente hubiera ido al colegio allí. Probablemente hubiera tenido novias allí. Chicas que conocería de siempre.

Lucy frunció el ceño, molesta por sus propios pensamientos. La vida amorosa de Brody no tenía por qué afectarle. No había nada entre ellos. No podía haberlo.

Se sentó en un banco. Tenía un trabajo maravilloso, dinero en los bolsillos, vivía en un palacio. ¿Por qué era tan infeliz? ¿Por qué de pronto se sentía como en casa caminando por una calle de Larch Valley? Era la primera vez que estaba allí. No era su sitio. Y Brody ya se lo había dejado bien claro.

No. Faltaban solo unos días para que regresara a Marazur. Y si Alexander estaba satisfecho con su trabajo, Lucy iba estar a cargo de una de las mejores caballerías de Europa. Eso era lo que ella quería. Era una forma sutil de quedar por encima de su padre, de demostrarle que se las había apañado perfectamente sin él. Iba a regresar y le iba a demostrar que era más que apta para el trabajo. Siempre había soñado con un puesto de tal categoría.

Volvió a caminar y se detuvo delante de una pastelería. Empujó la puerta y sonó una campana.

—¡Ahora mismo voy! —dijo una voz, y enseguida apareció una mujer de unos treinta años delgada y sonriente—. ¿En qué puedo servirle?

—Pues quiero algo que sepa tan bien como huele la tienda —contestó sonriente.

—Me temo que va a tener que especificar un poco más —

bromeó la pastelera.

—Sabía que me iba a decir eso —repuso tras soltar una risotada.

—Chocolate. Me gustaría algo con chocolate.

—Hay bizcocho de chocolate. Recién hecho, aún está caliente.

—De acuerdo —dijo, y se preguntó si a Brody le gustaría—. Y…

—¿Y?

—¿Conoce a Brody Hamilton? —soltó sin mayor preámbulo.

—Claro que lo conozco. Todo el mundo conoce a Brody.

Lucy se dio cuenta de que se había puesto colorada como un tomate.

—Oh… —añadió la pastelera.

—Oh, no, no —intentó aclarar Lucy rápidamente—. No es… quiero decir que… Tenía que haber supuesto que lo conocía. Estamos en un pueblo. Quiero decir… —se quedó sin palabras. Dios, se estaba comportando como una estúpida. No sabía qué preguntar—. Estoy en Prairie Rose en viaje de negocios y he venido con Brody al pueblo. Le dije a la señora Polcyk que llevaría algo de compra, porque ella no se encuentra bien…

—¿Betty está enferma?

—Bueno, está algo resfriada.

—Esta mujer… Ya está otra vez trabajando demasiado. Le voy a dar un pan de hierbas y unos bollos para ella. Y después vaya al mercado y compre unas salchichas, aunque no estén en la lista, le encantan.

—Una última cosa —dijo Lucy entretenida por la naturalidad de la conversación—. ¿Sabe si Brody tiene algún capricho? La señora Polcyk siempre está cocinando y me gustaría que descansara al menos por un día.

La pastelera metió una caja de pasteles en la bolsa.

—¿Conoce mucho a Brody? —preguntó la pastelera. Lucy intentó con todas sus fuerzas no ruborizarse.

—Estoy haciendo una visita de trabajo. Eso es todo.

—Entiendo. Pues mándele un saludo de Jen y dígale que más le vale guardarme un baile en la fiesta de su rancho el próximo sábado.

¿Jen? ¿Un baile?

Lucy forzó una sonrisa mientras su mente iba a toda velocidad.

—Lo haré. Gracias.

Una vez fuera, respirando el aire fresco de la mañana, se preguntó qué relación tendría la tal Jen con Brody y de qué baile había hablado. Aunque en realidad no era importante porque ya se habría marchado para entonces. Agarró las bolsas con fuerza y alzó la barbilla. Ya había hecho suficientes tonterías aquella mañana. Si tenía preguntas, se las haría directamente a Brody. No le quedaba mucho tiempo.

Mientras caminaba le sorprendió la amabilidad de la gente, que se saludaban por la calle. Reinaba la tranquilidad. Un escaparate llamó la atención de Lucy. Era una tienda de antigüedades. Agnes's Antiques. Entró y contempló maravillada la gran cantidad de piezas y cachivaches.

—Hola, querida —dijo una mujer que inequívocamente debía de ser Agnes. Llevaba el pelo gris recogido en un moño y unas pequeñas gafas—. ¿La puedo ayudar a encontrar algo?

—Solo quería echar un vistazo, gracias.

—¿Por qué no me da esas bolsas? No me gustaría que golpeara algún objeto sin querer —dijo la señora acercándose.

A Lucy le recordó a una profesora que había tenido de niña. Amable, pero especial. Dejó las bolsas sobre el mostrador.

—He llegado hace poco al pueblo y estoy dando un paseo.

—Claro. Es la joven que se está quedando en Prairie Rose.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó boquiabierta.

—Este es un sitio pequeño, las noticias vuelan —repuso guiñándole un ojo.

Sorprendentemente Lucy no se sintió agobiada, sino que le

agradó.

—Prairie Rose es un lugar precioso. Aunque todavía no he tenido mucho tiempo para enterarme de su historia —soltó tratando de no sentirse culpable por la intromisión—. Por lo que Brody me ha contado el rancho lleva mucho tiempo perteneciendo a su familia.

—Sí, aunque no siempre han tenido caballos. Eso fue iniciativa de John, el padre de Brody. Era un hombre dedicado a los caballos en cuerpo y alma. Yo fui su maestra en la escuela, ¿sabe?

Lucy sonrió. Había estado en lo cierto, una maestra.

—Venga a ver esto —añadió Agnes—. Quizás le interese si se está quedando en el rancho. No es una antigüedad, pero tiene que ver con la historia de la familia —afirmó mostrándole una foto—. Éste es Brody, ésta es Irene, su madre, John, Hal y Betty Polcyk. Esto por supuesto fue antes de que…

El rostro de la señora se apagó y soltó un suspiro.

—¿Antes de? —preguntó Lucy levantando la vista de la foto y fijándola en Agnes.

—Había pensado que Brody se lo habría comentado. Su madre, su padre y los Polcyk tuvieron un accidente hace unos años. Irene y Hal murieron.

—¿Y su padre?

—Todavía está en una clínica. A Brody le ha costado mucho volver a poner en funcionamiento Prairie Rose después de que todo se viniera abajo. El chico ha trabajado hasta matarse. Pero así es… —se detuvo y la miró por encima de las gafas—. Los hombres siempre lo han hecho en esta parte del país. Llevar un rancho es un trabajo muy duro. Brody lo sabía y lo está haciendo muy bien, lo ha arreglado todo.

¿Un accidente? ¿Una clínica? Lucy tenía muchas preguntas, pero no quería seguir haciéndoselas a Agnes. Quería preguntarle a Brody a qué se había referido la mujer al decir que lo había arreglado todo. Quería saber por qué nunca había mencionado el accidente ni a su familia. Al menos ella había compartido parte de su pasado. Él ni siquiera había comentado que tuviera padre ni que viviera…

En ese momento cayó en la cuenta. Allí. Su padre vivía allí.

Brody se había hecho cargo de Prairie Rose. Ahí estaba el salto.

—Puede curiosear, querida, y pregúnteme lo que quiera.

Lucy tenía miles de preguntas y aún le quedaban veinte minutos para encontrarse con Brody. ¿Dónde había estado Brody cuando sucedió el accidente? ¿La señora Polcyk había sido la única superviviente? ¿Sería la única familia que le quedaba a Brody? Sintió una punzada en el pecho al imaginar el dolor que había sufrido.

Lucy tenía la intuición de que había sucedido algo más en relación con el rancho a parte del accidente. Y su curiosidad no se debía a que quisiera proteger a Navarro. Quería saber más de Brody. Quizás alargara su visita un par de días más.

Se detuvo delante de la ropa y le llamó la atención una falda larga azul marino hecha a mano que iba a juego con una blusa de flores también azules.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó Agnes—. Lleva aquí mucho tiempo. Perteneció a Matilda Brown, una mujer muy aficionada a los rodeos. Y no veas cómo bailaba. Era la chica favorita de Stampede durante la guerra.

Incluso ella, que venía de Virginia, había oído hablar de Calgary Stampede.

—El mejor corredor de rodeos que ha habido —apuntó, y se sintió reconfortada cuando Agnes sonrió.

—Pues creo que es justo tu talla.

Lucy miró el conjunto un buen rato. Durante años no había tenido dinero para caprichos. Pero ya no tenía que preocuparse. Sonrió. En aquel momento podía permitírselo. Y quizás cuando regresara a Marazur podría ponérselo en alguna ocasión y recordar aquel viaje. Podía jugar a ser Mathilda Brown y sentir el cosquilleo de la tela entre sus piernas mientras bailaba…

Bailar. ¿Cómo sería bailar con Brody? Todavía podía recordar la sensación de estar contra su pecho cuando la había besado.

¿Y si Jen hubiera tenido razón? ¿Y si fuera a haber un baile? Si se quedaba unos días más, podría ir.

Quería estar de nuevo con Brody. Sentir que la miraba con

aquella intensidad, sentir el contacto de sus labios. No era ni racional ni inteligente, pero era lo que deseaba. Quería llevarse un poco de él consigo.

—Me lo llevo —dijo finalmente. Agnes sonrió radiante.

—Oh, vas a estar guapísima. Y he oído que el baile anual de Prairie Rose es el próximo fin de semana. Será un momento perfecto para estrenarlo.

—Ésa es la idea —contestó Lucy también sonriendo.

—La antigua señora Hamilton nunca se hubiera puesto algo así, por supuesto, pero yo creo que es lo más adecuado —comentó Agnes mientras envolvía el conjunto.

—¿La antigua señora Hamilton? ¿Por qué no? —preguntó. Miró la falda de nuevo, era muy tradicional, muy propia del oeste. No había conocido a la madre de Brody, pero la prenda era muy adecuada para Prairie Rose.

—Era demasiado fina para este tipo de cosas. A mí siempre me ha dado lástima por Brody. Hubo muchos jaleos cuando su esposa lo dejó. Fue en busca de pasto nuevo en cuanto las cosas se complicaron.

Lucy se quedó paralizada. No estaban hablando de la madre precisamente.

Esposa. Brody había estado casado.

De repente comprendió sus cambios de humor. Evidentemente no había superado el divorcio. Y lo que había sucedido aquellos días no había sido por Lucy… sino por su exesposa.

Aquello le dolió más de lo debido.

Después de lo que había averiguado, no le cupo duda de que Brody había sufrido mucho en el pasado. Y saber quién era Lucy realmente solo le causaría más dolor. Aun así… todavía quería quedarse para ese baile. Deseaba estar entre sus brazos, con la falda de Mathilda Brown.

Quedarse a vivir en Prairie Rose no era una opción, no tenía sentido. Brody no necesitaba una jefa de establos y tampoco estaba enamorado de Lucy, ni lo estaría nunca. Si no había superado el divorcio, difícilmente iba a sentir algo por ella. Además tenía que

regresar a Marazur. Sin embargo, podía permitirse quedarse para un baile. Bailar con él… sería un excelente recuerdo. Algo a lo que agarrarse.

Consultó el reloj. Ya era casi la hora de reunirse con Brody. Le dio las gracias a Agnes y se marchó. Lo vio aparcar y, cuando bajó de la camioneta, la expresión de su rostro era aún más sombría que anteriormente.

—Acabo de llegar. Lo siento, pero no me ha dado tiempo a entrar y a hacer las compras —dijo Lucy.

—Pero has estado de tiendas —dedujo él al ver las bolsas.

—Bueno, sí. No me he podido resistir ni a la pastelería ni al anticuario.

—¿Estaba Jen esta mañana? —preguntó pícaramente. Lucy trató de ignorar los celos que estaba sintiendo.

—Sí, me ha dado algunas cosas para la señora Polcyk y me ha dado instrucciones de comprar salchichas.

—Su plato favorito, debería haberlo pensado —sonrió Brody.

Lucy se moría de ganas de hablar sinceramente con él, pero pensó que sería mejor charlar en el rancho, sin todas aquellas miradas curiosas sobre ellos.

—También ha mencionado un baile, ¿sabes algo?

—Sí —respondió él. La expresión de su rostro se relajó de golpe —. Es la barbacoa que celebramos todos los años en el rancho. Carne, pasteles y los hermanos Christensen vienen a tocar para el baile —explicó, y la miró con un brillo especial en los ojos—. Deberías quedarte. A no ser que tengas prisa por regresar a Marazur. Siempre nos lo pasamos bien y…

—¿Y qué, Brody? —preguntó con el corazón latiendo a toda velocidad.

—Y si la señora P todavía está pachucha, le vendrán bien un par de manos más.

Lucy se sintió decepcionada. No tenía ningún interés en bailar con ella, no obstante, forzó una sonrisa.

—Hablando de la señora Polcyk, ¿dónde está la lista de la compra?

—Aquí —dijo Brody entregándosela—. Pero antes vamos a dejar estas bolsas en la camioneta —así lo hizo y regresó—. Vamos a por lo que necesitamos y después vuelta a casa.

Recorrieron todo el mercado. Lucy nunca había visto uno tan bien surtido y con productos de tan buena calidad. Salieron cargados de bolsas y durante parte del trayecto se mantuvieron en silencio.

—¿Qué tal te ha ido la mañana? —preguntó Lucy sin poder olvidar todo lo que había averiguado.

—Bien —contestó mirando a la carretera.

—¿Dónde has estado? —intentó de nuevo.

—Por ahí, haciendo recados.

—Brody, ¿por qué no intentamos algo nuevo? ¿Por qué no probamos a decirnos la verdad y empezamos desde cero?

Lucy era consciente de que estaba siendo una hipócrita. Si él le hubiera hecho la misma proposición, ella lo hubiera contestado con alguna evasiva. Sin embargo, tenía ganas de ayudarlo.

—Vale. Empieza.

—Podríamos empezar admitiendo que esta mañana has estado visitando a tu padre.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie. Es decir, he oído que tu padre estaba ingresado en una clínica y he sumado dos y dos.

—Bueno. Puedes dejarlo ahí.

—¿Por qué? —insistió.

—Lucy…

—¿Todavía estás enfadado con él?

Brody frenó en seco en el arcén. La miró fijamente.

—¿Enfadado? ¿Por qué iba a estar enfadado? —soltó irritado.

—Eso solo puedes contestarlo tú —repuso. Se hizo un silencio—. Está bien, ¿sabes? No pasa nada por estar enfadado. Yo ahora mismo estoy enfadada con mi madre. Y enfadada conmigo misma por estar enfadada. Un poco lioso, ¿no?

Brody no dejaba de mirarla a los ojos.

—Sí —dijo finalmente exhausto—. Sí, estoy enfadado. Estoy enfadado porque dejó Prairie Rose muy desprotegido y enfadado porque se metió en lo que no debía y enfadado por todo lo que me ha costado a mí limpiar y arreglar todo el lío que montó.

Sin mediar más palabra, arrancó de nuevo la camioneta y condujo hasta el rancho sin abrir la boca.

Capítulo Ocho

Brody cerró la puerta de la camioneta e inspiró profundamente mientras Lucy salía del vehículo. Tenía que haberse imaginado que llevarla al pueblo sería un tremendo error porque la gente siempre se iba de la lengua. Sin embargo, tras haberse comportado con ella de forma tan desagradable días atrás, Lucy había estado distante y Brody había querido volver a romper el hielo.

Era consciente de que Lucy no era como Lisa, y cuanto más tiempo pasaba con ella, más seguro estaba de ello. Lo cual no dejaba de sorprenderlo.

—Voy a meter la compra dentro —dijo ella. Parecía molesta.

—Supongo que has oído cosas en el pueblo.

—Algunas.

—Y ahora sientes curiosidad. No tenía que haberte invitado a venir.

—Porque no quieres que haga más preguntas, ¿no es así, Brody? —preguntó Lucy soltando las bolsas.

—No —repuso sin atreverse a mirarla a los ojos. Su padre había tenido un mal día y él estaba agotado. Las manos de Brody se agarrotaron. Siete años. Siete años y aún cargaba con toda la responsabilidad.

¿Qué hubiera pensado Lucy de él y del rancho de haber sabido toda la verdad? ¿Los apreciaría menos?

No pudo evitar fijarse de nuevo en sus labios, a pesar de que sabía que había cometido un error al besarla. Lo había sabido desde que había rozado sus labios. Y lo peor de todo es que estaba deseando volver a besarla. Constantemente.

Quizás le viniera bien confiar en alguien.

—Pero igual deba responderlas —añadió suavemente—. Cuando termines de recoger vente a dar una vuelta a caballo conmigo —sugirió. Quizás con un poco de compañía olvidara todo lo que su padre le había dicho aquella mañana… y todo lo que no había dicho.

Los ojos de Lucy brillaron de forma extraña. Reflejaban un poco de miedo y algo de resentimiento. Brody no podía culparla después de la forma en la que la había tratado, sin embargo sonrió. Sabía cómo ganársela.

—Te dejaré que montes a *Ahab* —añadió, y una sonrisa iluminó el rostro de ella. Brody había echado de menos aquella sonrisa esos días y deseó besarla con aún más fuerza. Pero Lucy dio un paso atrás.

—Si me dejas montar a tu caballo ganador, es porque confías en mí.

—Si no quieres montarlo…

—Es una oferta que no puedo rechazar —afirmó agarrando las bolsas—. Dame diez minutos.

* * *

Lucy dejó las bolsas de comida en la cocina y subió a la habitación a por un sombrero. Normalmente llevaba gorra porque en Marazur la habían mirado de forma extraña cuando se había puesto el sombrero de vaquero. Pero formaba parte de ella y además la protegía del sol.

Se apresuró a cambiarse de botas.

No podía negar que estaba emocionada porque iba a montar a Ahab. Era una muestra de que Brody estaba empezando a confiar en ella. Algo había cambiado.

Deseaba a Brody.

Él la estaba esperando junto a los caballos.

—Has sido rápida —dijo en un tono de voz grave. Lucy se estremeció.

—Es una buena oportunidad —concedió. Se puso los guantes y cuando él le entregó las bridas sus manos se rozaron levemente.

—Hoy no vas a tener problema en seguirme —bromeó Brody cuando ya estuvieron sobre los caballos en dirección al oeste.

Trotaron un buen rato en silencio, sin embargo, existía una

conexión entre ellos. Lucy tenía la intuición de que Brody estaba dispuesto a abrirse a ella después de haber soltado su rabia en la camioneta. Ella quería ayudarlo. Quería comprenderlo.

Llegaron a un promontorio y Brody se detuvo. Estaban frente a una pradera y al fondo se imponían las montañas Rocosas. Lucy saltó del caballo y soltó las bridas. Se quedó sin aliento ante aquel paisaje.

—Wade's Butte —murmuró mirando a su alrededor.

—¿Lo conocías? —preguntó él bajando del caballo y colocándose junto a ella.

—La señora Polcyk me lo mencionó el día que llegué. Me dijo que te pidiera que me trajeras aquí antes de marchar. Pensé que me ibas a llevar el otro día, pero al final fuimos a ver la casa de adobe.

Se giró levemente y miró a Brody. Era difícil creer que algo le pudiera afectar. No mostraba sus debilidades. Aquellos brazos, el pecho, las piernas largas. Era un tipo tan atractivo.

—¿Qué? —preguntó él con la vista puesta en las montañas al sentir la mirada de Lucy.

—Estaba pensando que es cierto que las apariencias engañan.

—¿Y eso?

—Al mirarte, Brody Hamilton, nadie diría que escondes un corazón roto —afirmó. Él se giró para mirarla directamente a los ojos. Cuando estaba a punto de negarlo, Lucy prosiguió—: A no ser que quien te mire también tenga el suyo roto.

—Yo no sé nada de corazones rotos —contestó él con la mirada de nuevo perdida en el horizonte.

—Yo creo que sí que sabes —contestó ella suavemente—. Y creo que lo de tu padre no es lo más grave que te ha pasado.

Brody suspiró.

—Deja que vaya a atar a los caballos y nos sentaremos aquí un rato —pidió. Ató a los caballos y se sentó junto a Lucy—. Wade's Butte le debe el nombre a mi abuelo. Él solía venir mucho aquí. Le gustaba sacar unos días libres en otoño para venir a acampar y cazar.

—¿Sí?

—Era un hombre de campo. Mi abuela… —se detuvo un momento y tragó saliva—. Mi abuela lo acompañaba algunas veces. Hacían una fogata y… —de nuevo se volvió a quedar sin palabras.

Lucy encogió las piernas y se las abrazó. Brody se inclinó hacia atrás. Tenía un brillo muy intenso en la mirada. Lucy se soltó las piernas.

—Hacían una fogata y… —repitió ella en un susurro.

—Te lo puedes imaginar —contestó Brody con una voz grave que salió directamente desde su pecho. Con un rápido movimiento de dedos le quitó a Lucy el sombrero, que cayó sobre la hierba. Sus manos se adentraron en la melena rizada y rojiza y el corazón de Lucy comenzó a latir aceleradamente. Podía imaginarse perfectamente lo que los abuelos de Brody habían hecho junto a una hoguera en pleno campo.

Lucy le quitó también el sombrero y le acarició el pelo. Él cerró los ojos un instante y cuando los volvió a abrir Lucy sintió que la estaba atravesando. De nada servían las excusas, no podían negar la atracción que existía entre ellos. Estaba claro, era mayor que cualquiera de los secretos que ambos estaban escondiendo.

Se acercaron lentamente y sus bocas se encontraron. Se besaron apasionadamente y Brody buscó las manos de Lucy para entrelazar sus dedos. Aquella conexión hizo que ella se estremeciera. Brody dejó libre una de sus manos y acarició la espalda de Lucy. Ella soltó un gemido.

Se tumbó sobre la superficie plana de la roca.

—Luce —murmuró Brody mirándola intensamente.

—Por eso es por lo que me has traído aquí —dijo ella. Ojalá aquel hombre no la enterneciera tanto, pero no podía evitarlo. Al oírle pronunciar su nombre, lo sintió aún más cerca. Cada vez que alguien la volviera a llamar «Luce», recordaría aquel instante. Recordaría el momento en el que se había sentido fuerte, protegida y deseada.

—Sí —respondió Brody antes de volver a besarla ardientemente.

Mientras se besaban no pararon de acariciarse, tranquilamente, tomándose su tiempo. Lucy deslizó los dedos por debajo del jersey hasta llegar a la camiseta, sin dejar de sentir la lengua de Brody acariciando su nuca. Se imaginó haciendo el amor con él sobre aquella

roca, a plena luz del día, y no pudo controlar una oleada de calor. Brody le levantó la camiseta y le besó el pecho hasta llegar al vientre desnudo. Con la lengua acarició el ombligo de Lucy, quien se arqueó ya que su deseo era cada vez más intenso.

Era consciente de que aquello no tenía sentido. Pestañeó y acarició el pelo negro de Brody. Una voz interior le decía que tenía que detener aquella situación para hacer que Brody hablara, tal y como había planeado. Pero estaba tan a gusto entre sus brazos, tan bien…

Finalmente Lucy se quedó quieta porque sabía que estaba cometiendo un error y afortunadamente Brody comprendió la indirecta. Se apoyó sobre las manos y soltó un suspiro. Apoyó la frente sobre la de Lucy.

—Lo siento —murmuró Brody. El pulso de Lucy se volvió a disparar.

—No tienes que pedir disculpas por nada —contestó. Nadie tenía que hacerlo, en todo caso Lucy, que estaba ocultándole su verdadera identidad.

Brody se incorporó y ella se sintió desnuda un instante. Había algo excitante en estar tumbada sobre una roca en medio de la nada. No podía arrepentirse de lo que acababan de hacer. Pero tampoco podía permitirse llegar más lejos.

Se retiró el pelo de la cara y sonrió a Brody seductoramente.

—Gracias, Dios, por mantenerme la cabeza fría —soltó, y él sonrió. Aquel tipo le estaba empezando a importar y mucho—. Me has traído aquí sabiendo que esto iba a pasar, ¿verdad?

Brody no contestó. Quizás aquel beso no hubiera significado mucho para él. A fin de cuentas, tampoco lo conocía apenas. Esperaba que no se lo hubiera tomado como una aventura. Lucy nunca tenía aventuras. Bajo ninguna circunstancia—. ¿Brody? ¿Me has traído aquí para acostarte conmigo? ¿Pensabas que iba a acceder?

Él se puso de pie con el sombrero en la mano. En realidad no había considerado la posibilidad de hacerle el amor a Lucy y en

cuanto la había sentido quieta entre sus brazos, se había separado. Sabía que no era justo lo que estaba haciendo. Sin embargo… se había muerto de ganas de estar junto a Lucy.

—Quizás debamos limitarnos a hablar de temas tranquilos y seguros —dijo ella secamente estirándose la ropa—. Como por ejemplo tu familia.

—Yo no creo que para mí sea un tema tranquilo y seguro —soltó Brody.

—¿Cómo es que tu padre ha terminado en una clínica? —preguntó ella suavemente. Era como si pudiera entender cualquier respuesta que él le fuera a ofrecer.

Había algo en Lucy que lo empujaba a decir la verdad. De alguna manera se lo había ganado. Brody quería confiar en ella.

Agarró una rosa salvaje de un arbusto y jugueteó con ella. Además, prefería que Lucy se enterara por él que por terceras personas y, cuanto más tiempo se quedara, era más probable que alguien se fuera de la lengua. Quizás hubiera llegado el momento.

Se aclaró la garganta mientras pensaba por dónde empezar.

—Hubo un accidente de tráfico. Mi madre y Hal, el marido de la señora P., murieron. Mi padre no. Algunas veces… —dijo alzando la cabeza y estirando el cuello deseo que se hubiera muerto. Hubiera sido más sencillo que verlo tal y como está.

—Lo siento mucho —dijo ella. Brody se sentó de nuevo en la roca y Lucy posó la mano sobre su muslo—. Debe de haber sido muy duro para ti.

Él no se movió.

—Vienes de los establos Navarro y quieres, bueno, más bien el rey Alexander quiere, que establezcamos algún tipo de operación. No creo que aún entiendas exactamente lo que eso significa para Prairie Rose, Lucy. No es un simple acuerdo lo que he puesto en peligro. Pero ya lo he hecho. Te he besado cuando no debería haberlo hecho. Te he traído aquí… —confesó desviando la mirada—. No suelo hacer las cosas de esta manera.

—Esto no tiene nada que ver con las relaciones entre Navarro y Prairie Rose.

—Gracias por decirlo.

Los ojos oscuros de Lucy se volvieron a clavar en los de Brody.

—Y por favor, no me pidas que me arrepienta —soltó ella. El cuerpo de Brody reaccionó ante aquellas palabras. Se había imaginado que quizás ella se hubiera enfadado u ofendido. Pero… volvió a mirar la boca perfecta de Lucy—. Entiendo perfectamente por qué este lugar es tan especial. La pradera se extiende a tus pies como si fuera una alfombra gigante, ¿verdad? La vista está despejada en todas direcciones. Es una paradoja bonita… ¿cómo puede un lugar tan vacío alimentar tanto a un alma?

—Nunca había escuchado a nadie explicarlo de esa manera —contestó Brody impresionado. Era como si Lucy le hubiera leído la mente. Algo más que les unía. Lisa nunca había llegado a comprender su predilección por aquel lugar, al menos no con aquella sensibilidad.

—Venías mucho aquí, ¿verdad? Después del accidente.

—Sí, sí. Venía. Para aclarar mis pensamientos. Para decidir el siguiente paso.

Lucy inspiró profundamente y soltó el aire. Descansó la cabeza sobre el hombro de Brody, quien trató obviar aquel gesto tan reconfortante.

—Es terrible. Como vivir sin la brújula que has usado toda la vida —comentó ella—. Todo lo que conocías de repente desaparece y no sabes qué dirección tomar. No hay nadie que te aconseje ni que te guíe.

—Como cuando tu madre murió.

—Sí, así.

—¿Y tú tienes un Wade's Butte donde refugiarte, Lucy? —preguntó inclinando la cabeza de manera que casi tocaba la cabeza de ella con los labios.

Por primera vez en muchos meses Lucy no se sentía sola. Cerró los ojos y se entregó a la sensación de disfrutar de estar contra el

sólido cuerpo de Brody.

—Algunas veces salgo a montar a caballo por las mañanas. Si consigo madrugar, escojo a una de mis yeguas favoritas y voy a ver el amanecer en los acantilados. El sol sale por el océano y tiñe todo de un color rosa y púrpura que contrasta con el azul y el verde del agua. Eso de alguna manera hace que no me sienta completamente desconectada.

Durante un buen rato permanecieron así, sentados hombro con hombro.

—¿Cómo de mal está tu padre, Brody? ¿Qué sucedió? —preguntó Lucy.

Brody se separó de ella, se recostó sobre la roca y abrió las piernas para que Lucy se sentara entre ellas. Ella lo hizo y, al sentir el abrazo de Brody, la tensión que había sentido, desapareció por completo. Él le entregó la rosa que aún tenía entre los dedos y ella la aceptó mientras admiraba la fragilidad de sus pétalos. Habían ido de un extremo al otro, habían discutido amargamente para después fundirse en un beso. En aquel momento Lucy sintió que las cosas por fin habían encontrado el equilibrio.

—Está paralizado de cintura para abajo —murmuró Brody en su oído—. Pero también sufrió heridas en la cabeza. Tiene días mejores y días peores. Y mi madre y Hal… —movió la cabeza ligeramente —murieron. Nada tenía sentido. Después de que sucediera, fue la señora P. quien evitó que el mundo se desmoronara por completo para mí. Acababa de perder a su marido y aun así se hizo cargo de todo hasta que yo me recuperé. Le debo mucho. Prairie Rose le debe mucho. Y lo primero que hice fue decirle que siempre habrá un sitio para ella aquí. Y desde entonces vive en el rancho.

—¿Por qué Prairie Rose le debe tanto? —preguntó. Brody se quedó callado unos instantes.

—Supongo que será mejor que lo sepas todo. Mi padre era el dueño de Prairie Rose y Hal tenía interés en emprender una nueva empresa. Mi padre quería expandirse, así que se asociaron y buscaron un tercer inversor… lo que sucedió fue que no resultó tan fiable como ellos habían pensado —contó mientras sus músculos se ponían en tensión—. Digamos que fue demasiado generoso con él mismo. Una vez que firmó los papeles comenzó a engañar en los libros de cuentas. Cuando mi padre se dio cuenta. Hal y él decidieron ponerlo en su

sitio. Se fueron los cuatro un fin de semana a Calgary. Mamá y la señora P. de compras. Papá y Hal para dejar las cosas bien claras con su socio. Pero nunca llegaron. Les sacaron de la carretera y la señora P. fue la única superviviente con heridas leves. Mamá y Hal iban en los asientos del pasajero y se llevaron todo el impacto.

Lucy sacó conclusiones sin dificultad. Aquello explicaba el hecho de que Brody se hubiera hecho cargo del negocio y el lapso de un año en los movimientos y operaciones. Había perdido a su madre y prácticamente a su padre. Había heredado un rancho, una viuda y un problema legal que seguramente hubiera sido una pesadilla.

Se soltó de su abrazo para poder girarse y mirarlo con la boca abierta.

—¿Cuánto? ¿Cuánto robó? Fue eso, ¿no? Malversación de fondos.

—Demasiado —admitió Brody.

—Dime que lo pillaste.

—De alguna forma. Yo no sabía nada, pero cuando me enteré no intenté hacer como papá. No fui a por él yo mismo, sino que dejé que la policía montada de Canadá se encargara de él. Pero no recuperamos el dinero.

Lucy le acarició la mejilla poblada con una áspera barba de dos días. Trató de imaginarse lo duro que debía de haber sido verse tan joven y perderlo todo. Tener tanta responsabilidad sobre los hombros.

Él giró la cara y evitó la caricia. Apretó la mandíbula.

—Ésta es la razón por la que no te lo quería decir. No quería que me miraras tal y como lo estás haciendo. Nunca he querido que sientas pena de mí.

Pero Lucy no se echó atrás.

—Por supuesto que no. Estás demasiado ocupado haciéndote responsable de todo el mundo. Tú no tienes tiempo para la pena.

Los ojos negros de Brody se clavaron en los de ella. Por lo visto no se había imaginado que Lucy lo iba a comprender. Pero lo comprendía. Lo comprendía mucho más de lo que él podía imaginar.

—Soy responsable. He sido responsable por la señora P. Responsable por mi padre y Hal. Responsable por mi madre. Por Prairie Rose.

—Ninguno de ellos podría cargar con un peso tan grande solo —señaló Lucy. Por no hablar de la esposa que aún no había nombrado. ¿Qué lugar había desempeñado en aquel escenario? ¿Cuándo lo habría abandonado? ¿Por qué?

—No había nadie más. Mi padre… —por primera vez se le quebró la voz y Lucy se dio cuenta del calvario que había vivido—. Mi padre quería que Prairie Rose llegara a lo más alto. Planeaba iniciar un programa de cría y construir un nombre. Lo hizo, pero no completamente. Está en mi mano el hacerlo por él.

—Y con un acuerdo con Navarro lo cumplirías.

—Eso es. Por eso no te he contado todo esto antes. No quería echarlo todo por tierra.

El sol del mediodía brillaba en el cielo. Un halcón voló sobre ellos por el cielo azul. Lucy lo siguió con la mirada.

Brody necesitaba Navarro. Y ella necesitaba Prairie Rose.

—Me doy cuenta ahora, Brody. Hemos estado peleándonos cuando más nos hubiera valido trabajar codo con codo. Solo que…

—Yo no confiaba en ti.

—Pero ahora ya confías —dijo ella deseando que la abrazara de nuevo.

—Por alguna razón que se me escapa —confesó con una sonrisa en los labios, la primera en aquella conversación. Ella también sonrió y se miraron radiantes—. Ni loco.

—¿Qué?

—Ni loco quería contártelo. Pensaba que afectaría a tu visión sobre el rancho. Pero no es así, ¿verdad?

—Pues claro que no. No ha sido culpa tuya. Ya te he dicho que solo juzgo lo que veo con mis propios ojos.

—Gracias —dijo con sencillez, y Lucy sintió como una barrera que había estado separándolos se venía abajo.

—Entonces, trabajemos juntos. Me necesitas para establecer una relación con Su Alteza. Y yo te necesito para demostrarle que puedo desempeñar este trabajo.

—Oh, supongo que el rey Alexander sabrá de sobra que eres competente.

—Yo no estoy tan segura. Soy nueva, soy joven y soy una mujer en un negocio dominado por hombres. Pero estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo que nos beneficie a los dos.

—Pensaba que, si averiguabas la verdad, te llevarías el negocio a otra parte.

«Y si supieras quién soy en realidad, estoy segura de que no estarías aquí», pensó Lucy.

Miró hacia abajo, a la florecilla que tenía entre los dedos. El nombre de la flor era el nombre más adecuado para el rancho. Prairie Rose. Hermosa. Fuerte. Y resistente.

Brody confiaba en ella. Lucy intentó dejar a un lado el peso de la culpa. Ojalá también pudiera confiar en él. Y sabía que podía hacerlo, al menos en algunos aspectos. ¿Pero cómo decírselo? Cómo confesarle su identidad. Si algo había aprendido aquel día, era que tenía ante ella a un hombre íntegro. Estaba segura que se lo pensaría dos veces antes de firmar un acuerdo con alguien que había ocultado su identidad. Todo lo que le había contado Lucy era verdad. Sin embargo existían mentiras por omisión.

No quería perder a Brody. Necesitaba estar así con él, abrazados. No se encontraban hombres como Brody todos los días. Y Lucy se marcharía pronto. ¿De verdad quería estropear el poco tiempo que les quedaba juntos? No.

Lucy iba a regresar a Marazur con un acuerdo firmado para demostrarle a su padre que era competente y Prairie Rose iba a lograr prestigio gracias a un acuerdo con el rey de Marazur.

—¿Lucy?

Se forzó a mirarlo intentando dejar a un lado la culpabilidad por perpetuar el engaño. Quizás si hubiera dicho algo antes… pero ya era demasiado tarde.

—Lo siento —susurró.

—Ven aquí —le pidió Brody abriendo los brazos. Ella lo obedeció deseosa, lo necesitaba por encima de todas las cosas. Enterró la cabeza en el cuello de Brody. Los caballos pastaban ajenos a lo que estaba sucediendo junto a ellos.

Y de esa manera, envuelta en aquel abrazo, Lucy se dio cuenta de una verdad que nunca antes había imaginado: llevaba esperando a Brody toda su vida. Alguien fuerte y seguro en quien poder confiar. Alguien que se enfrentara a los desafíos de la vida y saliera de ellos más fuerte.

Inclinó la cabeza hacia atrás. La última vez había sido él quien la había besado. Pero en esa ocasión Lucy no iba a esperar.

Lo acarició con sus labios, sintió cómo sus bocas se encontraban. Sintió las pestañas de Brody en sus mejillas y tuvo la absurda urgencia de besarle los ojos.

Brody mordió suavemente su labio inferior. Después se separaron.

—Esto no debería volver a suceder. Complica las cosas —dijo él.

—No, claro que no. Ninguno de los dos necesita más complicaciones —replicó Lucy a pesar del nudo que se acababa de formar en su pecho.

Brody apretó los labios y después silbó para llamar a los caballos. Se volvió a meter la camiseta por dentro del pantalón. Ella saltó de la piedra y se puso el sombrero.

Él le entregó las bridas, pero no las soltó.

—No tenía pensado que sucediera nada de lo que ha pasado hoy —dijo. Había una nota de disculpa sincera en su tono de voz.

—Lo sé.

—Y no debería volver a suceder. No debemos dejar que esto se convierta en algo tan personal…

—Brody —sabía lo que él iba a decir y quiso detenerlo.

—Ambos sabemos que esto no puede llegar a ningún sitio. Tú vas a regresar a Marazur y yo nunca me voy a marchar del rancho. No quiero hacerte daño —dijo. Lucy asintió—. Es lo mejor.

Brody se dio la vuelta para recoger a su caballo y Lucy se quedó quieta.

Aquél no había sido el plan en absoluto.

Se había enamorado de Brody Hamilton.

Capítulo Nueve

No estaba segura de cómo había sucedido.

Se había enamorado de un hombre que nunca podría tener.

Volvió de los establos apesadumbrada. Había pensado que la vida en Marazur era dura, pero no era nada comparado con la fuerza de los sentimientos que albergaba hacia Brody.

Desde el día en que habían estado en Wade's Butte había estado distante y centrado en el trabajo. Lucy llevaba días queriéndole preguntar sobre su ex esposa, pero no había encontrado la manera. Tenía derecho a tener sus secretos, aunque Lucy se estuviera volviendo loca.

Entró en la casa y cerró la puerta con cuidado. Al día siguiente iba a tener lugar en el rancho el baile y Lucy estaba pensando seriamente en cerrar el trato aquella misma tarde y marcharse antes de la fiesta.

Al entrar en la cocina se encontró con la señora Polcyk preparando la masa del pastel y con la inusual imagen de Brody pelando manzanas. Él sonrió.

—¿No sabías que puedo pelar manzanas? —bromeó.

—No pensaba encontrarte aquí, eso es todo —contestó Lucy con la voz algo temblorosa.

—Mañana es el gran día. Tengo a los chicos preparándolo todo para el baile y poniendo el escenario para el grupo. Pero antes que nada está la comida.

—¿Los chicos? Esos hombres tienen edad para ser tu padre —repuso ella.

—Sí, pero ¿no son todos los hombres unos niños en realidad, Lucy? —preguntó secamente la señora Polcyk. Brody le dio un leve golpe con la cadera.

El ama de llaves se giró y estornudó.

—Todavía arrastra ese constipado —dijo Lucy—. ¿Está segura de

que no es un virus o algo así?

—Llevo una semana tomando esas pastillas, ya se pasará —contestó tras encogerse de hombros. No obstante tenía los ojos rojos.

—Estaba pensando… Ha sido muy amable conmigo, pero creo que ha llegado el momento de dejar de darle trabajo. He pensado que me marcharé mañana por la mañana. Conduciré hasta Calgary y allí pillaré algún vuelo a lo largo del día.

—¿Antes del baile?

Lucy asintió. Podía sentir la mirada de Brody, pero no quería mirarlo. Todo había cambiado desde el día que habían estado juntos en la roca. Lo que quería de él y lo que podía obtener eran cosas bien distintas. Un corte limpio dolería menos. Brody no la amaba. Y aunque lo hiciera… la situación era imposible.

—Deberías quedarte. Es un día divertido. Conocerás a otros rancheros, a los vecinos… —comentó la señora P. Dejó la masa sobre un cuenco y se lavó las manos—. Ahora vengo —añadió antes de salir de la cocina.

Brody estaba cortando tranquilamente las manzanas.

—Así que te quieres marchar —dijo.

—Creo que es lo mejor. ¿No te parece? —preguntó al ver que él no la miraba.

Brody continuó cortando la manzana en láminas.

—Quieres decir después del otro día.

Lucy tragó saliva. ¿Cómo iban a hablar de lo que había pasado? ¿Cómo verbalizar lo que les había sucedido? Lo que había sentido entre sus brazos… había sido indescriptible.

—Sí, después del otro día. No puede pasar nada, ¿no? Me refiero a que me tengo que ir en algún momento. Un día más o menos da igual.

—La señora P. tiene razón. Mañana será un día muy divertido y es un buen momento para que aprecies la hospitalidad del oeste. Carne a la brasa y una noche de baile. Así celebramos aquí el final del verano.

Una noche de baile. Lucy podía imaginarse bailando con Brody, deslizándose entre sus fuertes brazos. Sería dulce. Más bien agridulce, ya que sabía que se iba a marchar. ¿Por qué torturarse sin necesidad alguna? Estar con Brody era un sueño hermoso, pero no la realidad. Y ya había aprendido a no dejase seducir por los sueños. Al final nunca merecía la pena.

—Tú no quieres que esté aquí, Brody —afirmó, y se detuvo—. Nunca has querido.

Él finalmente alzó la vista de las manzanas y sus miradas se encontraron. Parecía que estaba a punto de decir algo, sin embargo su expresión se relajó y continuó cortando.

—Si no se te ocurre otro motivo, piensa en la señora Polcyk. Va a tener mucho trabajo y tu ayuda le vendría bien. Hace mucho que no la veía tan floja.

—¿Crees que puede estar enferma? —preguntó preocupada dando un paso al frente.

—No. Quizás sea cansancio acumulado. Cuando se resfrió le propuse atrasar lo de mañana, pero se negó en redondo.

—Por eso estás picando manzanas.

—Exacto —repuso él con una sonrisa en los labios. Tenía el cuchillo aún en la mano—. Quédate. Quédate y márchate el lunes como habías pensado —le pidió. Si hubiera sabido lo mucho que Lucy deseaba quedarse. No estaba segura de poder negarse.

—Está bien. Me encargaré de lo que tengo pendiente y después le preguntaré a la señora Polcyk en qué puedo ayudarla.

—Gracias, Lucy —contestó Brody.

No pudo evitar pensar que se estaba equivocando, pero ya no podía echarse atrás. Tendría que darle a su padre la información por medio de un correo electrónico en vez de en persona. Estaba esperando noticias del trato y en su último mensaje se había mostrado algo impaciente.

—Dile a la señora P. que bajaré en un rato para echarle una mano —murmuró—. Y ahora si me disculpas.

El piso de arriba estaba tranquilo. Lucy iba a repasar sus notas por última vez antes de mandarle un mensaje a su padre para finalizar las negociaciones. Después podría ayudar a la señora Polcyk y al día siguiente disfrutaría del baile. Cuando acabara, tendría que hacer las maletas y marcharse.

Debía marcharse, ambos lo sabían.

Abrió el armario para sacar el ordenador portátil y vio el conjunto que se había comprado. Acarició la tela. Sabía que la fiesta del día siguiente iba a ser una barbacoa y que bastaría con unos vaqueros, sin embargo quería estrenar el conjunto. Quería… estar guapa. Sentirse mujer. Tal y como se había sentido debajo de Brody en Wade's Butte.

Cerró la puerta del armario de golpe. No iba a volver a pasar nada entre ellos. Sabía que era lo más correcto a pesar de que su cuerpo temblara al recordar las caricias de Brody. Aquellos ojos oscuros, peligrosos y tan seductores.

No. Tenía que concentrarse en los negocios. Cualquier otra cosa haría su marcha demasiado complicada. Cuando se dio la vuelta se dio cuenta de que Brody estaba junto a la puerta del dormitorio mirándola.

Lucy no hubiera debido alegrarse, sin embargo, su corazón se llenó de esperanza.

—¿Ocupada?

Deseó que Brody no fuera tan guapo. Cerró el ordenador y forzó una sonrisa.

—Estaba a punto de utilizar tu conexión a Internet, si es que puedo —respondió.

El sombrero le ocultaba parcialmente el rostro. Lucy se irritó porque aquel aspecto lo convertía en un tipo aún más misterioso y atractivo.

—¿No te encuentras bien, princesa? —preguntó zalamero, pero sin moverse del sitio y tapando la puerta. Lucy suspiró exasperada.

—Quería enviarle al rey Alexander las últimas noticias

rápidamente. Antes de que se acabe el día —explicó. Si la seguía llamando «princesa» podía flaquear—. Quiero enviarlo ya por la diferencia horaria. Por lo que veo ya has terminado con las manzanas —soltó ella.

—Shhh. No tienes que morderme. Ya sabes que puedes utilizar el despacho siempre que quieras. Le he dicho a la señora P que bajarás enseguida para echarle una mano. Pero quizás debas esperar a ver si se te pasa el ataque de rabia.

Brody seguramente no supiera el daño que le estaban causando aquellas palabras. Quizás solo estuviera bromeando, pero tenía razón, había estado desagradable con él sin que se lo mereciera. Pero Brody desconocía el torrente de emociones que embargaba a Lucy. Sentía que podría vivir en aquel rancho, de no haber sido porque para eso tendría que estar con Brody. Y eso no iba a suceder.

Trató de contener las lágrimas para no humillarse delante de él.

Ya había llorado bastante en Prairie Rose.

—Eh —dijo Brody separándose de la pared—. No he querido molestarte. Solo estaba bromeando. ¿Qué te pasa?

Lucy se mordió el labio. De ninguna manera iba a reconocer que le costaba marcharse. Se habían besado, pero Brody se había sabido controlar, había sido fuerte y responsable. Pero… seguía guardándose secretos. El hecho de que no le hubiera hablado de su ex esposa era un indicativo del dolor que aún albergaba. Lucy no podía competir. Quedarse aquel fin de semana era simplemente prolongar lo inevitable.

—Solo estoy cansada e inquieta por volver a casa. No estoy acostumbrada a vivir con la maleta en la mano.

—Estoy seguro de que no —contestó con cierto sarcasmo—. Y también estoy seguro de que, en cuanto llegues, todas tus necesidades serán atendidas mucho mejor que aquí.

—¡No me refiero a eso! —exclamó. En ese momento la cinta que sujetaba al ordenador en su maletín se soltó y el portátil cayó al suelo —. No me estoy quejando de vuestra hospitalidad, que ha sido total —dijo. La mirada de Brody era fría, así que Lucy no se contuvo—. La señora Polcyk se ha encargado de ello.

—Es cierto. Aun así, no puede compararse con el lujo de la casa

Navarro, ¿verdad? —preguntó irritado.

—Ya sabes que no —contestó desconcertada. ¿Qué pretendía? El rancho era un lugar maravilloso, pero era obvio que no tenía nada que ver con un palacio mediterráneo. Estaba molestándola una vez más y, si con ello estaba intentando echarla de allí, estaba a punto de conseguirlo.

—Me apuesto lo que sea a que allí vives como si fueras una princesa, ¿no, Lucy?

Se quedó paralizada. Sintió cómo palidecía. Dos días. Solo quedaban dos días y él no podía haber descubierto la verdad. Sería horrible.

—Naturalmente. Su Alteza trata a todo el mundo de forma ecuánime y con gran cortesía—. Apreció la expresión de sorpresa de Brody. Había respondido a la pregunta como una verdadera princesa. A Lucy le flaquearon las fuerzas. Estaba avergonzada, pero no estaba dispuesta a que él la viera tambalearse—. Además el rey Alexander nunca pierde el tiempo en discusiones absurdas —añadió.

—¡Maldita sea, Lucy! Estás llevando las cosas demasiado lejos —replicó él entrando en la habitación. Lucy puso los brazos enjarras. El enfado sustituyó a la altivez. ¡Dios, aquel hombre tenía la capacidad de sacarla de quicio!

—¿Qué vas a hacer, Brody? ¿Vas a besarme? Me da la sensación de que tienes tres marchas: ¡discutir, besar o ser más frío que el hielo!

Lucy se detuvo. Se moría de ganas de besarlo. Miró aquellos labios tan suaves y recordó cómo el contacto con ellos le había erizado la piel. Lo deseaba tanto que casi podía sentirlo contra su boca a pesar de que estuviera a un metro de distancia.

No quería discutir más. No quería que Brody se fuera de su lado. Lo que deseaba era olvidar todas las razones que los separaban y entregarse a sus brazos. Quería sentir su cuerpo, el calor de sus besos en la nuca.

—¿Y qué pasaría si lo hiciera? ¿Si te besara? —preguntó en un tono de voz grave y aterciopelado.

Aquellas palabras excitaron aún más a Lucy. Se humedeció los labios. Tenía que parar en aquel momento. Estaba a punto de marcharse y, si ocurría algo más, los dos lo lamentarían. Para él sería

solo un beso. Pero para ella sería alimentar unos sentimientos más profundos. No quería que la historia se repitiera. Alexander y su madre eran un ejemplo que Lucy no quería seguir y era imposible no comparar ambas situaciones.

—Los dos hemos estado de acuerdo en que era una mala idea —contestó dando un paso atrás. Sin embargo deseaba que la besara en aquel mismo instante. Si la besaba, estaría perdida… y tendría la tentación de confesarle lo que estaba sintiendo.

—Tienes razón. Es una mala idea. Y yo no suelo hacer elecciones incorrectas.

—Así que me consideras una elección incorrecta —replicó alzando la barbilla. Brody estaba haciendo lo mejor, le estaba abriendo la puerta, pero Lucy no pudo evitar enfadarse. ¡Aquel tipo era exasperante!

—Completamente.

—¿Más incorrecta que ella? —soltó alterada. Las palabras salieron por su boca antes de que pudiera pensar en ellas. Brody dio otro paso al frente.

—¿Ella? —preguntó con una nota de preocupación en la voz. Lucy no se podía echar atrás. Quizás fuera la última oportunidad para preguntarlo.

—Ya sabes a quién me refiero —susurró. Le costaba mantener la mirada de Brody, pero tenía que hacerlo—. Tu exmujer.

Brody contempló el paisaje por la ventana. Lucy no había querido decirlo, se le había escapado. Brody tenía derecho a tener secretos.

—Maldita sea, la señora Polcyk —dijo Brody finalmente. La expresión dura de su rostro era solo una señal más de que la herida aún estaba abierta.

—No ha sido ella. No ha traicionado tu confianza. Lo siento, Brody. No debería haberlo mencionado. Me has provocado y se me ha escapado.

—Llevarte al pueblo fue un error mayor del que había imaginado —contestó. Cada palabra que pronunciaba enrarecía más la situación.

—No he ido por ahí husmeando, te lo prometo. Es que había una foto de tu familia en el anticuario…

—Agnes. Y tú no dijiste nada.

—No era asunto mío, Brody. Tienes derecho a guardar tus secretos —aunque a ella le doliera. Se había enamorado de él y quería conocerlo profundamente.

Lucy se sorprendió al verlo caminar hacia la ventana, allí suspiró. Su reacción no estaba siendo enfadarse de nuevo.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —replicó Brody irónico y secamente. Lucy se agachó y recogió el ordenador del suelo.

—Tenía razón —reflexionó al cabo de un rato—. Tenía razón cuando dije que tenías el corazón roto. Porque si ella no te hubiera hecho tanto daño, serías capaz de mirarme a los ojos ahora mismo.

Brody se dio la vuelta y la miró tratando de demostrarle algo.

—¿Te parece que soy un hombre que habla de sus sentimientos?

Ella se acercó y le acarició el hombro.

—Más bien parece que no quieras hacerlo.

—Ya no me importa. Todo pasó hace mucho tiempo.

—No confías en mí y no pasa nada —añadió ella, y deslizó la mano hasta los dedos de Brody. Ella tampoco confiaba ciegamente en él.

—Solo nos conocemos desde hace unas semanas.

—Lo sé —reconoció sin dejar de acariciarlo—. Es una locura, ¿verdad?

Era una locura que Brody le hubiera ¡legado a importar tanto en tan poco tiempo.

—Y esto no tiene nada que ver con nuestro trabajo.

—A pesar de que llevemos días disimulando, hace mucho que esto no tiene nada que ver con nuestro trabajo.

—Lo sé —dijo Brody antes de abrazarla.

Le encantaba tener a Lucy entre sus brazos. La sintió contra el pecho, el aroma de su cabello. Quería confiar en ella, pero sabía por qué no lo hacía. Sin embargo, cada vez que la abrazaba se daba cuenta de lo duro que iba a ser verla marchar. Discutía con ella porque era mucho más sencillo que reconocer los sentimientos tan fuertes que le había despertado. Lucy tenía la habilidad de hacerle hablar de temas que nunca había hablado con nadie. No sabía cómo lo lograba.

—Cuando Lisa se casó conmigo esperaba una cosa y se encontró con otra diferente. El rancho era un negocio próspero. Planeábamos construir una casa para nosotros. Una casa grande, como ella deseaba, para alardear. Yo la quería y estaba ciego. No me di cuenta de que le importaba más lograr cierto estatus que mi amor.

—¿Cuándo se fue? —preguntó con sencillez. Brody podía sentir su respiración a través de la camiseta. Cerró los ojos.

—Unos meses después del accidente. Yo estaba al frente del rancho y ya se había destapado el problema con el dinero.

—Te refieres al fraude —preguntó ella alzando la vista.

—Sí.

—Estás de broma. ¿Te dejó en ese momento?

—No se había casado para estar en aquella situación —contestó irónico. Los labios de Lucy se curvaron como si hubiera comido algo amargo y Brody no pudo contener una carcajada—. Por el amor de Dios, Lucy. No tienes por qué indignarte de esa manera. Fue hace mucho tiempo y ya está cerrado.

—Pero tuvo que ser muy duro.

—En el momento sí. Pero fue sincera diciendo lo que quería. Deseaba una vida que yo no le podía ofrecer y tuvo el sentido común de marcharse en vez de quedarse aquí y hacernos a ambos infelices.

Lucy se quedó en silencio. Caminó hasta la cama y se sentó. Después de un rato volvió a mirarlo. Su mirada era más seria que

nunca.

—¿Por eso tienes tanto resentimiento hacia mí? ¿Crees que soy como ella? ¿Piensas que el tipo de vida que llevo es más importante para mí que las personas? —preguntó pestañeando—. ¿Por eso me llamas princesa?

Aun sabiendo que podía ser un error, Brody se acercó a la cama y se sentó junto a Lucy.

—Sí —admitió—, al principio fue lo que pensé. Ahora ya sé que no eres como Lisa. Me di cuenta el día que te llevé a la ruina y no la despreciaste. Pero pertenecemos a mundos diferentes. Y tú vas a tener que volver al tuyo pronto. No serías feliz en un lugar como éste —afirmó desviando la mirada—. Además, ya no estoy seguro de creer en el amor. Mira, Lisa decía que me quería, pero no era verdad. Y yo ya tampoco estoy seguro de haber estado enamorado de ella.

—No es verdad.

—Sí que lo es —contestó algo incómodo ante aquel ejercicio de sinceridad.

—Pero, Brody… tú no eres un hombre de medias tintas. Tú pones el cien por cien de ti en cada cosa que haces. Por lo que te he conocido estos días, ¡lo que te importa te importa de verdad!

Brody se puso en pie de un salto y se alejó de ella. ¡Aquello era ridículo! Todo iría mejor en cuanto Lucy se marchara. No tendría unos preciosos ojos negros frente a él que le obligaban a hablar sobre un pasado que ya no se podía cambiar. Por unos instantes la odió.

—Mira —dijo ya en la puerta, tratando de que la expresión de su rostro no lo delatara—. Te quedan muy pocos días aquí y es absurdo que nos los pasemos discutiendo o hablando sobre cosas que ya no son importantes. Mañana es la barbacoa y el baile. Vamos a limitarnos a disfrutar, ¿vale?

Brody no esperó a recibir respuesta. Se dio la vuelta y se marchó. Maldición, había subido a verla para pincharla con el baile y habían terminado discutiendo otra vez. No tenían punto medio. O discutían o hablaban de asuntos demasiado profundos.

Cuanto antes se marchara Lucy mejor porque cada día que pasaba los sentimientos de Brody eran más confusos.

Capítulo Diez

Lucy se miró en el espejo de cuerpo entero de la habitación. Estuvo tentada a quitarse el conjunto y ponerse unos vaqueros. Brody le había propuesto que se divirtieran aquel día, pero Lucy dudaba que pudiera. Cada vez que pasaba tiempo con él sus sentimientos se intensificaban.

Se miró de nuevo en el espejo y frunció el ceño. Parecía que tenía quince años. Era absurdo vestirse para Brody, En cualquier caso el conjunto le gustaba, le quedaba bien y le hacía sentir que encajaba en aquel lugar. Prairie Rose era sinónimo de trabajo duro, honor y lealtad, nada que ver con el drama familiar que le esperaba en Marazur. La realidad estaba esperándola, pero aún le quedaba un día.

La señora Polcyk tocó en el marco de la puerta abierta. Lucy se dio la vuelta y descubrió un brillo especial en su mirada.

—¡Señora Polcyk! Iba a bajar ahora mismo para ayudarla. Después del resfriado no debe trabajar tanto.

La mujer llevaba dos días cocinando. Lucy había estado muy liada cerrando la operación con Brody y apenas había podido ayudarla.

La señora Polcyk entró en la habitación tal y como Brody había hecho el día anterior. Lucy sonrió. La privacidad parecía que no era muy importante en el rancho, pero no le importó. Al contrario, le hizo sentir como una más.

—Eres un encanto y aprecio mucho tu ayuda —dijo mientras la miraba de arriba abajo—. Oh, Lucy. Estás preciosa.

—¿De verdad? Lo compré en la tienda de Agnes —explicó sonriendo tímidamente.

—Es muy bonito, pero… Te falta algo —dijo mirando los pies desnudos de Lucy.

—Lo sé, aún tengo que cepillarme las botas —contestó. Miró a la mujer que iba vestida de forma sencilla con unos vaqueros y una camisa con la insignia del rancho—. Me siento demasiado elegante para la ocasión.

—Tonterías. Estás vestida para un baile. Espera aquí un momento. Tengo una idea —dijo antes de marcharse y regresar con una caja de zapatos en la mano. Lucy la abrió y encontró unos zapatos azules preciosos de salón.

—Oh, son muy bonitos —dijo.

—Van a juego con la falda. Pruébatelos.

Lucy se sentó en el borde de la cama y obedeció. Le quedaban perfectos.

—¡Te valen! La señora Hamilton hubiera estado encantada de verlos en los pies de una chica tan maja como tú.

—¿La señora Hamilton? —preguntó quitándose el zapato y frunciendo el ceño.

—La abuela de Brody.

—Oh, no puedo entonces. Deben de ser…

Eran antiguos, como el traje. Perfectos. Pero no estaba bien. No quería dar la impresión de estarse entrometiendo en la familia.

—De los años treinta o así.

Lucy guardó el zapato en la caja.

—Entonces no debo usarlos, son una reliquia.

—¿Te contó Brody la historia de Wade y de Delilah el otro día cuando fuisteis a la roca?

Lucy no pudo evitar sonrojarse y no se atrevió a mirar a la señora Polcyk. Habían hablado, pero sobre todo habían hecho otras cosas…

—No, pero mencionó que aquél había sido el lugar favorito de su abuelo.

—De hecho lleva su nombre, ya sabes. Solía ir allí a cazar, y Delilah… Oh, era toda una mujer. Una mujer de armas tomar. Y Wade se le declaró en esa misma roca. Volvían allí todos los años a celebrar su aniversario.

—Este rancho está lleno de historias —dijo Lucy aún

impresionada porque Brody la hubiera llevado a un lugar que tenía tanta importancia en la familia. ¿Qué significaba? Su corazón latió con fuerza. ¿Era posible que quisiera algo más con ella? La casa de adobe había sido un examen, ¿habría sido la visita a la roca otro?

¿Lo habría aprobado?

Sintió una emoción muy profunda en el pecho. ¿Cómo sería pertenecer a la familia Hamilton? ¿Pertenecer realmente? Aquellos pensamientos eran absurdos.

—No puedo. No sería respetuoso por mi parte.

Pero la señora Polcyk insistió.

—La vida está para vivirla y estos zapatos fueron fabricados para bailar. Llevan guardados demasiado tiempo. La madre de Brody tenía el pie más grande y su exesposa…

—Se refiere a Lisa —dijo Lucy al ver que no terminaba la frase.

—Brody me ha dicho que ya lo sabes.

—¿Cómo era?

La señora Polcyk sonrió, pero no con alegría. Sacó los zapatos de la caja y se los dio a Lucy con firmeza.

—No se merecía ni una mirada de este chico, ésa es la verdad. Altiva y todos los días exigiéndole que construyera la casa nueva.

—Eso me ha contado.

—Era guapa, eso tengo que reconocerlo. Pero demasiado guapa para estar aquí. Te aseguro que no se hubiera puesto unos zapatos usados —miró a Lucy a los ojos—. Más le valdría tener a su lado a una mujer con los pies en la tierra.

Lucy contuvo una carcajada. Era obvio lo que le estaba queriendo decir. Brody y ella hacían buena pareja, a pesar de que nunca fueran a formar una.

Marazur la esperaba. Alexander estaba empeñado en ofrecerle las mismas comodidades que tenían sus otros dos hijos, Raoul y Diego.

La señora Polcyk le dio un golpecito en la rodilla y se puso en pie.

—Ponte esos zapatos y baja cuando estés lista. Los invitados deben de estar a punto de llegar y quiero que estés para dar la bienvenida.

Cuando se marchó el ama de llaves, se puso los zapatos y se volvió a mirar al espejo. La mayoría de las chicas deseaban ser una princesa, pero aquella noche Lucy quería ser una chica normal y corriente con ganas de bailar. Se quitó las horquillas; sabía que a Brody le gustaba más con el pelo suelto.

Brody y la señora Polcyk tenían razón. La vida estaba para vivirla. Tenía que disfrutar del poco tiempo que le quedaba allí.

Ya habría momento para enfrentarse a la realidad.

Varios coches estaban ya aparcados en la explanada. La gente estaba empezando a llegar sonriente y vestida con ropa que no era de trabajo, pero tampoco formal: vaqueros nuevos, faldas vaqueras, botas brillantes y por supuesto, sombreros.

Lucy bajó a la cocina.

—¿Qué puedo hacer, señora Polcyk?

—Ponte esto para no manchar esa falda tan bonita —contestó con una sonrisa entregándole un delantal—. Brody ya está encendiendo el fuego, solo queda hacer la ensalada. Si no te importa ir rallando el repollo.

—Claro que no.

—Te cuidado con los nudillos —le advirtió la cocinera. Lucy sonrió.

—¿Se da cuenta de que hoy en día puede comprar el repollo ya rallado y envasado en unas estupendas bolsas?

—Entonces no tendría ninguna gracia. Además no está fresco —comentó mientras preparaba una mezcla de vinagre y mayonesa.

—¿Y hace usted también el aliño?

—Por supuesto.

Justo cuando estaba contándole su receta secreta, Brody entró por la puerta. Había un brillo especial en su mirada.

—Bueno, bueno. Aquí tenemos a nuestra princesa en delantal —dijo burlándose de Lucy.

Ella se quedó paralizada. Ya sabía por qué la llamaba así y le hacía aún más daño. Ralló con más fuerza el repollo y el rallador le chocó con los nudillos.

—¡Oh! —soltó antes de llevarse el nudillo a la boca. Brody dio un paso adelante.

—Te dije que tuvieras cuidado —recordó la señora Polcyk.

Brody tomó la mano de Lucy y la examinó.

—Parece que va a haber un trocito de ti en la ensalada.

—Cállate —murmuró e intentó soltase, pero él la estaba sosteniendo con fuerza.

—Necesitas una tirita.

—Puedo ir a por ella yo sola —replicó. Brody no pudo contener una fuerte carcajada.

—Señorita Lucy, pareces una niña de diez años cada vez que pones esa boquita, estás haciendo pucheros.

Lucy se contuvo para no soltarle una patada.

—Lárgate y deja de distraerme. No resultas de mucha ayuda si te limitas a quedarte ahí de pie metiéndote conmigo.

Brody la soltó de la mano y Lucy suspiró aliviada por no tener que sentir más su contacto. Cada vez que la tocaba se le aceleraba el pulso.

—Menos mal que te has hecho daño en la mano y no en el pie. Los vas a necesitar después para bailar.

—¡Anda, sal de aquí! ¿No tienes que asar la carne o que hacer algo? —le soltó, pero Brody le guiñó un ojo. Por el amor de Dios, ¿no podía parar de flirtear?

—Por supuesto —contestó antes de sonreír y marcharse. Lucy

volvió a suspirar y la señora Polcyk le entregó una tirita.

—Cómo le gusta incordiar. Se me había olvidado ya —comentó.

Aquellas palabras reconfortaron a Lucy. ¿Despertaría algo que estaba escondido en el interior de Brody? Se le veía más contento. Aquel hombre tenía tanto que ofrecer…

Lucy no era capaz de reconciliar las dos cosas que deseaba. Estar junto a Brody le había abierto un nuevo mundo que no quería abandonar. Pero también le había hecho reflexionar sobre la relación, o más bien la ausencia de relación, que tenía con su padre. Había algo en su corazón que le decía que tenía que conceder a su padre una oportunidad verdadera. Y aquello tampoco había estado en sus planes.

Comenzó a rallar una zanahoria. Habían sido Brody y su tenacidad quienes le habían inspirado aquella idea. Él le había prometido a su padre que cuidaría del rancho de la misma manera que Lucy le había prometido a su madre que iría a Marazur y le daría una oportunidad a Alexander.

—Si ya has terminado, voy a aliñar la ensalada y podemos empezar a sacar la comida —dijo la señora Polcyk sacándola de sus pensamientos.

—¡Claro! —dijo entregándole la ensaladera.

Sacaron toda la comida mientras Brody asaba la carne. Por un instante Lucy fantaseó con la idea de vivir allí, en Prairie Rose, rodeada de toda aquella gente.

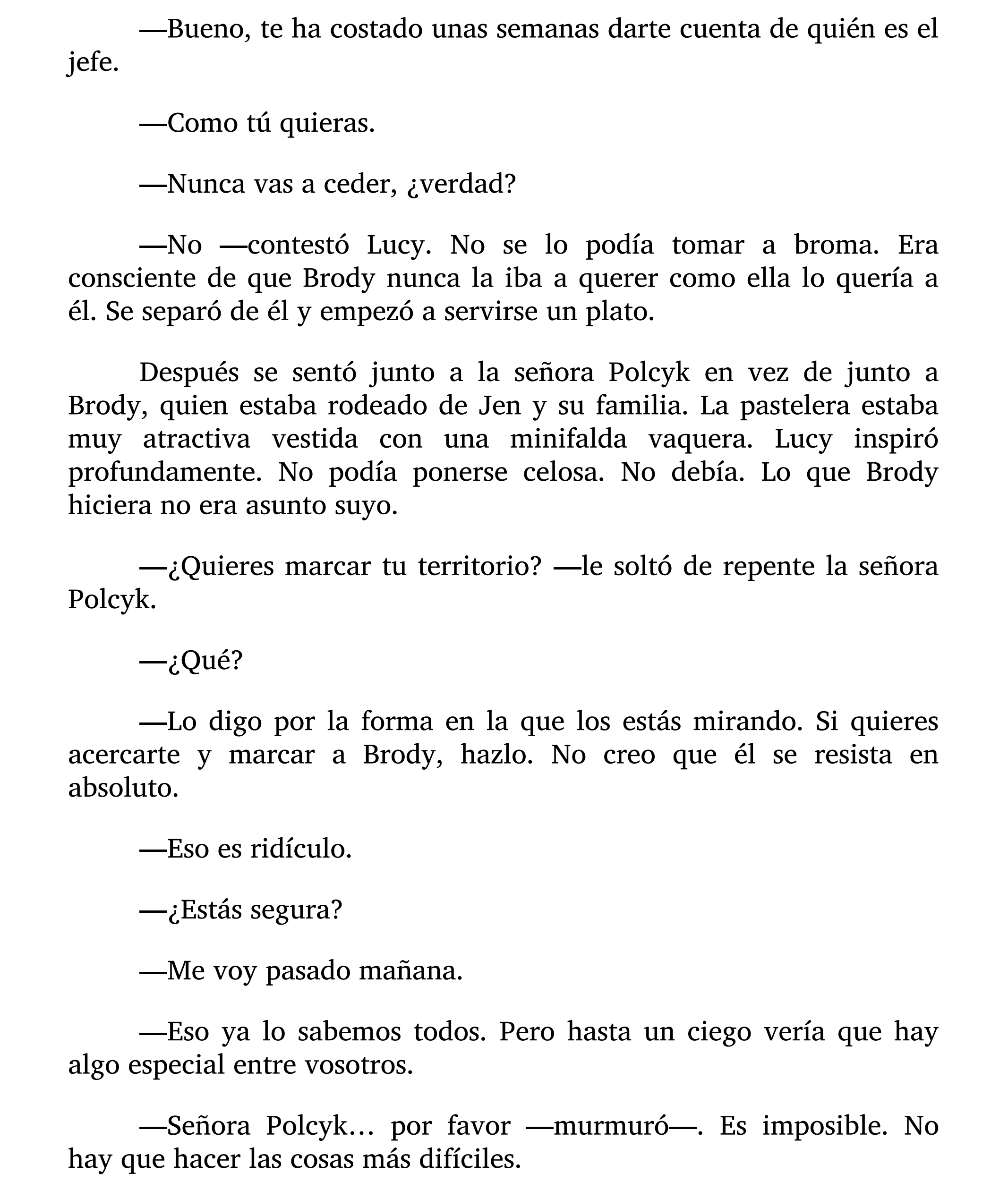
—La primera ronda de filetes está lista —anunció Brody.

La señora Polcyk, con la ayuda de Lucy, se aseguró de que todo el mundo estuviera servido. Le fueron presentando a los distintos invitados. Había mayores, jóvenes, niños… Lucy se quedó mirando a la explanada y calculó que habría unas cien personas en total diseminadas en las mesas preparadas para la ocasión.

Brody se le acercó y le puso una mano en la cadera.

—Sírvete un plato… aprovecha que aún queda algo.

—Sí, jefe —contestó sonriendo. Él también sonrió. Estaban muy cerca.



—Bueno, te ha costado unas semanas darte cuenta de quién es el jefe.

—Como tú quieras.

—Nunca vas a ceder, ¿verdad?

—No —contestó Lucy. No se lo podía tomar a broma. Era consciente de que Brody nunca la iba a querer como ella lo quería a él. Se separó de él y empezó a servirse un plato.

Después se sentó junto a la señora Polcyk en vez de junto a Brody, quien estaba rodeado de Jen y su familia. La pastelera estaba muy atractiva vestida con una minifalda vaquera. Lucy inspiró profundamente. No podía ponerse celosa. No debía. Lo que Brody hiciera no era asunto suyo.

—¿Quieres marcar tu territorio? —le soltó de repente la señora Polcyk.

—¿Qué?

—Lo digo por la forma en la que los estás mirando. Si quieres acercarte y marcar a Brody, hazlo. No creo que él se resista en absoluto.

—Eso es ridículo.

—¿Estás segura?

—Me voy pasado mañana.

—Eso ya lo sabemos todos. Pero hasta un ciego vería que hay algo especial entre vosotros.

—Señora Polcyk… por favor —murmuró—. Es imposible. No hay que hacer las cosas más difíciles.

—Bueno, quizás, pero nadie dijo que fuera fácil —concluyó poniéndose en pie.

Después recogieron los restos de comida y afortunadamente la señora Polcyk no volvió a sacar el tema. Mientras entraban y salían de cocina Lucy fue hablando con unos y con otros. No entendía cómo se había podido encariñar con aquel lugar en tan poco tiempo. En cierto modo le recordaba a Trembling Oak. Aquella gente formaba una comunidad. Contaban lo unos con los otros. Por supuesto, también

metían las narices unos en los asuntos de los otros, ése era el precio que se pagaba. No obstante, merecía la pena porque cuando alguien estaba en apuros, todos arrimaban el hombro. De repente la emoción embargó a Lucy y salió corriendo antes de que alguien se diera cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

Se escapó a la parte trasera de la casa. Respiró profundamente para tratar de recuperar el control. Estaba atardeciendo y el paisaje era sobrecogedor. La música comenzó a sonar y se entremezcló con las risas de los invitados. Lucy tenía dos opciones: desaparecer, esconderse y dejar que la tristeza la invadiera o unirse al grupo, disfrutar de la velada y llevarse un hermoso recuerdo de aquella noche de verano a Marazur.

En realidad solo había una elección posible.

Rodeó la casa y se dirigió a los antiguos establos, donde ya no había caballos porque se habían convertido en almacén. Subió al piso de arriba y se encontró con la improvisada pista de baile y un pequeño escenario. También había unos bancos, pero casi todo el mundo estaba bailando. Los músicos eran muy buenos.

En cuanto acabó la primera canción, Brody se le acercó.

—¿Bailas?

—¿No tienes obligaciones como anfitrión?

—Por supuesto. Y como anfitrión mi primera obligación es bailar con la chica más guapa de la fiesta.

—Venga ya.

—¿Entonces para qué te has puesto ese traje? Está hecho para bailar. O eso es lo que Agnes ha contado siempre. Es de su tienda, ¿no?

Lucy se sorprendió. Solo lo podía haber sabido por medio de la señora Polcyk.

—Además, llevas mirándome toda la noche —añadió Brody.

—¡Eres imposible!

—Quizás, pero bailo muy bien, señorita Farnsworth. Y si no quieres bailar, habrá muchas damas que me aceptarán —replicó

ofreciéndole la mano y alzando una ceja en señal de desafío.

—De acuerdo. Un baile, si no lo aceptara, quedaría raro, ¿no?

Lucy sintió un escalofrío cuando él la agarró con firmeza y se dejó llevar. Sus cuerpos se entendieron a la perfección, era como si llevaran bailando juntos toda la vida. Brody era un excelente bailarín.

—¿Ves como no mentía? —afirmó él tras hacerla girar varias veces. Ella puso cara de enfado—. Señorita Lucy, eres adorable cuando haces pucheros. Las pecas resaltan mucho más.

Aquel comentario fue lo que a Lucy le faltaba para darle un pisotón. Brody la agarró con más fuerza.

—Has tenido suerte de que lleve botas —comentó para chincharla. Sus ojos albergaban un deseo contenido.

—Llevas dos semanas comportándote de forma arrogante y esta noche no puedes dejar de molestarme. Vete a mostrar tus encantos a otra que sepa apreciarlos.

—¿De verdad quieres que lo haga?

—Sí, creo que sí.

—Vale.

La canción concluyó y Brody la soltó. Lucy de repente sintió frío y deseó no echar tanto de menos el calor de su cuerpo.

—Gracias por el baile, Lucy —añadió antes de alejarse. Cuando la banda comenzó a tocar un vals cruzó la pista y sacó a Jen a bailar.

Capítulo Once

Lucy estaba un poco enfadada, pero al ver a Brody tan sonriente bailando con todo el mundo, le dieron ganas de perdonarlo. Los músicos tocaron una polca y Brody la bailó con la señora Polcyk, mientras que un invitado sacó a Lucy.

Después la banda anunció un descanso y todo el mundo fue a tomar algo. Lucy abrió una botella de agua mientras buscaba con la mirada a Brody entre la gente, pero no estaba. Se había ido.

Se dio cuenta de que había luz en los establos y se preguntó si habría ido a comprobar que los caballos estaban bien. De repente se sintió sola, en realidad no conocía a nadie y le entraron ganas de ir a ver a los caballos. Ellos nunca la habían fallado.

Cuando estuvo junto a la puerta, se sorprendió al oír unos sollozos. Se asomó y vio que Brody estaba abrazando a una chica.

—Todo irá bien, Suze. Es un buen chico. Los dos sois buenos. Pero la historia no ha funcionado —le decía calmadamente.

—Pero yo lo quiero —contestó la chiquilla entrecortadamente.

—Lo sé.

La chica no tenía más de diecisiete años y Brody le estaba ofreciendo un hombro donde llorar.

Lucy suspiró. Ojalá ella hubiera tenido alguien que la escuchara de esa manera cuando había sido adolescente.

Brody alzó la vista al escuchar el suspiro. Se puso en tensión y la chica se giró para ver qué pasaba.

—Lo siento. No quería interrumpir —aclaró Lucy.

—No pasa nada —contestó la chica mirando al suelo. Estaba avergonzada.

—Lucy, ella es Suzane —dijo Brody abrazando aún a la chica en un gesto protector.

—Hola, Suzane. Soy Lucy —añadió tendiéndole la mano. Estaba

impresionada por la actitud de Brody. Era como un padre o un hermano mayor, figuras de las que ella había carecido. No pudo evitar pensar que Brody iba a ser muy buen padre.

La música comenzó a sonar de nuevo.

—¿Has venido con Matt? —le preguntó Brody a Suze, quien asintió—. Pero tu padre y tu madre están también aquí y te pueden llevar a casa —la chica volvió a asentir. Brody miró a Lucy como pidiéndole ayuda, no sabía qué más decir para consolarla.

—Bueno, Suzane, no puedes volver al baile así, ¿verdad? Sube conmigo a casa y yo te ayudaré a arreglarte —propuso Lucy.

—¿De verdad?

—Claro. Bajamos en un rato —añadió mirando a Brody.

—Gracias, Luce —repuso él agradecido.

Lucy se volvió a estremecer al oír ese apelativo. Salió con la joven y agradeció la fresca brisa nocturna. Media hora después estuvieron de regreso en la fiesta. Suzane se había tranquilizado y se había puesto una buena capa de maquillaje. Lucy tenía muchas ganas de volver a ver a Brody. Quizás pudiera volver a bailar con él, la fiesta estaba en pleno apogeo.

Se estuvieron mirando mientras ambos bailaban las diferentes canciones con distintas parejas. Hasta que anunciaron el «baile del granero» y se formó una fila de hombres y una de mujeres. Una pareja mostró los pasos a los novatos y Lucy no tardó en pillarlos. Un hombre mayor y sonriente fue su primera pareja, después pasó por un par de parejas más.

Hasta que le tocó el turno a Brody.

Ninguno de los dos sonrió. Él tomo su mano y Lucy sintió una oleada de calor. No sabía cómo decirle lo que estaba pensando sin que sonara ridículo.

—Gracias por acompañar a Suzane —dijo Brody cuando la canción estaba a punto de terminar.

—No ha sido nada —repuso ella. Sus talones se rozaron, después las rodillas. Iba a llegar el momento de cambiar de nuevo de pareja y Lucy tenía que decírselo—. Has sido muy bueno con ella, Brody.

La mirada de él se clavó en los ojos de Lucy. Aquellos ojos oscuros e imantados, sin embargo el baile los obligó a separarse.

Pasó otra media hora más. La música cada vez era más rápida y las risas más altas. La banda paró de repente y los músicos llamaron a Brody al escenario.

—Te habías pensado que podías escapar toda la noche, pero ha llegado el momento de que nos amenices con una canción. Hamilton, sube ahora mismo al escenario.

Lucy se quedó paralizada al ver a Brody subir al escenario y agarrar la guitarra que le estaban ofreciendo. Cuando se sentó, la miró y sintió un escalofrío. La miraba tan fijamente que tuvo la sensación de que le estaba leyendo el pensamiento.

Comenzó a tocar los primeros acordes de *Let me call you Sweetheart*, una canción tranquila y embriagadora.

Todo el mundo observaba al anfitrión, quien sin dejar de mirar a Lucy comenzó a cantar.

«Esto no me puede estar pasando a mí», pensó ella dando un paso atrás. Aquel hombre no podía ser tan perfecto. Un hombre que prefería morir antes que romper su código de honor. Y que encima sabía cantar.

Llevaban semanas negando lo que ocurría entre ellos. Lucy sabía que debía salir huyendo del establo en vez de estar mirando como una idiota al sexy vaquero.

Sin embargo, se dio cuenta de que ya conocía lo suficientemente bien a Brody como para saber que, si salía corriendo, él la seguiría hasta encontrarla. Se estremeció al pensar en aquella posibilidad. ¿Qué pasaría si la encontraba en el otro establo… en la casa… junto al estanque?

¿Acaso era eso lo que estaba deseando? ¿Quería que Brody la encontrara? ¿Qué sucedería entonces? Ya no podían negar por más tiempo los sentimientos que albergaban el uno por el otro. No en una noche como aquélla. Habían sucedido demasiadas cosas y ambos eran conscientes de que se estaban quedando sin tiempo. Entonces ¿qué era lo que Lucy quería de Brody? ¿Un revolcón rápido en el heno? Pensar en algo más estaba fuera de lugar. Y menos no sería suficiente.

Los ojos de Brody seguían clavados en los suyos a medida que la

canción avanzaba. Cada palabra se fue grabando en el corazón de Lucy.

En solo unas semanas aquel hombre se había convertido en todo para ella. Tenía que detener aquel sentimiento y tenía que hacerlo en aquel momento. Se iba a marchar. Tenía que regresar. Era su obligación y la aceptaba, pero también reconocía lo que estaba sintiendo: estaba completamente enamorada de Brody.

Aquella voz aterciopelada se estaba colando en su alma. Volver a Marazur. Lejos de Brody. Lejos de Prairie Rose. Lejos.

La voz de él se apagó con el último acorde. Siguieron mirándose, estaban juntos, pero a la vez separados. Entonces Lucy entendió las palabras de su madre sobre Alexander.

A veces no había elección. Aquel pensamiento le provocó mucho miedo.

No podía negar que se sentía vinculada a Prairie Rose, sin embargo no iba a permitir que se le rompiera el corazón. Había visto a su madre sola porque había entregado su corazón a un hombre que no lo había valorado.

Ya había habido suficiente dolor. Tenía que marcharse. Salir del baile y preparar las maletas, seguro que Brody no iría a buscarla. Ya se había entretenido bastante.

La banda comenzó a tocar una canción rápida y aprovechó para irse. El cuento de hadas, si es que se podía llamar así, había terminado.

Estaba comenzando a bajar las escaleras cuando escuchó su nombre.

—¡Lucy! Espera…

Siguió adelante. Necesitaba salir.

—Lucy… —insistió Brody, y la agarró suavemente del brazo. Lucy cerró los ojos.

—No. Por Dios, Brody, no —suplicó exhausta.

—Salgamos de aquí —le susurró al oído.

—¿Estás de broma? No puedo… No podemos… qué dirán…

—Deja de tartamudear. La gente nos está mirando. ¿Es eso lo que quieres? —preguntó. Avanzaron hasta llegar al pasillo. Brody se detuvo y la miró fijamente—. Ayúdame, señor. Lucy, tenemos que hablar y no quiero hacerlo con público, pero descuida que lo haré si no me dejas otra opción.

Ella asintió, se dejó agarrar la mano y permitió que la guiara.

Brody se detuvo junto a la orilla del estanque. Los patos estaba en el agua, la música sonaba de fondo así como el alboroto de la gente.

—Brody, yo…

—Calla.

Lucy lo miró, lívida ante aquel tono tan cortante. Se acababa de quedar sin palabras.

—Yo solo…

—Dios, Lucy, ¿es que nunca me vas a escuchar?

Ella abrió la boca para contestar, pero cuando se quiso dar cuenta, un beso se la estaba tapando.

El beso más intenso que se habían dado hasta aquel momento. Lucy no intentó resistirse. No hubiera tenido sentido. Lo deseaba tanto como él a ella.

Una mano de Brody acarició intensamente el muslo de Lucy y la otra se deslizó hasta llegar al pecho. Ella soltó un gemido de placer.

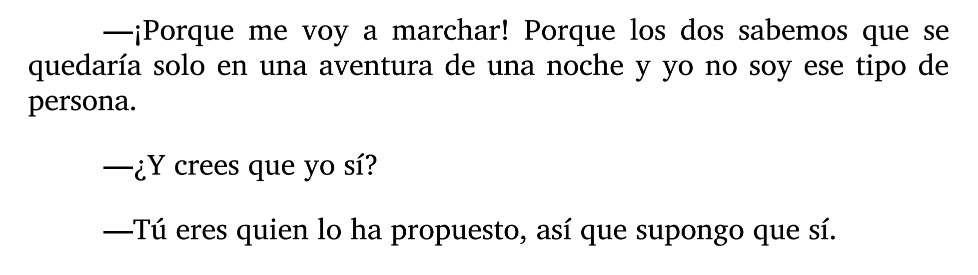
—Vamos a casa —sugirió él con la voz teñida de deseo. Lucy se separó de él y cerró los ojos.

—No puedo —contestó confusa—. Por favor, Brody, solo bésame una vez más.

Él obedeció, sin embargo instantes después la intensidad volvió a aumentar y Brody se dejó arrastrar por la pasión. Ella lo empujó.

—¡No! —soltó—. No puedo. Por favor, Brody, para. Me marcho el lunes. Esto sería un error.

—¿Por qué? —preguntó soltándola. No obstante aún podía sentir el calor que emanaba su cuerpo.



—¡Porque me voy a marchar! Porque los dos sabemos que se quedaría solo en una aventura de una noche y yo no soy ese tipo de persona.

—¿Y crees que yo sí?

—Tú eres quien lo ha propuesto, así que supongo que sí.

—No he invitado a una mujer a mi cama en mi vida, Lucy Farnsworth. Nunca he buscado sexo por sexo.

Lucy no pudo contener una carcajada.

—Eso será porque nunca te ha hecho falta buscar, ¿no? ¡Bueno, pues yo no soy una niña tonta dispuesta a rebajarme para meterme en tu cama!

—¿Crees que es eso lo que quiero de ti? ¿De verdad? —preguntó dando un paso adelante. Estaba rabioso. Lucy se puso de puntillas para estar a la misma altura.

—¡Eso es lo que has dicho! Y además, me doy cuenta de que mis horas aquí están contadas, ¿qué más puedo esperar? ¿Qué quieres de mí, Brody?

Él se alejó un instante, caminó inquieto y se detuvo con los brazos enjarras. Se quedó en silencio.

—Perdona, Lucy —dijo finalmente en un tono mucho más suave —. Me he dejado llevar. Me he…

—¿Te has?

—Me he asustado, ¿vale? Me he dado cuenta de que no quiero que te vayas. Hay algo entre nosotros y no estoy seguro de estar preparado para seguir como siempre cuando tú te vayas.

—¿Y qué esperas entonces que haga yo? —preguntó, y esperó ansiosa una respuesta. ¿Le iría a proponer algo más que una noche de pasión?

—La pregunta no es qué quiero de ti, Lucy, ¿no te das cuenta? La pregunta es qué quiero para ti. Sé que te tienes que marchar. Lo sé porque eso es lo yo haría. Yo me sacrificaría para cumplir una promesa.

—Ya lo estás haciendo —reconoció Lucy. Estaba completamente

aturdida.

—Sí, lo estoy haciendo. Y no me arrepiento, no. Adoro este rancho, adoro a mi padre y nunca ha supuesto una carga para mí. Son las decisiones y la responsabilidad lo que me pesa. Pero eso es solo cuestión mía.

—Lo sé, Brody. Y me encantaría poder hacer algo para ayudarte…

—Ya lo has hecho, Luce —dijo cortándola—. Mucho más de lo que imaginas. No tienes ni idea de lo que has hecho por mí. Y te deseo. Te deseo esta noche y creo que tienes que saberlo antes de marcharte. Debes saber que eres deseada.

Lucy sintió un nudo en la garganta. Cada palabra era un arma de doble filo, hería y curaba a la vez.

—Brody, no.

—Si no lo digo ahora, no lo diré nunca. Me has hecho hablar y ahora no puedo parar. Necesito decirte ahora todo lo que tendría que decirte el lunes antes de que te vayas, pero sé que entonces no voy a ser capaz —reconoció, y le acarició la mejilla. Aquel lado tan tierno de Brody desarmaba a Lucy—. Quiero que seas feliz y que alcances tus sueños, sean los que sean y te lleven adonde te lleven.

—Hace ya mucho tiempo que dejé a un lado mis sueños.

—Lo sé, pero no deberías haberlo hecho. Y me encantaría poder ayudarte a soltar la carga que llevas encima. Ya has sufrido bastante, Lucy, con la muerte de tu madre. No quiero que recuerdes tus días aquí con arrepentimiento, sino con una sonrisa, porque me has dado tanto. Quiero que… —dijo con la voz casi rota. Lucy sintió cómo se le rompía el corazón—. La vida está llena de elecciones, Lucy. El secreto está en elegir el camino que es más importante para ti.

—¿Y qué pasa si no sabes cuál es? —susurró—. ¿Qué pasa?

—Entonces tienes que buscar una respuesta.

Lucy esperó. Si le hubiera pedido que se quedara en ese momento, le hubiera dicho que sí. Pero no lo hizo, por lo tanto no había decisión que tomar. No podía quedarse y querer a un hombre que no la amaba.

—Vale —contestó finalmente, y dio un paso atrás. Pero Brody la agarró por la cintura.

—No te vayas. Al menos ahora.

—Tengo frío.

—Entonces baila conmigo. Baila conmigo una última vez —le pidió mientras sonaba el vals final de fondo.

Lucy cerró los ojos y accedió. Sabía que miles de estrellas estaban brillando sobre ellos mientras bailaban abrazados. Al menos una vez en su vida había vivido un momento completamente perfecto.

La música dejó de sonar, pero ellos siguieron bailando abrazados. Escucharon cómo la gente se iba marchando, sin embargo ninguno de los dos hizo nada por separarse. Porque Lucy sabía que aquélla sería la última vez que estaría entre los brazos de Brody.

Capítulo Doce

Cuando Brody bajó a desayunar a la mañana siguiente, Lucy ya estaba sentada a la mesa. Se sentó frente a ella. Estaba muy arreglada: jersey blanco, pelo recogido… Se preguntó a qué se debería aquel aspecto. Quizás fuera una reacción al encuentro que habían tenido la noche anterior. Brody no pudo contener una sonrisa.

En cuanto Lucy se había ido del estanque, él se había dado cuenta de que había hablado demasiado. La música y la luna llena lo habían puesto sentimental y… también se había excitado.

—Buenos días —dijo Lucy.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido? —repuso, y se preguntó si también habría pasado la noche en vela. El no había parado de fantasear con que Lucy estaba entre sus sábanas. Había llegado incluso barajar la posibilidad de irla a visitar a su dormitorio.

—Bien —contestó, pero se ruborizó y Brody se dio cuenta de que estaba mintiendo—. Brody, yo… he decidido marcharme esta mañana. Voy a ir en coche hasta Calgary y así mañana pillaré el primer avión de la mañana.

¿Marcharse?

En ese momento sonó el teléfono, pero Brody no atendió la llamada.

—No creo que haya tanta prisa —dijo presa del pánico. No estaba listo para que se marchara.

—Un día más no va a cambiar nada. Ya hemos hecho nuestro trato. No tengo por qué estar aquí más tiempo —explicó con frialdad.

La miró fijamente, pero Lucy tenía la mirada clavada en el plato.

—Quédate, Lucy —soltó de repente—. Quédate aquí.

La señora Polcyk se asomó a la cocina, estaba pálida. Había contestado a la llamada desde el despacho.

—Lucy, una llamada de teléfono para ti. Es él.

—¿A quién se refiere con él?

—El rey Alexander.

—Dígale que lo llamaré en un rato, que ahora mismo estoy ocupada.

—Le he dicho que estabas desayunando y me ha contestado… me ha contestado —era extraño en ella, pero estaba dudando.

—¿Ha contestado? —preguntó Brody inquieto ante su actitud.

—Me ha pedido que le diga a la princesa Luciana que desea hablar con ella ahora mismo.

Brody miró incrédulo a Lucy. Las palabras resonaron en su cabeza. Princesa Luciana. Lucy Farnsworth. Princesa Luciana.

Ella se levantó y evitó mirarlo. El rostro de Brody estaba desencajado. Le vinieron tantos pensamientos a la cabeza que no podía procesar ninguno. Todas las piezas acababan de encajar y se preguntó cómo no se había dado cuenta antes.

—Gracias, señora P.

Lucy abandonó la cocina con dos pares de ojos clavados en ella.

—¿Lo sabía? —le preguntó Brody a la señora Polcyk cuando Lucy cerró la puerta del despacho.

—No.

Él empujó el plato, de repente se sintió fatal. Había sido un imbécil.

—¿No lo sospechaba?

—Para nada, Brody. La he aceptado tal y como era.

—Tal y como fingía ser, querrá decir.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó después de un largo silencio.

—Lo que debería haber hecho desde el primer día —repuso sombrío. Salió de la cocina y se dirigió al despacho.

Lucy colgó el teléfono y apoyó la frente entre las manos. Su padre la había llamado porque una de las yeguas se había caído y había querido su opinión antes de tomar una decisión. ¿Quién iba a haber pensado que su padre iba a resultar tan sentimental? El veterinario le había recomendado sacrificarla y Lucy, sintiéndolo mucho, había coincidido en la decisión.

Brody entró en el despacho y Lucy suspiró, sabía exactamente para qué había entrado.

—¿Podemos dejar esto para luego, por favor? —pidió agotada. Le miró y se encontró con una expresión de preocupación—. Acabo de dar la orden de que sacrifiquen a una yegua y no estoy lista para una discusión contigo.

—Pues mala suerte porque es inevitable.

Lucy inspiró profundamente.

—Estás enfadado. Lo pillo. Pero enseguida voy a desaparecer de tu vista.

—Espero que no pienses que esa explicación me basta. No después de lo que pasó anoche.

—Lo de anoche no tuvo importancia.

—¿Entonces por qué no me lo dices mirándome a los ojos?

Lucy se forzó a mirarlo. Sus palabras eran suaves, pero su mirada era dura. No había escapatoria.

—Soy la princesa Luciana de Marazur. Pero es algo accidental porque fundamentalmente soy Lucy Farnsworth, hija de Mary Ellen Farnsworth de Virginia. Eso es lo que he sido toda mi vida hasta que hace unos meses mi madre me confesó quién era mi padre.

—Ya veo —comentó en un tono indescifrable.

—No, Brody, no ves nada. Y sabía que no lo ibas a entender, ése es el motivo por el que no te lo he contado.

—Así que has preferido mentirme. Has fingido ser otra persona.

—¡No! —exclamó poniéndose en pie—. ¿No lo entiendes? Yo sé

quién es Lucy. ¡Lo que no sé es quién es Luciana, y venir aquí ha sido una oportunidad para volver a ser yo misma otra vez! He sido yo misma.

—Me has hecho creer que eras una empleada de los establos Navarro. Cuando te pregunté que cómo lograste el trabajo me dijiste que había sido por unos contactos con el rey. Me has mentido descaradamente. Y es inexcusable, Lucy.

—Pues claro que lo es —gritó—. Tú eres el perfecto Brody Hamilton. ¡El adalid de la lealtad, el honor y la rectitud! El hombre que lo perdió todo y que resurgió de sus cenizas más fuerte que nunca. Dime, Brody, ¿has cometido un solo error por el camino? ¡Porque tú lo perdiste todo hace ocho años, pero yo lo he perdido todo hace tres meses y necesito un poco de tiempo!

—No hagas eso. No me culpes a mí. Tú… Nosotros… Yo te he contado cosas, Lucy. Te he contado mucho sobre mí y sobre este lugar porque me has hecho confiar en ti. Y todo ha estado fundado en una mentira. Deberías haber sido sincera conmigo.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó ella mientras rodeaba la mesa —. ¿Crees que no me siento culpable? Deja que te explique, Brody. Deja que te lo explique todo y después me podrás juzgar como quieras. Mi padre conoció a mi madre mientras estaba de viaje en Virginia y se enamoraron. O al menos eso cuenta la historia. Era príncipe, joven y viudo. Tenía dos hijos en Marazur. Pero mi madre se enamoró de él locamente. Según ella, Alexander estaba atravesando una fase de rebeldía ante la frustración de haberse quedado viudo tan joven. Se llevó a mi madre a Las Vegas y allí se casaron. Pasaron unas semanas en Trembling Oak sin decírselo a nadie.

»Él regresó a Marazur con la idea de decirle a su familia que tenía una nueva esposa. Pero antes de que mi madre volara allí, sucedió lo impensable. Su padre sufrió un ataque al corazón, murió y Alexander fue obligado a subir al trono. Imagina qué ceremonia de coronación hubiera tenido con una nueva esposa americana a su lado, tras una boda reciente en una capilla en Las Vegas. Mi madre tenía unos orígenes muy humildes. Hubiera sido una vergüenza para la corona.

»Sin embargo, mamá siempre tuvo una opinión muy generosa sobre él. Decía que no había querido someterla a la presión de convertirse reina, esposa y madrastra. Que no la culpó por no asumir todo aquello. Días antes de la coronación el matrimonio fue anulado

con total discreción.

—¿Él no sabía nada de ti? —preguntó, y Lucy negó con la cabeza.

—No, y yo no supe nada de él hasta que los médicos dijeron que el cáncer de mi madre no se podía operar. Incluso en ese momento ella mantuvo la opinión de que la separación había sido elección suya. En realidad no había querido provocar un escándalo que afectara a una familia que ya había sufrido mucho con la muerte del patriarca.

—Así que te pidió que hicieras una promesa.

—Sí, igual que tú prometiste a tu padre que cuidarías de Prairie Rose y de la señora Polcyk. Ella me hizo prometer que le daría a Alexander una oportunidad y no me pude negar. Estaba mirándome agotada, con mucho dolor, pero con un último destello de esperanza en la mirada. Y como tú, no he podido romper mi palabra. Me fui a Marazur y nunca me he sentido más fuera de lugar en mi vida. Mis hermanastros son idénticos a Alexander, altos, morenos, nada que ver con mi piel pálida y mi pelo rojizo. Han crecido con sus títulos y rodeados de sirvientes, pero yo estoy acostumbrada a tomarme el té en la cocina. Al final, Alexander no sabía qué hacer conmigo, así que me envió aquí. Y yo vine con la determinación de demostrarle que sabía lo que estaba haciendo —explicó, y sonrió levemente—. Y también quería demostrártelo a ti. Quería demostraros que Lucy Farnsworth es alguien. Así que mantuve mi título en secreto —confesó. Cerró los ojos un instante. Después los abrió, atravesó la habitación y cerró la puerta. Estaban solos en el despacho—. Déjame hacerte una pregunta. ¿Me hubieras hablado de Lisa si yo no la hubiera mencionado en aquella discusión? —Brody se quedó boquiabierto sin respuesta—. Lo sabía. Yo no soy la única que ha guardado secretos.

—¡Yo nunca he fingido ser lo que no soy! —exclamó él dando un paso al frente.

—Aun así, sigue siendo un secreto. Era algo oculto y doloroso de lo que no querías hablar. Y cuanto más tiempo pasaba sin que hablaras de ello, yo me daba cuenta de lo doloroso que era para ti e intentaba respetar tu derecho a que lo mantuvieras en secreto. Porque yo tenía el mío. Y cuando me hablaste de ella supe que yo nunca podría confesarte quién era en realidad. Ya te habías hecho a la idea de que era como ella.

—No puedo negar que ella también fingió ser quien no era para poder lograr sus propósitos.

—Sí, pero sus motivos eran muy distintos de los míos —replicó dolida, a pesar de que había algo de verdad en las palabras de Brody. Él se giró—. ¿No crees que hubiera estado bien mencionar que habías estado casado después de haberme llevado a Wade's Butte? ¿Pero por qué ibas a hacerlo? ¿Por qué me llevaste a ese lugar en particular? Sé lo que significa para tu familia. Es algo especial.

—Quería estar contigo, eso es todo. Aunque ahora me doy cuenta de que no sabía con quién estaba en realidad —contestó en un tono amargo. Lucy sintió una punzada en el corazón.

—Y yo me siento fatal. No te creas que no me siento culpable por no haber sido sincera.

—De acuerdo —añadió Brody fríamente.

Lucy se apoyó en la mesa, le temblaban las piernas.

—Tenía que salir de Marazur. Me sentía angustiada y rabiosa. Había demasiadas expectativas sobre mí que yo no había creado. El venir aquí era una oportunidad de ser yo misma otra vez. Y yo quería que tú negociaras conmigo como Lucy, no como la hija del rey. No sé lo que hubiera pasado si hubieras sabido mi identidad desde el principio. Probablemente hubieras visto solo la corona y no a la persona que la lleva.

Lucy se detuvo y Brody se quedó callado. Aquello era una buena señal.

—Pero ocurrió algo más —prosiguió ella—. Empezamos a sentirnos atraídos o como quieras llamarlo. Me empecé a sentir como en casa aquí… en el rancho y con la señora Polcyk y contigo. Constantemente me decía a mí misma que no podía crear un vínculo estrecho porque me iba a marchar. Me recordaba que tenía que disfrutar de cada instante porque enseguida regresaría a mi papel de princesa.

»Y me besaste. Más de una vez. Y me abrazabas como si fuera el tesoro más precioso del mundo. Me hablaste de tu padre y del rancho y me di cuenta de que estábamos hechos de la misma madera. Sin embargo era consciente de que, si te revelaba quién era, todo lo demás quedaría destruido. Así que mantuve el silencio.

»Después ya fue demasiado tarde. Habíamos llegado a un punto en el que nunca me comprenderías. Bailaste conmigo bajo las estrellas. ¿Tienes una idea de lo que has supuesto para mí, Brody? Me hubiera gustado retener ese momento para siempre, ¡a pesar de que la culpa me estuviera carcomiendo por dentro! Así que me dije a mí misma que lo mejor sería hacer las maletas y marcharme para asegurarme de que todo esto quedara en un hermoso recuerdo.

—Luce…

—No me llames así —soltó cortándole—. No lo puedo soportar. Oh, no puedo, Brody —suplicó. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Se le estaba rompiendo el corazón—. Anoche me abriste tu corazón, pero solo hasta donde yo te dejé. Porque sabía que esto tiene que acabar. Así que deja que acabe. Por favor. Deja que acabe antes de que nos hagamos más daño del que ya nos hemos hecho.

—¿Cómo voy a hacerte daño? —preguntó Brody con un gesto sombrío. Tenía las manos metidas en los bolsillos—. Si regresas a tu vida.

«Mi vida está aquí», pensó Lucy mordiéndose el labio. Brody no estaba viendo a la mujer que había conocido, sino a la princesa. Ella estaba locamente enamorada, pero era obvio que él no la amaba. Era un hecho.

—Yo no soy una máquina —susurró a punto de derrumbarse—. Tengo sentimientos. Siento cosas por ti. Y me niego a ser como mi madre. Ahora entiendo por qué el amor por Alexander la hizo incapaz de volverse a enamorar. La forma en la que me estás mirando ahora me duele. Marcharme y no volverte a ver también me va a doler. Al menos soy lo suficientemente sincera como para reconocerlo.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Da igual porque tú no crees en el amor, así que ¿qué más da? —preguntó mirándolo a los ojos. Brody se quedó boquiabierto—. No lo niegas. ¿Puedes por lo menos pronunciar la palabra «amor»? —preguntó mientras él la miraba con una expresión impenetrable—. Te lo voy a decir todo, mira, desde el principio he sabido que no podías amar. Así que, ¿para qué iba a estropear lo poco que tenía de ti contándote que me habían otorgado un título que yo ni siquiera quería? Tú eres el que va a regresar a su vida de siempre, no yo. Bueno, quizás tuvieras razón anoche. Quizás haya llegado el momento de buscar lo que quiero y tomar decisiones.

Lucy no soportaba más aquella situación. Si aquél iba a ser su adiós, tenía que acabar antes de que perdiera por completo el control. Cuando se quedara sola ya tendría tiempo de desmoronarse. Caminó delante de él y abrió la puerta.

—Si te importo algo, déjame marchar —suplicó.

La mitad de Lucy quería que Brody la dejara escapar del dolor y el resentimiento. Sin embargo, la otra mitad quería que la detuviera y que le dijera que todo era un gran error.

Pero él no la detuvo, no la llamó ni agarró su brazo. Conteniendo los sollozos, Lucy subió a la habitación, recogió las maletas y las bajó al todoterreno. Se montó en el vehículo y lo puso en marcha sin encender el GPS.

No necesitaba ninguna indicación. Sabía escapar de allí perfectamente.

Lucy llevaba en Marazur varios días, sin embargo los recuerdos de Brody y de Prairie Rose permanecían intactos. Había llegado agotada física y emocionalmente. Al deshacer las maletas había encontrado una caja con los zapatos de baile dentro. La señora Polcyk los había guardado allí con una nota: «A ella le hubiera gustado que los tuvieras tú». Acariciando los zapatos había llorado desconsoladamente, soltando la angustia que llevaba tanto tiempo conteniendo. Y después había enviado un correo electrónico de despedida a la señora Polcyk pidiéndole disculpas por no haberle dicho adiós en persona. Sabía que la entendería.

Los últimos cabos de la operación con Prairie Rose los ató por medio de correos electrónicos impersonales que había enviado a través de la dirección de los establos.

El único correo personal que había recibido había sido la contestación de la señora Polcyk junto con una foto en la que estaba con Brody sonriente la noche de la fiesta.

Lucy había impreso y enmarcado la foto. En una esquina del marco había prendido la rosa silvestre que Brody le había regalado en Wade's Butte. Estaba colgada junto a su cama.

Acarició el sombrero de Brody en la fotografía. Lo echaba tanto de menos…

Llamaron a la puerta y se sorprendió al ver a su padre asomarse.

—¿Tienes un momento, Luciana?

—Claro, pasa.

—Lo quieres, ¿verdad? —preguntó al verla con la fotografía en la mano. La pregunta era tan sencilla y fácil de responder que Lucy no pudo contener una lágrima.

—Sí —murmuró—. Lo quiero.

—¡Oh, hija mía! —dijo él con suavidad. Caminó hacia ella y la abrazó. Era un hombre fuerte y Lucy apoyó la cabeza en su hombro sin dejar de llorar.

Después de unos minutos se separó, avergonzada por haber reaccionado de aquel modo. Se sorprendió porque él parecía comprenderla.

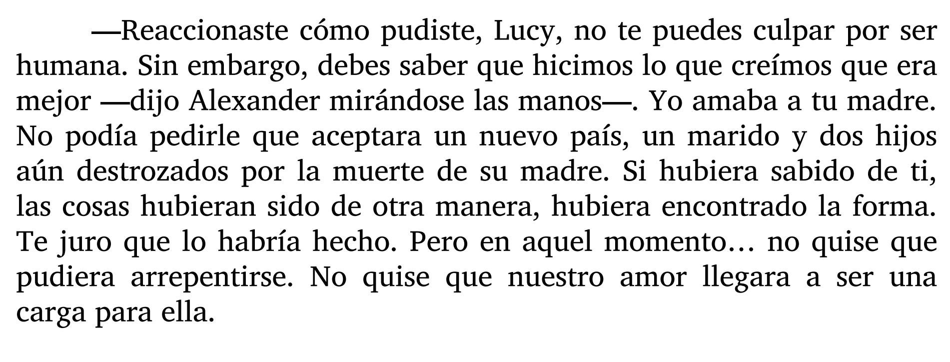
—Me preguntaba si nunca te ibas a dar cuenta del parecido —le dijo Alexander apretándole la mano—. Ven, vamos a sentarnos. Así podrás hablarme del hombre que te ha roto el corazón.

Se sentaron en el borde de la cama. Lucy no sabía por dónde empezar. Era todo tan nuevo.

—Sabes una cosa. La noche que me marché vi a Brody haciendo lo mismo que tú estás haciendo ahora. Estaba abrazando a una chica a la que le acababan de romper el corazón. Me di cuenta de que nunca había tenido cerca a un hombre que me consolara así.

—Ahora ya lo tienes. Si me dejas. Oh, Lucy, no sabes lo mucho que deseo ser un padre para ti. Sé que hasta ahora ha sido difícil. Me di cuenta de que te estaba costando estar en Marazur, por eso te envié a Canadá, pensé que te vendría bien cambiar de aires. Pero lo siento. Parece que solo te ha hecho sufrir.

—No, era algo que tenía que hacer —explicó. Tímidamente apretó el nudo de la corbata de su padre que estaba muy suelto—. Antes de que muriera mamá te eché la culpa y dije cosas horribles que ya no puedo borrar.



—Reaccionaste cómo pudiste, Lucy, no te puedes culpar por ser humana. Sin embargo, debes saber que hicimos lo que creímos que era mejor —dijo Alexander mirándose las manos—. Yo amaba a tu madre. No podía pedirle que aceptara un nuevo país, un marido y dos hijos aún destrozados por la muerte de su madre. Si hubiera sabido de ti, las cosas hubieran sido de otra manera, hubiera encontrado la forma. Te juro que lo habría hecho. Pero en aquel momento… no quise que pudiera arrepentirse. No quise que nuestro amor llegara a ser una carga para ella.

—El amor no es una carga. Quizás sea una responsabilidad, pero nunca una carga —coincidió Lucy recordando las palabras de Brody en el estanque.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó Alexander sonriendo mientras acariciaba el pelo de su hija.

—Alguien me lo enseñó —susurró.

—¿Y?

—Y después se enteró de que no era Lucy Farnsworth, sino Luciana, la princesa de Marazur.

—Por mi culpa, ¿no?

—No, simplemente las cosas son así —contestó tras soltar un suspiro—. Debería haber sido sincera con él y haberle dicho desde el principio quién era. O al menos cuando vi que había algo entre nosotros. Estaba tan empeñada en olvidarme de que soy una princesa que no confié en él. Oh, papá, he cometido un error tan grave.

Alexander se puso en pie de pronto y se asomó a la ventana.

—Lo siento. No me esperaba algo así —dijo tratando de controlarse—. Nosotros… me refiero a Raoul, Diego y yo… queremos que formes parte de esta familia. Por favor, créeme, Lucy.

—Te creo. Solo he tenido que darme cuenta y el viaje me ha servido para ser consciente de que estáis intentando que me sienta como en casa —se acercó a su padre y le tomó las manos—. Me gustaría ser una buena hija, si tú quieres.

Ya que no tenía a Brody, por lo menos tendría una familia.

—Pues claro que quiero. Si no lo he hecho público, ha sido

porque creía que tú no lo deseabas.

—Pensaba que quizás no quisieras que se desvelaran los detalles de tu matrimonio con mamá.

—¿Por qué si el resultado es tan hermoso?

—¿Y qué es lo que tengo que hacer yo? —preguntó Lucy sonriendo. Los ojos de Alexander se iluminaron.

—Querida, solo tienes que ser tú misma. ¿Y qué hay del señor Hamilton?

—Da igual. No me ama. Tengo que seguir adelante, así que vamos ello.

Alexander la besó en la frente.

—Creo que ha llegado el momento de que el mundo conozca a Luciana Navarro, princesa de Marazur. ¿Qué te parece?

Capítulo Trece

Lucy se miró en el espejo de cuerpo entero. La última vez que había realizado aquel gesto había estado preparándose para el baile en el rancho. En aquella ocasión, sin embargo, estaba en Marazur vestida con un traje de gala lista para otro baile. Su baile.

Era un vestido digno de un cuento de hadas. La idea de Alexander de hacer coincidir la presentación en sociedad de Lucy con el día de su cumpleaños había sido enternecedora.

No estaba nerviosa, pero tampoco estaba completamente feliz.

Llamaron a la puerta.

—Pasa —dijo. Era su hermanastro Raoul vestido con un esmoquin.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

A Lucy le caía bien Raoul, a pesar de que aún eran reservados el uno con el otro. Llevaba una caja de terciopelo en la mano.

—Feliz cumpleaños —dijo al entregársela a Lucy.

—¿Puedo abrirla ahora?

—Por favor.

Lucy soltó el cierre se encontró con una preciosa diadema de diamantes.

—Era de mi madre. La llevó puesta la noche de su boda —comentó él con suavidad. Lucy comprendió la profundidad de aquel gesto.

—Oh, Raoul, es preciosa, pero yo no debería…

—Queremos que la lleves, Lucy. Ahora formas parte de la familia —dijo en un tono grave—. Además, así Diego dejará de molestar a papá pidiéndole una hermana pequeña a quien incordiar.

Lucy soltó una carcajada. Diego tenía veintiséis años y le encantaba bromear. Era muy distinto al serio Raoul.

—¿Me ayudas a ponérmela?

—No sé qué brilla más, hermanita, si tu pelo o la diadema —dijo tras colocarla entre los rizos. Ella lo abrazó.

—Gracias, Raoul.

—Ya sé que le concederás a papá el primer baile, pero me encantaría que bailaras conmigo también esta noche.

—Por supuesto.

Cuando se quedó de nuevo sola, se sentó en la cama. Aquella noche solo echaba de menos a Brody y a Prairie Rose. Pero no se podía tener todo.

Observó las sandalias de baile que se iba a poner. Se quedó pensativa, después se dirigió al armario y sacó los zapatos que le había regalado la señora Polcyk.

—Bien, abuela Hamilton, esta noche va a estar en el baile —murmuró sintiéndose mucho mejor.

Salió de su dormitorio y se reunió con Alexander, quien la acompañó hasta la puerta del salón.

—Feliz cumpleaños, Luciana —dijo justo antes de que se abrieran las puertas para que entraran.

Lucy caminó del brazo de su padre mientras anunciaban su entrada como Luciana Navarro, princesa de Marazur.

Lucy nunca había estado en una estancia como aquélla. Se colocó en fila junto a su padre y a sus hermanos para recibir oficialmente a los invitados. Se sorprendió ante el tratamiento de Alteza que le dedicaban. Si en realidad ella solo debía ser llamada «Lucy de los establos».

Después de la recepción su padre le apretó levemente el codo.

—Ya estamos listos para inaugurar el baile —le anunció, y avisó a la orquesta. El baile comenzó.

—Gracias, papá —le susurró al oído mientras se dejaba guiar por

los pasos de su padre.

Después bailó con Raoul, con Diego, con algunos de los hombres más influyentes del país y de nuevo con Alexander.

—¿Estás cansada? —le preguntó cuando el vals estaba a punto de acabar.

—Un poco.

—¿Y los pies?

—Llevan toda la noche aguantándome —contestó sonriendo.

—¿Crees que aguantarás un último baile? —le preguntó con una sonrisa radiante en el rostro.

—Supongo que sí, pero ¿por qué?

—Tu regalo de cumpleaños acaba de llegar —anunció, y se giró para que su hija pudiera ver la puerta de entrada.

Brody.

Una gran emoción invadió el pecho de Lucy. Estaba allí. En Marazur. A unos metros de ella, enfundado en un esmoquin, sin sombrero y con aquellos ojos negros fijos en ella.

Una vez más perfecto a los ojos de Lucy.

—Cuando hay que elegir, querida, siempre hay que decidirse por el amor —dijo Alexander antes de soltarla.

Lucy tuvo un deseo incontenible de correr a los brazos de Brody. Sin embargo, se quedó esperando con el corazón a punto de estallarle. Él se acercó al centro de la pista mientras todos los ojos se posaron en la pareja.

En aquel momento la orquesta comenzó a tocar *Let me call you Sweetheart*. Brody, sin mediar palabra, la tomó entre sus brazos y comenzaron a bailar.

Aquella noche era hermosa, muy hermosa. Se deslizaron por la pista con suavidad. Lucy tenía la mirada clavada en los ojos de Brody.

—Esto era lo único que me faltaba —le susurró en un giro.

—¿El qué?

—Tú. Solo tú.

Brody miró los labios de Lucy por un instante. Ella sonrió. Estaba tan contenta que creía que iba a explotar.

—Llevo puestos los zapatos de tu abuela —añadió.

—Me estaba preguntando por qué bailabas tan bien.

—La señora P me los dio.

—Me lo dijo.

—¿Hay algún secreto entre vosotros? —preguntó. Por fin Brody sonrió.

—Alguno. Ahora quédate callada y bailemos.

Cuando llegaron los últimos acordes, ambos tenían una sonrisa perfecta dibujada en los labios. Brody se detuvo, hizo una reverencia y Lucy sintió un escalofrío. Él le ofreció el brazo y salieron a una terraza.

—Aquí huele distinto. Todo es muy distinto —comentó Brody en la oscuridad.

—Es el mar. Y… bueno, estamos en Europa —contestó Lucy entre risas—. No tenía ni idea de que fueras a venir.

—Su alteza me ha invitado.

—Eso deduzco.

—Este hombre tiene un tono de voz más efectivo que cualquier pistola.

—No creo que haya sido para tanto —añadió Lucy tras soltar una carcajada.

—Siento decirte que fue la orden más severa que he recibido en mi vida —bromeó.

—¿Qué te dijo? —preguntó intrigada.

—Nada que yo ya no supiera.

—¿Por ejemplo?

Brody se acercó, le tomó la mano y alzó la barbilla de Lucy con el dedo.

—Por ejemplo, que era un tonto.

—Vaya, eso se lo podría haber dicho yo —susurró.

—Y, si te soy sincero, cuando me llamó, yo ya estaba preparando el viaje. Tenía que venir. Tenía que hacer las cosas bien. Lo único en lo que podía pensar en el avión era en qué hubiera sido de mí si no me hubiera decidido a venir —reconoció mientras le acariciaba la mejilla—. ¿Sabes lo guapa que estás esta noche?

—Varias personas se han pasado el día vistiéndome y preparándome para la ocasión.

—No digas eso. No —ordenó—. Eres preciosa. Estás casi tan guapa como la tarde en que te mostré la casa de adobe.

—Ese día llevaba unos vaqueros viejos, una camiseta y el sol me había quemado la cara —recordó sorprendida.

—Y eras la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida.

—Oh, Brody…

—Preciosa. Mi rosa salvaje. No una rosa de la floristería, sino una más sencilla. Hermosa, fuerte y resistente.

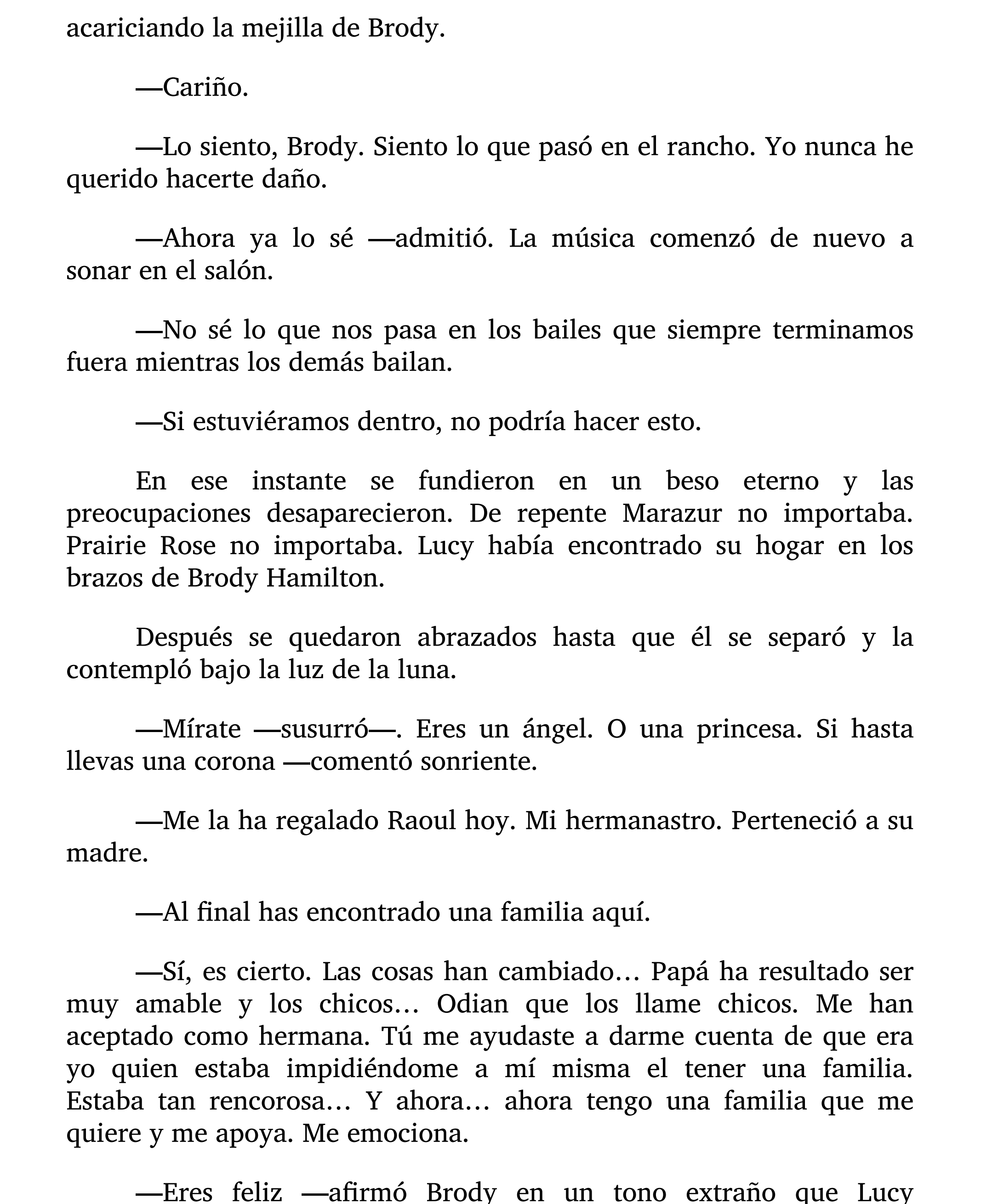
—Lo estás diciendo en serio —murmuró ella llevándose una mano a la boca.

—Por supuesto. Lo siento. Lo siento por haberte cargado con todas las culpas. La última mañana estaba tan enfadado y me sentía tan tonto… Tenías razón en todo lo que dijiste, pero el orgullo me cegó. El orgullo y el miedo.

—No sé qué decir.

—Tú ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora es mi turno —reconoció Brody. La brisa marina flotaba en la oscuridad de la noche —. No tenía que haberte dejado marchar, Lucy Farnsworth. O princesa Luciana, como tú prefieras.

—Me basta con que me llames «cariño» —contestó Lucy



acariciando la mejilla de Brody.

—Cariño.

—Lo siento, Brody. Siento lo que pasó en el rancho. Yo nunca he querido hacerte daño.

—Ahora ya lo sé —admitió. La música comenzó de nuevo a sonar en el salón.

—No sé lo que nos pasa en los bailes que siempre terminamos fuera mientras los demás bailan.

—Si estuviéramos dentro, no podría hacer esto.

En ese instante se fundieron en un beso eterno y las preocupaciones desaparecieron. De repente Marazur no importaba. Prairie Rose no importaba. Lucy había encontrado su hogar en los brazos de Brody Hamilton.

Después se quedaron abrazados hasta que él se separó y la contempló bajo la luz de la luna.

—Mírate —susurró—. Eres un ángel. O una princesa. Si hasta llevas una corona —comentó sonriente.

—Me la ha regalado Raoul hoy. Mi hermanastro. Perteneció a su madre.

—Al final has encontrado una familia aquí.

—Sí, es cierto. Las cosas han cambiado… Papá ha resultado ser muy amable y los chicos… Odian que los llame chicos. Me han aceptado como hermana. Tú me ayudaste a darme cuenta de que era yo quien estaba impidiéndome a mí misma el tener una familia. Estaba tan rencorosa… Y ahora… ahora tengo una familia que me quiere y me apoya. Me emociona.

—Eres feliz —afirmó Brody en un tono extraño que Lucy comprendió.

—Estoy contenta y eso es más de lo que hubiera imaginado hace unos meses.

Él caminó por la balconada y se apoyó en la balaustrada.

—Estoy en un palacio real de Europa —comentó.

Lucy sonrió a pesar de que se había dado cuenta de que Brody se había apagado.

—Es surrealista, ¿verdad?

—Me dije a mí mismo que era mejor dejarte marchar, dejarte encontrar tu camino… así todo volvería a ser como antes. Ahora, al mirarte, no puedo evitar pensar que ese momento ya ha pasado. No eres la Lucy que yo conocí y a la vez sí que lo eres. No sé muy bien qué hacer.

—¿Y si me dices qué es lo que tú quieres? —preguntó Lucy. Él se metió las manos en los bolsillos, gesto que solía realizar cuando estaba nervioso.

—Te miro, Lucy, y aún veo a la chiquilla que me dijo que *Pretty* tenía mal la pata. Veo a la chica a la que besé en Wade's Butte y a la que deseé hacer el amor la noche del baile. Y no sé si es posible porque no estoy seguro de que esa chica siga existiendo. Pero aun así… todo lo que dijiste cuando hablamos sobre Lisa aquella mañana era cierto. Nosotros, tú y yo, estamos hechos de la misma madera. Queremos lo mismo… alguien que nos quiera a pesar de que pongamos todos los impedimentos posibles…

»Te quiero, Lucy. Aunque no consiga nada diciéndotelo, tengo que decirlo. Te quiero. Y ya no tengo miedo de mi amor. Solo me asusta que tú no me quieras a mí.

—¡Claro que te quiero! —exclamó lanzándose a sus brazos—. ¿Por qué si no te crees que llevo un mes y medio hecha un manojo de nervios? —preguntó al borde de las lágrimas—. Pensaba que no creías en el amor.

—Y no lo hacía, ¿pero sabes una cosa? Ocurrió algo extraño. Creía en ti.

—No es verdad.

—Sí que lo es —afirmó Brody abrazándola con fuerza—. Y cuando me di cuenta sentí que me había quedado sin suelo debajo de los pies.

—Yo me enamoré de ti la tarde que estuvimos en Wade's Butte y me hablaste de tu familia.

—¿Desde entonces? —preguntó sorprendido. Ella asintió.

—Desde entonces. Pero sabía que, si te contaba mi secreto, me odiarías y que yo no podría soportarlo. La forma en la que me miraste la última mañana… Me di cuenta de que me despreciabas y se me rompió el corazón.

—No quiero volver a hacerte daño —dijo Brody, y se quedaron abrazados en silencio un buen rato—. Tenemos que empezar a pensar cuestiones prácticas —añadió para ser realista.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró Lucy asustada—. Sé que nunca podrás dejar el rancho y yo no voy a pedírtelo.

—Tú sigues siendo una princesa y yo un ranchero. Mundos paralelos.

—No tanto. Si lo fueran, yo nunca hubiera ido a Prairie Rose —contestó mirándolo fijamente.

—Eso es cierto —repuso Brody también mirándola a los ojos. Se quedaron en silencio—, Y tú has encontrado una familia que te quiere y que desea que estés aquí. No sería justo que te pidiera que los dejaras —expuso. De nuevo un silencio—. Además están las promesas que hemos hecho.

—Sí —murmuró—. Pero también tengo un padre cuyo consejo ha sido que cuando tenga que tomar una decisión escoja el amor.

—Es un buen consejo —replicó en un tono de voz grave.

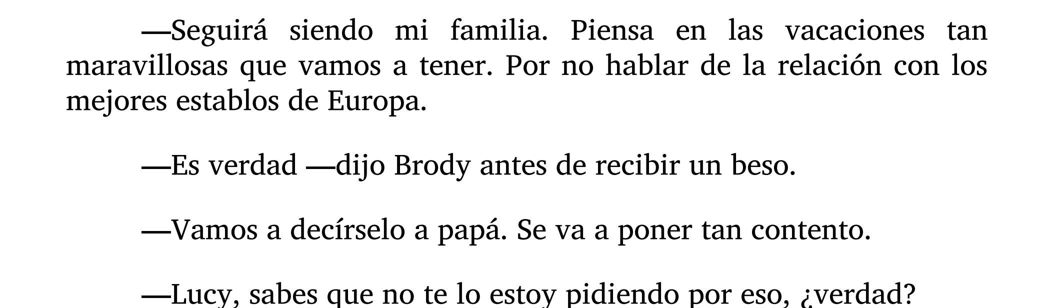
—Brody, yo…

—No, Lucy, es mi turno —interrumpió él. En ese momento se arrodilló, tomó la mano de Lucy y lentamente le quitó el guante de satén blanco. Sacó un anillo del bolsillo y se lo puso—. Cásate conmigo, Lucy. Creo que vas a tener que casarte conmigo porque no puedo vivir sin ti.

Lucy le apretó la mano y él se puso en pie. Le acarició el rostro.

—¡Por qué has tardado tanto! ¡Sí, me quiero casar contigo! ¿Acaso no te había dicho que me sentía como en casa en Prairie Rose? Mi hogar está allí donde estás tú, Brody. En ninguna otra parte. ¡Solo estaba esperando que me lo pidieras!

—Pero tu familia aquí…



—Seguirá siendo mi familia. Piensa en las vacaciones tan maravillosas que vamos a tener. Por no hablar de la relación con los mejores establos de Europa.

—Es verdad —dijo Brody antes de recibir un beso.

—Vamos a decírselo a papá. Se va a poner tan contento.

—Lucy, sabes que no te lo estoy pidiendo por eso, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —respondió antes de entrar en el salón —. Dije que no quiero ser como mi madre y es verdad. Ella renunció al hombre al que amaba. Y eso es algo que yo prometo no hacer en mi vida.

Brody la tomó en sus brazos y empezó a girar. A Lucy se le cayó la diadema mientras recibía un beso. Finalmente él la soltó y se agachó para recoger la diadema.

—Vamos a ponerte esto de nuevo, princesa Luciana.

—De momento, porque en el lugar al que me dirijo no me va a hacer falta —apuntó mientras su anillo brillaba a la luz de la luna—. Solo te voy a necesitar a ti —concluyó con el rostro de Brody entre las manos. Él la besó.

—Deberíamos entrar —dijo algo reticente. Ya tendrían tiempo de estar los dos solos. Toda la vida.

—Este baile ha sido de lo más productivo. Date cuenta… será siempre recordado por haber sido mi presentación en sociedad, mi cumpleaños y mi pedida de mano.

Fin